

860-3 (866) Rodriguez
R696 a

BARATIJAS

LITERARIAS.

Por

Máximo A. Rodríguez.



LOJA.— ECUADOR.

1915.

IMP. LOJANA.

BIBLIOTECA NACIONAL DEL ECUADOR
CIRCULO DE ESTUDIOS Y DEBATES
No. 7027 1497
PRECIO DONACION

0002314-J

1185000

Para la Biblioteca Nacional.

Maximo A. Rodriguez



Baratijas Literarias.



Lector benévolo:

En la provincia de El Oro se halla el único asiento minero que tiene actualmente el Ecuador.

Muy cerca de las márgenes del río Amarillo álzanse las casas del asiento, que se llama Portovelo, y es una agradable y pequeña población.

No viene a mi propósito describir tan pintoresco poblado ni los grandes trabajos que allí se realizan; sólo quiero decir que Portovelo es colmena de trabajadores ecuatorianos y extranjeros, y que entre estos últimos abundan los norteamericanos, como quiera que es yanqui la compañía explotadora de esas minas.

Cierta señorita ecuatoriana, locuaz y vivaracha, fué por paseo a Portovelo. Presentada a un alto empleado yanqui, le enderezò la joven —por supuesto en castellano— un verdadero discurso de presentación, un torrente de palabras escogidas, sonoras y brillantes, que despatarraron al norteamer-

ricano. *Hablóle de lo pintoresco de Portovelo, de los grandes trabajos mineros, de la soberbia maquinaria para la explotación del oro, del alumbrado eléctrico del pueblo y hasta..... ¡ vamos ! hasta de la unión de la raza latina con la sajina — así le salió por la precipitación; pero se corrigió inmediatamente, y dijo sajona—. El yanqui escuchaba con admiración a hembra tan guapa. Cuando ésta finalizó el discurso, quiso contestar el extranjero; mas como no podía expresarse en castellano, pujó un poco y se contentó con decir: mi repite lu mesmo.*

Luis Taboada, en la segunda edición de MADRID EN BROMA, echa este párrafo:

“ En el primer tomo, cuya primera edición obtuvo cariñosa acogida por parte de ustedes, lectores de mi alma, aparecen muchos artículos que me sonrojan no por lo atrevidos, sino por lo malos.....”

Aplicando con justicia a mi librito lo que Taboada afirma por modestia, diré como el yanqui en Portovelo: mi repite lu mesmo; esto es, que en la colección que pongo a tus plantas, lector benévolo, hay “ muchos artículos que me sonrojan, nó por lo atrevidos, sino por lo malos.”

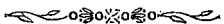
Perdona, pues, las faltas, que son muchas, y mira este librito como una de tantas BARATIJAS de que está lleno este pícaro mundo.

Máximo A. Rodríguez.

ÍNDICE

PÁG.

Ganancias de los poetas.....	1
La Muerte del Valle.....	27
Cualidades de una novia.....	43
El agua.....	53
El celibato.....	65
Un cumpleaños... ..	75
Psicología masculina.....	91
A casarse.....	95
Por tragárselo todo.....	103
Alcoholismo.....	109
Peor fuera lo roto.....	117
El Archipiélago de Colón..	124
Amor internacional.....	133
Las bolas.	141
Luz y bombo.....	147
Anormales.....	155
Secesión.....	165
El mes de Julio.....	175
El saqueo de Loja.....	183
El conflicto europeo.....	195





Ganancias de los Poetas.



La poesía es peor que el terremoto, exclamó Pepe, uno de mis mejores amigos.

Y como quedé pasmado por semejante barbaridad, continuó aquél, con acento de profunda tristeza: si yo hubiera sabido cuáles eran los gajes de los infelices poetas, jamás habría caído en la tentación de hacer un solo verso. Desde la mañana hasta la noche, y frecuentemente de la noche á la mañana, paso las horas en pesca de consonantes, para componer estrofas que ni me dan gloria ni me producen dinero. Hasta la edad que tengo, mis bolsillos están vírgenes de un solo centavo, como producto de labores literarias; y mientras tanto, mis negocios personales andan como el

cangrejo, mi cerebro pierde fósforo y mi carácter tórnase irascible por las muchas exigencias de quienes se han figurado que es tan fácil hacer versos, como sacar virutas de un costal en que se hallan contenidas. ¡Ay! amigo mío, la poesía ha sido para mí, peor que un terremoto.

Cuando me convencí de que la proposición no era absoluta, sino relativa, volvió la tranquilidad á mi espíritu, y di la razón á Pepe. Confío en que mis bondadosos lectores la darán también, si acaso tienen paciencia para acompañarme hasta el fin del presente articulejo.

Nunca lamentaremos suficientemente las tristes consecuencias de la demasiada condescendencia. Por ésta se perdió Adán, y por ésta se pierden los hijos y las hijas de Eva.

¡Ay de los que á todo dicen que sí! ¡Ay de los que á todo responden: amén!

Pepe manifestó desde muy niño marcadas aficiones literarias; pero un carácter bonachón y condescendiente, está echándolo todo á perder.

Por felicidad, milita mi amigo en las filas del sexo feo, pues de lo contrario, y dada su condescendencia, no iría á la tumba con palma y guirnal-

da.

A la edad de ocho años, debutó Pepe, en la carrera literaria. Lleváronlo sus padres, en cierta ocasión á una visita, y quiso la suerte que entre los tertulianos se encontrase una beata que respondía al nombre de Isabel Pérez. Esta — como todas las de su clase — era el embeleco en un solo tomo, ó más bien, la personificación de la veleidad: pedía una cosa, y al mismo tiempo se desanimaba; luego insistía en su petición y pronto volvía á pedir lo contrario. Como había llegado á oídos de la beata, la especie de que Pepe componía versos, dícele á éste de luego á luego: Pepito, hazme un verso; pero quién sabe qué me vas á decir: sin embargo, hazlo no más, aunque mejor sería que no lo hagas, porque te vas á burlar de mí: con todo, hazme el versito que te pido. Pepe, más serio que un Senador, exclama:

Me pides que te haga un verso,
Y al mismo tiempo no quieres:
¡Ah! qué tales embelecocos
De la beata Isabel Pérez.

Visitantes y visitados rieron á mandíbula batiente al oír las alhara-

cas de la gazmoña; todo el mundo aplaudió la ligereza del incipiente versificador, y no quedó rey ni roque sin hacer fisga á la devota.

Tal fué el estreno de mi pobre amigo: improvisar versos á petición de una beata.

Pepe es actualmente hombre hecho y derecho, en lo que respecta al cuerpo; y, sin que obstea las borlas abogadoiles y otras zarandajas, es un niño en lo que respecta al alma, porque se deja engañar como niño; porque, como niño es condescendiente; porque no tiene, como los niños, el valor necesario, para echar un nó, redondo como calabaza, á los importunos que le piden versos.

Sin embargo, debo decir en alivio de mi conciencia, que si Pepe pasa todo el día, y la mayor parte de la noche, consagrado á la inútil tarea de escribir versos, sobre los asuntos más cursis de la vida, no es suya toda la culpa: la es también, y casi en su totalidad, de la sociedad en que vivimos, de esta bendita sociedad que, de prosaica, se ha vuelto poética, de esta sociedad romántica y espiritual, que para todo quiere versos.

Nace un niño, pues los versos son tan

necesarios como la sal que echa el sacerdote en la boca del infante. Se desposan dos personas, y son los versos para los amantes tortolitos, un apéndice obligado de la epístola de San Pablo. Muere una vieja, pues los versos vienen á ser el único remedio para detener el llanto de la desolada familia. Celébrase el onomástico de algún vecino, y son tan necesarios los versos, como la indefectible botellita de vino. Llegue un flamante médico ó un abogado, un farmacéutico ó un ingeniero, un militar ó un sacamuelas, y es tal la necesidad de versos, que sin ellos el recién venido volvería grupas, y entonces, adiós, jaleo.

Nuestra sociedad está encariñada de tal suerte con los versos, que sin éstos no son completos los motivos de alegría, ni soportables los de tristeza; y como entre los poetas de nuestro pegujal, Pepe es el más condescendiente y sufrido, tiene que ser, de grado ó por fuerza, víctima obligada de las exigencias poético-sociales.

Nadie acude al abogado por un escrito, sin estipular al mismo tiempo los honorarios respectivos; quien necesita un almud de papas, lo consigue, pero mediante cierto precio; el que se manda rasurar, aunque no tenga más de

cuatro pelos de barba, deja al barbero la remuneración ya sabida. Mas cuando se trata de pedir versos, nadie se acuerda de que hay justicia conmutativa, de que no está derogado el séptimo precepto del decálogo, de que existe aún el *do ut facias*; y la mayor parte de los importunos, ni siquiera agradece la adquisición de los versos.

El poeta, como se ve, está fuera de la ley.

Cualquier hijo de vecino se juzga con derecho para pedir versos, y como ignora, ó aparenta ignorar que el pobre poeta pasa horas mortales en escribir estrofas sobre asuntos que ni le interesan, ni le conmueven, ni le inspiran, supone el muy listo demandante de versos, que éstos son viento y que las palabras hay que pagar con palabras. Así pues, luego que recibe los versos, da las gracias al poeta, y se retira más fresco que una lechuga. Esto, cuando acude personalmente á recibirlos, por no haber caído en la cuenta de que es muy cómoda la establecida costumbre de mandarlos á recibir con un sirviente. El rato menos pensado oye el mísero poeta golpear su puerta:

—Señoráaa, grita una voz, desde la acera de la calle.

—Pase adelante, responde el poeta.

—¿Vendréee?.....

—¿Quién es?

—Yooo

—Pero ¿quién es el tal yo?

—Yooo

—Entre quienquiera que sea.

—¿El perro no me morderáaa?, dice una criada, viendo al poeta.

—¿Por ventura tengo cara de perro, continúa aquél.

Entra, por fin, una muchacha carisucia, y con voz chillona, como clarinete de aldea, exclama, sin previo saludo: Dice el niño Manuel que ya manda por el encarguito. El pobre poeta que sabe cuál es el encarguito, acude al escritorio, toma un papel y lo entrega á la muchacha diciéndole: saluda al niño Manuel y entrégale este papelito. *Güeno*, responde la muchacha, alargando una mano mantecosa (¡pobres versos!), recibe el papel, y se va, sin decir hasta luego.

Lleno de satisfacción, recibe los versos el *niño* Manuel, y no tiene siquiera una palabra de reconocimiento para el desgraciado poeta.

Hubo tiempo en que padecí los mismos achaques que mi amigo Pepe, pues las demandas de versos venían con demasiada frecuencia á importunarme.

Un institutor de escuela rural, me

pidió, en cierta ocasión, el singular servicio de que le componga un discurso, y á pesar de mi negativa, fué tal su insistencia, que al fin cedí, y le dije que acuda el día siguiente por el discurso.

No bien había rayado la aurora del siguiente día y ya golpeaban mi puerta, pero con furor tan inusitado, que supuse, de buenas á primeras, que el Alguacil venía en busca de mi pecadora humanidad para llevarla á chirona. Salté apresuradamente de la cama, y casi en paños menores, y temblando como un azogado, abrí con mucho tiento la puerta, pero nada más que lo suficiente para ver con un solo ojo, quién era el desalmado que me la quería echar abajo. Yo que creí ver el rostro airado del Alguacil que echaba rayos por esos ojos, me encontré con la cara mofletuda del institutor. Que me place esta metamorfosis, dije para mi colete, y agregué en seguida: Hombre de Dios, casi me ha derribado la puerta. — Je, je, je, replicó el institutor, enseñándome un solitario colmillo, es que necesitaba el discurso; creo que ha de estar concluído. — Sí hombre, sí, fué mi respuesta; pero debe ser Ud. un poco más urbano. Hice entrar al institutor, abrí mi gaveta, saqué un papel y lo entregué á mi interlocutor. Este lo recibió, guardólo en un

bolsillo del pantalón, y se dispuso á salir.

-Alto, ahí, le dije, al ver que mi visitante matutino ni me daba las gracias; tiene Ud. que pagarme diez sucres.

-¿ Y por qué motivo, Señor?

- Por el discurso que acabo de darle.

- Es la primera vez que oigo decir que se pague dinero por los discursos.

- Sea la primera, ó la última vez, Ud. me paga los diez sucres, ó nos vamos al Juzgado.

- Señor, ¿le daré una peseta?

- Salga de aquí, le dije lleno de indignación, antes de que tome un palo y enseñe á Ud., en sus propias costillas, *la prueba de la multiplicación por la división.*

El institutor salió más ligero que alma á la que se lleva el diablo; pero me hizo un favor que se lo agradeceré hasta el último día de mi vida: refirió á cuantos pudo la escena de los diez sucres, y desde entonces han cesado las peticiones de discursos, y puedo ya dormir á sueño suelto, sin temor de ningún Alguacil, convertido en institutor.

Cien veces he narrado esta verídica historia á mi amigo Pepe, mas él no tiene la energía suficiente para mostrar la puerta á los pedigüenos de versos.

Debo confesar, en honor de la ver-

dad, y por la salvación de mi alma, que no toda la clientela de Pepe es desagradecida, pues las monjitas son la excepción de la regla. Si bien es cierto que estas señoras ocupan á mi amigo de Enero á Enero, tienen, sin embargo, la buena cualidad de no ser ingratas, porque la ingratitud es pecado.

Así pues, cuando Pepe hizo unos versos para el día de la Madre Superiora, recibió por remuneración, un Niño de Praga, en miniatura. Los versos para la llegada de la Madre Visitadora fueron galardonados con una estampa del Beato Gerardo Majella. Tres discursos para la distribución de premios fueron recompensados con un lapicero de hoja de lata. Por una larga poesía para el onomástico del señor Capellán, adquirió mi amigo un ¡Detente! Y á trueco de tristísima elegía, en la muerte de una religiosa, recibió dos empanadas de esas que se llaman simoníacas, en estilo monjil. Con razón dice el adagio: el muerto al hoyo, y el vivo al bollo.

No tengo reparo en afirmar que entre mi amigo y las monjitas se halla definitivamente establecido un *quid pro quo*. Y como todos los años hay exámenes, y distribución de premios,

y primera comunión de las niñas, y onomásticos, y renovación de votos, y visitas á las escuelas y colegios por el Director de Estudios, y bodas de plata de las religiosas, y profesiones, y tomas de hábito, y último día de los ejercicios espirituales, y fiestas de Santos de la Orden, y año nuevo, y pascuas, etc., etc., Pepe es el hombre más rico.....en estampas, pues tiene en su habitación toda la corte celestial.

Si las monjitas son agradecidas y dadivosas, los institutores andan por el extremo diametralmente opuesto.

Como los maestros de escuela viven perpetuamente hambreados (ya que el Gobierno les está enseñando á no comer), quieren hacer extensivo su mal á otros, porque el mal de muchos no deja de ser consuelo; y mi pobre Pepe va á ser el más aventajado discípulo de todos los institutores de la Provincia, en eso de no comer.

Felizmente, soltero es mi amigo, y no tiene familia que mantener, pues de otra suerte, se vería en el caso de alimentar á los suyos con seguidillas por desayuno, décimas por almuerzo, y sonetos con estrambote por comida. Hará bien, si queda

solterito hasta que se lo trague la tumba, pues á más de otras ventajas, al abandonar el erial de la vida, irá al coro de vírgenes, y tremolará la palma de los mártires. Esto último, sobre todo, bien lo merece.

Quien no sea moro, sabe perfectamente que no sólo de pan vive el hombre; y los institutores, puesto que son personas versadísimas en doctrina cristiana, poseen aquella verdad en el sentido literal y en el tropológico. De ahí la gazuza formidable, nó de pan corpóreo, sino de pan del espíritu, de ese pan inmaterial, intangible, poético. De ahí, el que estén dispuestos á dar su vida, si fuere menester, por afirmar la verdad de que, para el espíritu, el pan más regalado son los versos, y mucho mejor, si son los versos regalados.

Bienaventurados sois, institutores queridísimos, porque tenéis hambre y sed de.....versos.

Desde el mes de Marzo de cada año, le llueven cartas á Pepe, en demanda del obligado contingente para los exámenes que se verifican en Julio. El un institutor le pide tres discursos, el ótro una comedia

el de acá seis fábulas, el de allá una *petipieza, et sic de cæteris*; pero ninguno pregunta, siquiera por urbanidad, cuánto vale el trabajo de mi amigo. Y cuenta que los institutores zurren la badana á sus alumnos, por tal cual faltilla á los preceptos de Urcullu ó de Carreño.

Como para muestra basta un botón, quiero publicar una carta, de entre las innumerables que los institutores han dirigido á mi amigo, en demanda gratuita de versos y de discursos. Debo advertir que después de recibida la carta, y gracias á la firma garrapata estampada en ella, fué cuando Pepe supo que tal institutor existía en el mundo.

La carta, literalmente copiada, y con su ortografía peculiar, es como sigue:

Señor doctor jose Maria N.

Hinolbidavle hamijo:

tomo la pluma en mis manos pa ponerle cuatro letritas, quedando yo vien de salud y á sus ordenes. querido hamijo, como husté es mi hñtimo hamijo quiero desirle que los ensayenes estan ensima y el señor

Quera quiere que haya Velada,
por que acá disque asen en la Siu-
dá. Con el mismo Propio que se
buelbe al otro dia, mandeme dos
puesias, Un discurso, quatro Fabu-
las y una tragedia. si tiene Unos dos
cantitos mandemelos también, aunque
sean en solfa, por que Yo los hey
de haser poner con el mestro de
Qapilla. Mi Mujer lo saluda y Mis
igitos que se mueren por husté le
mandan un habraso. Le hiva á man-
dar un aventadór, por ser echo de
mis manos, pa que su señora lo usé
en Mi nonbre, pero el Propio esta
mui hapurado. Ocupeme pa lo que
husté quiera y soy
su afegitísimo inseguro Serbidór

N. N. (firmado).

¿Qué tal, amadísimos lectores?

Ved á qué manos se entrega la
educación de la niñez, de esa niñez
bendita que es la única esperanza
de la Patria.

Ni el Gobierno, ni las Municipa-
lidades, deben confiar jamás la ins-
trucción de la niñez á maestros que
no tengan el respectivo Diploma
de aptitud.

Permitir que dirijan una escuela

personas sin luces y sin probidad, confiar los niños, plantas delicadas, á burdos jardineros; entregar las almas y las conciencias de los niños, puras como el rocío del cielo, santas como la inocencia, bellas como la aurora boreal, á personas idiotas y viciadas, es crimen de lesa Patria, es crimen sin nombre, es crimen que clama venganza al cielo.

Haced educar vuestro hijo con un esclavo, y en lugar de un esclavo tendréis dos, decía un filósofo de la antigüedad(*). Haced educar vuestros hijos por un patán, y tendréis un rebaño de imbéciles.

Perdonadme esta pequeña digresión, y continuó.

Si yo hubiera recibido la carta que acabo de transcribir, en lugar de versos, habría mandado al santidad institutor unos bollos con estricnina. Pero Pepe, mi buen Pepe, que ha de ir con seguridad al coro de los mártires, tuvo la paciencia de mandar al tal institutor, á quien ni de oídas conocía, las siguientes fábulas de Iriarte: *El burro flautista*, *La ardilla y el caballo*, *Los dos conejos* y *La compra del asno*.

(*) Véase *El Carácter* por Samuel Smiles.

Con motivo de que el Señor Director de Estudios había anunciado una visita á las escuelas de esta Provincia, recibió Pepe — no ha muchos años — una verdadera granizada de cartas. Maestros y maestras de escuela querían discursos para el Director de Estudios, pues se imaginaban que sin versos era inútil la visita; que si no oía versos, clausuraría la escuela el Director de Estudios; que enseñar á los discípulos á mascullar versos, acompañados de una mímica semejante á ejercicios gimnásticos, era más provechoso, más necesario que enseñarles á leer y escribir. Fue tan grande la ansiedad de versos, que hubo institutor — ¡ pasmaos, bondadosísimos lectores! —, hubo institutor que anticipó á su petición una *guanlla* de tabaco — á pesar de que Pepe no fuma — y hubo institutora que acompañó á su demanda una *cajeta de manjar blanco*. Los demás se contentaron con pintar, valiéndose de los colores más vivos, las cuitas de sus almas, la urgencia de la pronta remisión de los versos.

Pepe, no por falta de voluntad, sino de tiempo, escribió una sola composición, y á manera de circular, la dirigió á institutores é institutoras.

Felizmente, el Director de Estudios,

por causas cuya explicación no viene al caso, no pudo realizar la visita; de lo contrario, él también hubiera aprendido al pie de la letra, la composición que en todas las escuelas se le recitaba.

Dejemos en paz á los institutores; pero si ellos siguen con su manía de pedir versos á Pepe, que me ahorquen, si yo no saco la cara por mi amigo, y les hago entender cuántas son cinco, y los retrato de cuerpo entero.

¿Estamos, señores institutores? Si queréis ver vuestro nombre en letras de imprenta, seguid pidiendo versos.



Cierto caballero, vecino de uno de los Cantones de esta Provincia, quiso establecer en su finca una fábrica de aserrar madera, y confió la dirección de los trabajos á un extranjero intonso que se decía *mécanique*, y que, en puridad de verdad, entendía tanto de mecánica, como yo de chino.

Cuando los trabajos de instalación estaban próximos á terminar, el antedicho caballero escribió á Pepe una sabrosísima carta, en la que, después de poner á mi amigo en el un cuerno de la luna, y al *gringo* en el ótro, pedíale unos versos para la bendición de la sie-

para.

¡Habrá ocurrencia! ¡Querer versos para una sierra; suponer que es poética la operación de aserrar; creer que el *gringo* director es un Adonis!....

Esto es llegar al colmo de la medida. Esto es aserrar, pero con serrucho de palo al desgraciado poeta.

¡Versos para una sierra!...!...!....

Si Horacio resucitara, al oír esto exclamaría: *Risum teneatis amici*.

Y no había remedio. Si la carta era tan disparatada que haría reír á las piedras, era á la vez tan suplicatoria que haría llorar á las tejas. La carta decía que á Pepe le es sumamente fácil versificar, porque ya les ha *cogido el tino* á los versos, y la carta agregaba que los versos son más necesarios para la bendición de la sierra, que el aceite para la maquinaria, que el *gringo* para la dirección, que la turbina, que el motor, que la madera.

Pepe se tomó el trabajo de hacer versos para la bendición de la sierra, y los remitió á su destino.

*No hay plazo que no se cumpla,
ni deuda que no se pague,
ni vidrio que no se quiebre,
ni fiesta que no se acabe.*

Llegó bien pronto el ansiado momento de la bendición de la sierra. El Señor Cura, rodeado de un corro de curiosos, recitó las oraciones del caso, tomó una rama de manzanilla, que le presentaron, metiéndola en un vaso de agua bendita, y aspergió.

Mientras principiaba á funcionar la sierra, una muchachita emperregilada, vestida de verde, y con chupa amarilla, subió á una mesa, en la que habían extendido pañolón guadalupano, y comenzó á recitar los versos á la sierra. Nadie escuchaba á la niña del discurso, parte por el ruido del agua, parte porque los ojos y todos los sentidos de la concurrencia estaban fijos en la sierra longitudinal que dividía un trozo de cedro, parte en fin, porque el *gringo* voceaba como un condenado; pero la rapazuela seguía chillando y manoteando, que era una gloria.

Habríase recitado ya la mitad del discurso, cuando se le antoja al extranjero *mécanique*, mover con una palanca el palo que estaban aserrando; pero el movimiento es tan brusco, que, ¡lamentable suceso!, se rompe la sierra de medio á medio.

La concurrencia da un grito de disgusto, el propietario de desesperación,

y el *gringo* de furor. Todos hablan, todos lamentan el acontecimiento; pero la muchacha, que de nada se da cuenta, continúa, con su voz de flautín, recitando la composición.

El dueño de la maquinaria, lleno de furor se acerca á la muchacha, y con voz de trueno, le grita: ¡ Vayan al diablo estos versos y el poeta que los compuso !

Tal fué el pago que Pepe recibió por el enorme trabajo de hacer versos á una sierra.



Un zapatero, que trascendía á suela recién curtida, fué en cierta ocasión, á casa de Pepe, y entabló con éste el siguiente diálogo:

— Buenos días, *dotorcito*.

— Muy buenos los tenga Ud. Dígnese tomar asiento.

— ¿ Cómo está su salud? preguntó el zapatero, acomodándose en una silla.

— Sin novedad, respondió Pepe, y se colocó á respetable distancia, pues el visitante despedía un hedorcillo que, por consideración á mis lectores, no lo puedo comparar.

— La familia de Ud. ¿ se halla bien?

de salud?

—Perfectamente.

En seguida reinó profundo silencio.

El visitante no se atrevía á exponer su necesidad, y Pepe recordaba, mientras tanto, la escena aquella de los mazos de batán, cuando Don Quijote dijo á su escudero Sancho: "ahora más que nunca hueles, y no á ámbar." (*) El zapatero quería hablar y se desanimaba, movíase en la silla, pujaba, atusaba el cerdoso bigote y escupía. . . . Como el silencio continuaba, y el zapatero no oía á rosas, Pepe decidióse á hablar, y preguntó:

—¿Qué cosa necesita Ud., amigo mío?

—Vengo á pedirle un gran servicio, y espero no salir desairado de aquí.

—No acostumbro desairar á nadie.

—*Ha de ser, doctorcito, porque á quien parecerse tiene.*

—¿En qué puedo servir á Ud?

—Es el caso que yo tengo una hija.

—No lo sabía, respondió Pepe, á quien le habían salido los colores á la cara.

—Pues, como le iba contando, prosiguió el zapatero, mi hijita va á *dar* el grado.

(*) El Ingenioso Hidalgo, D. Quijote de la Mancha.—Cap. XX.

—¡Hola! ¿conque esas tenemos? Felicito á Ud., pues no me disgusta que las mujeres sean bachilleras.

—No, Señor, mi hijita no va á ser bachillera.

—¿Y cuál es el grado á que aspira la hija de Ud?

—Se va á *recebir* de partera.

—Mucho mejor, porque las comadres son necesarias, y las bachilleras nó.

—Como hay tanto aumento de cristianos, he querido que mi hijita se dedique á esa *ciencia*, y dentro de quince días va á *dar* el grado.

—Reitero á Ud. mis felicitaciones.

Nuevo silencio interrumpió la conversación, mas como Pepe quería acortar la entrevista, preguntó al zapatero.

—¿Cuál es el favor que Ud. desea pedirme?

—Mi hijita se ha empeñado en decir una loa á los Señores Profesores, cuando, pasado el examen, vayan á mi pobre choza á tomar una tacita de café, y quiere que Ud. le *dé haciéndolo* unos cuatro versitos.

—Que una señorita alabe á los Profesores, en sus propias barbas, no me parece correcto.

—No es eso lo que digo; mi deseo es que los versos alaben la *ciencia* de mi hija.

—Mucho peor. Su hija va á pronunciar los versos, y quiere ella misma alabar su propia ciencia. ¿Ignora Ud. que alabanza propia es vituperio?

—Creo que no me doy á entender. Los versos tratarán de los asuntos que ha estudiado mi hija, y en este sentido alabarán la *ciencia* de mi hija.

—No sea Ud. bárbaro. ¿Cómo quiere que escriba sobre asuntos en que soy completamente ignorante? Me es imposible hacer lo que Ud. quiere.

—Pero, cuando mi hijita *ha podido*, creo que no será una *ciencia* tan difícil. Para eso, Dios le ha dado á Ud. un bonito talento. Por otra parte, Ud. hace versos todos los días, ¿qué le cuesta hacer unos cuatro versitos para este pobre amigo, que, por primera vez, le pide un servicio?

—Ya le he dicho que no puedo hacer los versos que Ud. quiere.

—¡Ay, Señor, qué desgraciada es la pobreza!, exclamó el zapatero, y dos gruesas lágrimas, lágrimas de hombre, rodaron por sus mejillas.

—Yo no me deniego porque Ud. sea pobre, sino por lo espinoso del asunto, agregó Pepe, con voz temblorosa.

—Si otra hubiera sido mi cuna, no saldría desairado de la casa de Ud., replicó el zapatero, y se enjugó los ojos

con el dorso de la mano.

—Está equivocado Ud., dijo Pepe; á quién poco faltaba para llorar á dño con el zapatero.

—Finalmente, agregó con resolución el zapatero, aunque me bote de su casa, no he de salir mientras Ud. no me dé *el sí*.

Pepe que tiene corazón de paloma, ofreció mal de su grado hacer unos versos. El zapatero obtuvo la victoria, y mi amigo agregó una cifra más á la ya innumerable de sus derrotas.

Después de cuatro días acudió el zapatero á recibir los versos; agradeció el favor recibido, y ofreció no sólo sus desinteresados servicios, sino también los de su hija.

No había transcurrido un mes, y Pepe tuvo necesidad de hacer reparar un par de zapatos. Acordóse del zapatero, de quien vengo hablando, y se los remitió. Este, que sin duda alguna, había olvidado el favor recibido, exigió un sucre, por remuneración de lo que, bien pagado, no valdría veinte centavos.

Quiera Dios no poner á Pepe en el caso de necesitar — por supuesto no para sí propio — los servicios de la muchacha que pronunció la loa, pues si el arte del zapatero vino á ser tan cara,

¿cuánto valdrá la *ciencia* de su hija?

*
* *

Temeroso de fastidiar á mis lectores, pongo punto final á este artículo, y me reservo para otra vez la continuación del mismo asunto.

Pepe, sigue haciendo versos; los próximos siguen importunándolo con sus peticiones: así, pues, tenemos cuero del que han de salir las correas.

Mientras tanto, carísimos lectores, compadezcamos la suerte de mi desgraciado amigo, y confesemos que la poesía ha sido para él, peor que un terremoto.

Concluyo revelándoos un secreto; pero, cuidado con el sigilo. Como para grandes males son menester grandes remedios, estoy con la tentación de robarme la lira de Pepe, levantarla á dos manos, hacerla pedazos contra las piedras y enviar las astillas al *gringo mécanique*. ¿Qué cara pondrán las monjitas, los institutores, los dueños de sierras, los zapateros y demás *versivoceros*, si, creyendo tener un hartazgo de versos, oyen decir á Pepe: aquí puse la lira y no la encuentro?

Es mejor que mi amigo enmudezca para siempre, y no que vaya á parar

en una casa de orates.
Ya lo dijo un poeta:

Mejor sería romper
la zampona al tal Salicio,
“porque si causa perjuicio
en lugar de utilidad,
la mejor habilidad
en vez de virtud es vicio”.

Loja, Julio de 1905.



LA MUERTE DEL VALLE



I

Dos kilómetros al Norte de Loja, y asentado á la margen derecha del río Zamora, está un pueblecito al que los antiguos llamaban *San Juan del Valle*, y los modernos,—á quienes les disgusta, no sé si aquello del Santo ó lo largo del nombre—, le llaman sencillamente *Valle* (1), y por lo común *El Valle*.

Muy pocas son las casas situadas en el centro de la parroquia, pues las más —y cuenta que son muchas—, están diseminadas por diferentes puntos de esa extensa feligresía, y habitadas, en su casi totalidad, por individuos de pura raza indígena.

En El Valle, San Lucas y gran parte de Saraguro — pueblos pertenecientes á la Provincia de Loja— se nota la particularidad de que los indios conservan

(1). Véase la Ley de División Territorial.

el vestido de los aborígenes. Tres siglos y medio de civilización han sido impotentes para arrancarles el vestuario de los antiguos Zarzas.

La Iglesia parroquial del Valle conserva una efigie bien curiosa: la de la muerte. Un remedo de esqueleto humano, fabricado de madera, está en pie, empuñando una guadaña, y con regia corona en la desnuda calavera.

El esqueleto conocido con el nombre de *La Muerte del Valle* es objeto, no diré de cuidados, sino de veneración por parte de los indios, quienes procuran que no le falten flores de *ayarrosa*, y colocan en la peana floreros de barro cocido y llenos de ramos de romero, esmaltado con pedazos diminutos de *libro de plata*.

Hasta hace un cuarto de siglo, la Muerte del Valle era conducida á Loja para la procesión que, á las ocho de la noche del Viernes Santo, salía de Santo Domingo, y recorría determinadas calles de la ciudad. Los indios cortejaban á la Muerte y entonaban cánticos en idioma quichua. A respetable distancia de la Muerte, y de los indios también, aparecían las imágenes de los Santos, de la Dolorosa y del Santo Sepulcro, en medio de dos alas interminables de acompañantes. Entre éstos se destacaban las Almas Santas, que eran individuos vestidos de albo ropaje y que llevaban sobre la cabeza una elevada pirámide de carrizo; cubierta de tela blanca; seguían los penitentes, que arrastraban cadenas, los flagelantes,

que se disciplinaban, y otros individuos vestidos de hábito religioso, y cerraba la procesión un considerable número de señoras, que llevaban hachones encendidos, y gastaban un lujo desacostumbrado en el resto del año.

Las procesiones de Semana Santa celebráronse sin interrupción, desde la fundación de Loja hasta hace unos veinticinco años, sobre poco más ó menos, época en que fueron prohibidas por el Ilmo. Sr. Masiá. Desde entonces la Muerte del Valle no se ha paseado por las calles de la ciudad.

Encargo á mis lectores y con más razón á mis bellas lectoras; que, si alguna vez entran á la Iglesia parroquial del Valle, no olviden que se encuentra ahí la efigie de la muerte. Hay que ir prevenidos, no sea que les resulte lo que á mí. Había oído hablar de la Muerte del Valle, pero no la conocía, y maldito si recordaba tan siquiera la existencia de esa efigie. En cierta ocasión me fuí á dicha Iglesia, recorrí la nave principal, y antojóseme conocer la nave lateral de la derecha. Completamente desprevenido entro á ella y ¡horror!..... de manos á boca me hallo con un esqueleto que se alzaba de la superficie del pavimento. Fue tal el susto que tuve, que, sin dar lugar á la reflexión, salí de la Iglesia como un gamo, y pálido, anhelante y tembloroso, corrí á refugiarme en la casa conventual.

—¿Qué le pasa?, me pregunta el Sr. Cura.

—Un muerto me salió en la Iglesia,

respondíle, y tomé asiento, antes de que á ello me invite el sacerdote, pues apenas podía permanecer en pie.

—Cálmese, agregó el Señor Cura, sin poder contener la risa; no es un muerto lo que Ud. ha visto, sino la Muerte del Valle.

Las palabras del bondadoso Párroco quitáronme una montaña que me abrumaba con su peso. Gracias á la amena conversación del sacerdote, y á un no pequeño vaso de vino, que para el susto me hizo apurar íntegramente, recobré el imperio sobre mí.

Sin embargo, cada vez que me acuerdo del susto aquel.....*me náda el cuero.*

II

Alberto Jiménez, oriundo de uno de los pueblos de la Provincia de Loja, é hijo de un individuo bastante acaudalado, vino á esta ciudad con el objeto de estudiar *para doctor*, y abrazar la carrera eclesiástica, la de leyes, ó la de medicina, según fuese su inclinación, é ingresó al Colegio Seminario, en calidad de interno.

El novel estudiante frisaba ya con las catorce primaveras, y era medio desvenijado, alto y seco; por esta última razón, pusiéronle sus compañeros el apodo de Muerte del Valle, mote con el que posteriormente fue más conocido que con el nombre de pila.

Todo llevan en paciencia los estudiantes, menos los humos de altanería y preponderancia de algunos de sus condiscipulos.

cipulos; y es en los Colegios donde se ve prácticamente que son humillados quienes pretenden ensalzarse.

No es mi ánimo hacer la biografía de esta nueva Muerte del Valle que nos sale al paso cuando menos lo pensábamos. Sólo quiero narrar somera y aisladamente alguna que otra escena estudiantil, para manifestar que los alumnos son implacables cuando se trata de humillar á un condiscípulo orgulloso. ¡Ojalá Dios no les tome en cuenta!

Alberto Jiménez era muy pagado de sí propio. Nadie tan inteligente, tan rico, tan apuesto como él; pero en realidad de verdad, carecía de inteligencia, y en lo de apostura, se asemejaba mucho á la Muerte del Valle. La cólera en que montaba cuando oía el maldecido apodo — por el que siempre andaba á la greña con sus compañeros — era el mayor aliciente que éstos hallaban para repetirlo hasta popularizarlo.

Cuántas veces nuestro estudiante, después de haber rabiado de lo lindo, en las horas de recreo, iba cariacontecido, malhumorado, vengativo al salón de estudio. No tanto por cumplir su obligación, cuanto por no ser regañado, abría un libro, y, oh suerte adversa, en la primera página, se hallaba con una calavera dibujada por algún pícaro estudiante, y al pie de la calavera estas palabras: Yo soy la Muerte del Valle. Rasgaba la hoja en mil pedazos, echaba ternos y hacía señas amenazantes á sus vecinos que perecían de risa.

Los seminaristas se daban modo de

pillar el cuaderno de *deberes* ó pruebas escritas de Alberto, y en letras gordas le ponían versos como éste:

Ven, MUERTE, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.

Hallándose una vez nuestro provinciano en el salón de estudio, se levantó de su puesto y se dirigió á la tribuna del Inspector para solicitar cierto permiso. Dar Jiménez el primer paso y principiar la risa de los colegiales, todo fue uno. Vanos eran los esfuerzos del Inspector para hacer callar á los alumnos, pues mientras más se adelantaba Jiménez, la risa iba *in crescendo*: es que el desdichado llevaba en las espaldas un gran papel que sus condiscípulos habíanle pegado con goma. En el papel estaba dibujada la infaltable calavera y se leía este verso:

Pobre flor, cuando naciste,
qué fatal que fué tu suerte;
al primer paso que diste,
te encontraste con la MUERTE.

El joven cuya silueta conocen los lectores, si abundaba en orgullo, escaseaba en talento. Todas las materias estudiaba mal, pero el latín, peor que todo. Las versiones que hacía del latín al castellano eran para desternillarse de risa. *Leva ejus sub capite meo* decía que significa: SU LEVA SOBRE MI CAPA. *Cainus non paruit Deo* traducía por CAÍN NO PARIÓ À DIOS.

En los Colegios se inventan ciertas palabras que llegan á arraigarse tanto,

que á la postre se convierten en provincialismos. La Academia tiene en su diccionario la palabra *guincho*, pero los colegiales le dan un significado muy peculiar. Si Pedro es muy diestro en jugar á la pelota dicen ellos que es muy *guincho* en ese juego. *Guincho*, pues, en el lenguaje de los estudiantes, es un adjetivo que significa *hábil, diestro* en un juego.

En cierta ocasión el profesor dijo á nuestro joven que vierta al latín la siguiente frase: *César era un general muy diestro*. La traducción no se dejó esperar, pero en estos términos: **CÆSAR ERAT GENERAL GUINCHISSIMUS**. Estotra frase: *Demóstenes fue tartamudo*, la tradujo el estudiante por **DEMOSTENES FUIT GAGUS**.

El Padre encargado de cuidar la Capilla del Seminario venía notando que el vino de la sacristía se acababa como por encanto. Aquello no podía obedecer á otra causa sino á que alguien se lo robaba. Para descubrir al ladrón, dejó el Padre, por la noche, la botella de vino, en el lugar acostumbrado, y untó los bordes de la boca de la botella con nitrato de plata. En la mañana siguiente vió la disminución del vino: era indudable que el ladrón había caído en la trampa. Cuando á las siete de la mañana bajaron los alumnos al patio de recreo, y aun estaban en formación, el Padre los examinó con la vista y notó fácilmente cuál era el ladrón. En seguida refirió el robo del vino, el medio de que se había va-

lido para pesquisar el hurto, y concluyó diciendo que el que tenga un círculo negro en los labios, ése era el ladrón. Todos los alumnos se veían la cara unos á otros; pero los que estaban vecinos á Jiménez notaron el círculo negro en los labios de éste; entonces un niño exclamó: la Muerte se ha robado el vino. Efectivamente, Alberto se levantaba por la noche é iba á tomarse el vino de la sacristía.

El Superior del Seminario escribió una carta al padre del desventurado joven, y en ella le decía que acuda inmediatamente á llevar á su hijo, pues no podía continuar en el Seminario, por el motivo que saben ya los lectores.

Cuatro años había cursado Alberto Jiménez cuando tuvo que salir del Seminario; pero al padre de aquél habíasele metido entre ceja y ceja la idea de que su hijo debía ser doctor, y consiguió que fuera admitido en el Colegio Nacional.

Casi todos los alumnos del Colegio que hoy se llama *Bernardo Valdivieso* no ignoraban el lado flaco del nuevo compañero, esto es: el orgullo que lo caracterizaba, la nimia susceptibilidad que lo distinguía. Para atacar ese mal, cuidaron que sean muy solemnes la posesión de gradas y el bautismo. Cogieronlo en el primer recreo, cual si llevaran una pluma, lo condujeron á las gradas y sentáronlo en el peldano superior. Unos lo sostenían de los brazos para que se mantuviera recto.

mientras otros lo tiraban de los pies, haciéndolo recorrer de posaderas hasta el postrer peldaño. Para mayor solemnidad del acto, se repitió la operación por segunda y por tercera vez. En seguida fue conducido á la tinaja de agua, para el bautismo, en el que le pusieron el mismo apodo de Muerte del Valle — por ser el mote que más convenía al aspecto físico del bautizado— y no satisfechos con derramarle varios jarros de agua, le vaciaron, desde la coronilla, toda la vasija. Mucho mortificó al ex-seminarista la posesión de gradas y más aún el bautismo; pero se consoló con la idea de que eran ceremonias obligadas, y que debía sufrirlas todo el que ingresaba al Colegio Nacional. No hay duda que mal de muchos es consuelo de tontos.

Jiménez fué en el Colegio Nacional el mismo joven quisquilloso y vano de siempre. Por esto llegó á ser objeto de la animosidad de sus compañeros, quienes no perdían ocasión de manifestarle que, sin un carácter bondadoso y complaciente, la vida en sociedad es muy amarga.

La Casa de Ejercicios Espirituales, llamada San José, y situada al sur de la ciudad de Loja, pasa deshabitada durante gran parte del año, mas nó así en Cuaresma.

Hasta hace pocos años, los alumnos del Colegio Nacional entraban á esa Casa para hacer ejercicios espirituales, y siguiendo la práctica no interrumpida hasta entonces, trasladá-

ronse á San José, el año en que Alberto Jiménez fué alumno del mencionado Establecimiento.

Nuestro estudiante, que no pensaba en convertirse, llevó á los ejercicios una considerable provisión de boca, para hacer menos mortificante el encierro de ocho días.

A pesar de que en San José hay un muy buen número de celdas, ellas veían escasas, cuando entraban los estudiantes, y era preciso que tres ó cuatro alumnos habiten cada celda. Así, pues, Jiménez tuvo por compañeros á dos jóvenes que estaban listos á hacerle cuántas jugadas á mano les viniera.

El primer día de ejercicios, los compañeros de Jiménez ofreciéronle un bazo de soda, que lo aceptó de mil amores, sin caer en la cuenta de que le propinaban soda purgante en lugar de refrescante. Excusado es decir que la Muerte del Valle pasó el resto del día en ejercicios poco espirituales.

El día siguiente lograron los compañeros una corta ausencia del provinciano, é instaron á los vecinos para que le roben los comestibles. La operación verificóse en un abrir y cerrar de ojos, y todos, absolutamente todos los comestibles fueron trasladados á las celdas contiguas. Eran las dos de la tarde por filo, y los compañeros de Alberto le suplicaron que les acepte un piscolabis. Servido éste, con la mayor cordialidad y armonía, quiso Alberto pagar con la misma moneda. Acudió á su baúl y quedó yerte

al ver que habían desaparecido todos los comestibles. Grande fue la cólera, pero no pudo descubrir al ladrón.

Mientras todos se hallaban en la Iglesia, la noche del tercer día de ejercicios, un estudiante fué á la celda de Jiménez, colocó en falso las tablas del catre de éste, de forma que vengán al suelo cuando se acueste, y puso tres aljofainas llenas de agua debajo de la cama. Llegó la hora de acostarse, y nuestro estudiante se metió en la cama, pero con tan mala suerte, que cayó al suelo, en medio de un horroroso estruendo que hicieron las tablas al caer sobre las aljofainas. El Rector.— que á la sazón estaba paseándose en el corredor fronterizo á la celda donde se produjo semejante ruido.— entró en ella y encontró á nuestro ejercitante en una catadura parecida á la de Don Quijote cuando hacía penitencia en la Sierra Morena. No pudiendo el Rector contener la risa, se apartó prudentemente del lugar del siniestro.

Todos los días de ejercicios sacaban á luz á los estudiantes un periódico manuscrito, que, en número de tres ó cuatro ejemplares, circulaba entre los alumnos. En la crónica del tercer día hizo el periódico una tan sabrosa narración de la caída de Jiménez, que sabía á gloria con sal molida.

No hubo más cosa notable, en el cuarto día, que el sermón sobre la muerte. Cada vez que el predicador pronunciaba la palabra muerte, los

que estaban junto á Jiménez lo codeaban, los que estaban atrás dábanle puntapiés, unos tosían, otros reían y todos pensaban en el joven homónimo de la muerte. El resultado fue que éste rabió como un energúmeno, y ningún estudiante sacó provecho de los esfuerzos del predicador en esa noche.

Uno de los compañeros de celda de Alberto vio al siguiente día andar en el patio una lagartija. Procuró cogerla viva y la metió en un cucurrucho de papel. Llegada la noche, amarró la lagartija con un hilo largo y sutil; aseguró las puntas del hilo en la cabecera del catre del asendereado estudiante y metió la lagartija entre las sábanas de la cama de éste. Tranquilo se acostó Jiménez y satisfecho de que ningún acontecimiento adverso le había sobrevenido en aquel día.

Morfeo le tocó los párpados, y el estudiante se durmió.

Pero el sueño duró muy poco, porque la lagartija se lo vino á arrebatarse. Siente el desventurado que un animal se le sube al pecho, y lanza un grito de horror. Levántanse los compañeros, acuden á la cama de Alberto y lo hallan sudoroso y pálido, y apretando con mano convulsa el cuerpo de la lagartija.

La paciencia de nuestro estudiante se había hallado sujeta á rudas pruebas que no llevaban trazas de acabar, porque lejos de enmendarse, lejos de tomar las cosas por el mejor

lado, volviase diariamente más insupportable con su mal carácter, y rompía lanzas con todos. No hay remedio: el que malas mañan ha, tarde ó nunca las perderá.

Después del sermón de cada noche, cantábase el *Miserere*, durante el cual podía disciplinarse quien á bien lo tuviere, para lo que se apagaban todas las luces, con excepción de la lámpara del Sagrario. Inútil es decir que ningún joven se disciplinaba, y que muchos ardían en deseo de disciplinar á otros.

Varios alumnos se comprometieron á dar una buena zurra á Jiménez, en la noche del sexto día de ejercicios. Como en uno de los patios de San José había rosales muy desarrollados, los jóvenes comprometidos se proveyeron de sendas varas, procurando, eso sí, que sean robustas, y cada cual llevó oculta su vara á la Iglesia, cuando vino el momento de la distribución nocturna. El sermón fué aterrador; versó acerca del infierno, y el predicador hizo derroche de elocuencia, al pintar las penas de los condenados. Terminó el sermón, se apagaron las luces, principió el *Miserere*, y con él la tunda formidable á nuestro estudiante. Este no tuvo más recurso que esconder la cabeza debajo de uno de los bancos, pero quedó á discreción de los jóvenes el resto del cuerpo, en el que diluviaban golpes.

Cuando la azotaina estuvo en su

apogeo, Alberto hizo un supremo esfuerzo, logró desacirse de los que lo flagelaban y no tuvo otro recurso que correr al pùlpito, para que el predicador lo amparase. El Padre,— que era el único que se disciplinaba á sí propio —, suspendió su enojosa tarea al escuchar el laberinto y las risas de los estudiantes. Cuando oyó que uno de éstos subía en volandas las gradas del pùlpito, creyó el Padre que algún audaz iba á faltarle, y tomando la disciplina, descargó furibundos golpes sobre Jiménez, hasta que lo hizo bajar del pùlpito.

El Ejercitante — que así se llamaba el periódico redactado en San José — narró el día siguiente, y con mucha gracia, la escena de la noche anterior.

Supuesto que los ejercicios tocaban á su fin, y era menester confesarse, los jóvenes guardaron en adelante más moderación, y no volvieron á mortificar á Jiménez.

III

Siempre vano y quisquilloso, siempre altivo y pendenciero, continuó Alberto sus estudios, hasta que llegó el fin del año que tan amargo le había sido.

Quien siembra vientos cosecha tempestades. La vida ociosa y muelle de nuestro estudiante lo condujo á ser reprobado en el examen final.

El padre del joven conocido con el

apodo de Muerte del Valle comprendió al fin que su hijo no era apto para los estudios, y lo dedicó á los trabajos agrícolas.

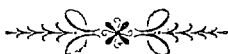
Ojalá que los padres de familia se convencieran de que la felicidad de sus hijos no consiste en que tengan éstos el título de doctor, sino en que sean hombres honrados, trabajadores y patriotas; y que para conseguir tal fin, nada hay tan precioso como la educación doméstica, nada tan fácil como formarlos para el bien, durante la infancia, nada tan ventajoso como inspirarles, en los albores de la vida, odio profundo á los vicios á que se les note mayor inclinación.

Loja, Abril de 1906.





CUALIDADES DE UNA NOVIA



Dicesme que pronto vas á casarte, querido Miguel..... ¡ Bravo ! Vengan esos cinco. Dáme la mano que dentro de pocos días va á ser de tu *santa prometida*, como dijo Acuña.

Casarse; qué bello debe de ser eso, qué bello.

Casi, casi me atrevo á envidiarte; casi, casi te digo que yo desearía estar en tu lugar, no porque quiera arrebatarte la novia—pues á quien Dios se la da, San Pedro se la bendiga;—sino porque al verte contento y feliz, me vienen deseos de ser tan dichoso como tú lo eres.

—¿ Cuántos días felices ha tenido Ud. en su vida ?, le pregunté á cierto individuo.

—Dos, me respondió: el día en que me casé y aquél en que murió mi suegra.

Esto último me pareció que pasaba

de castaño oscuro, y estuve en un tris de dar al deslenguado un puntapié en la parte más inocente, quiero decir, en la más sufrida de su pobre humanidad. A mí no me placen las personas que hablan mal de sus suegras, porque me parece que profieren una sinrazón, y que á más de falta de cortesía, manifiestan con ello sobra de ingratitud.

El individuo del cuento, si en lo primero acertó, en lo segundo erró por la mitad de la barba.

Próximo estás, amigo, á realizar el dorado ensueño de tu vida.

Sin duda alguna, el día del matrimonio será el más feliz de la existencia, conforme atestigua la mayor parte de los que han doblado la cerviz al yugo del himenco. A las autoridades me atengo, pues yo, como soltero, ni quito ni pongo rey en el asunto.

Me has enumerado una por una las bellas cualidades de la novia, y como tengo una memoria peor que la de los deudores morosos, quiero repetir, con tus propias palabras, la enumeración, á fin de que no se me olvide.

Dijiste que tu novia es bonita, que cuenta diez y ocho primaveras, que tiene sus centavitos, que te quiere mucho, que es virtuosa, y lo mejor de todo—repite tus mismas palabras—que es literata.

Ahí me las den todas.

Eso de literata no me disgusta, querido Miguel. Te lo digo con tanta verdad, como los pecados al confesor.

Tú, idólatra de la gaya ciencia, ella, —tu futura,— literata. Aquí bien cabe un tal para cual. Dios los cría y ellos se juntan.

Está de plácemes la Patria, pues el nuevo hogar va á ser un nido de ruiseñores.

Si las cualidades intelectuales se heredan, es incuestionable que tus hijos han de nacer cantando, esto es haciendo versos.

Los partidarios de la *selección natural* afirman que los seres más perfectos confunden, aplastan, aniquilan á los menos perfectos.

Tú convendrás conmigo en que la poesía es mucho mejor que la prosa. Por tanto los poetas aplastarán á los prosadores, la poesía reemplazará á la prosa de la vida, y el mundo se convertirá en Edén.

Dios quiera darte —para que se realicen los deseos de los *seleccionistas*— tanta descendencia, que se equipare á las estrellas del cielo y á las arenas del mar.

Feliz tú, que tan eficazmente vas á contribuir á la transformación de este mísero planeta sublunar.

Las confidencias con tu idolatrada esposa tendrán algo del arrullo de la paloma, de los murmurios del riachuelo, de los quejidos del sauce.

Marina se llama tu novia, y tú, Miguel. Bellos, bellísimos nombres: hasta en la letra inicial son iguales: ambos principian con *eme*.

Sin duda alguna, te encontraste ins-

pirado, cuando resolviste unir tu suerte á la de esa bella Marina.

No será aventurada mi afirmación, si digo que, durante la luna de miel, has de conversar única y exclusivamente en verso con la que te robó el corazón.

Y qué dulces conversaciones serán éstas. Los dientes se me vuelven agua, cuando pienso que pudiera escuchar tanta belleza.

A la hora de comer dirás á tu esposa:

Ven, pedazo de mi vida,
la mejor de las mujeres,
á gozar el dón espléndido
con que nos obsequia Ceres.

Aquí la raza bovina
se nos da por alimento,
y nos regala Neptuno
este líquido elemento.

Al compás del corazón,
que se halla late que late,
sirvámonos, amor mío,
la taza de chocolate.

Ella, tu querida Marina, siempre tierna y afectuosa, y haciendo monísimos remilgos, te responderá:

Mereces, hijo de Apolo,
queridísimo Miguel,
que yo te ciña en la frente
la corona de laurel.

Soy Hebe: quiero servirte
de los dioses el licor;
después, sé tú Ganimedes,
y sírvelo con amor.

Es, en verdad, muy prosaica
de comer la ocupación,
pero tórnanla poética

tu canto y mi corazón.

Dime, querido; ¿no serán por el estilo tus coloquios con Marina?

Hermosa ha de ser la vida que se desliza entre cantos y arrullos, entre afectos y ternuras; hermoso el casarse entre poetas - se entiende no ambos machos, sino el uno poeta y la otra poetisa; - hermoso el vivir en el Olimpo, en las estrellas, en las nebulosas.

Despreocupados completamente de los cuidados terrenales, no tendrán más pensamiento que el de amarse y cantar. Fija la imaginación en las bellezas ideales, todo será luz, ambrosía, música, ritmo. Alzados los ojos hacia arriba, muy arriba, hollarán con delicada planta todo lo bajo, como las riquezas, todo lo fútil, como los honores, todo lo vano, como las amistades mundanas.

¡Oh, los poetas, seres privilegiados que pasan hollando flores y derramando rimas!

Los jilgueros no siembran ni cosechan, pero cantan. Así también, ni tú, mi querido amigo, ni tu delicada esposa, tendrán necesidad de trabajar, sino de cantar.

Orfeo detenía con sus cantos el curso de los ríos y trasladaba los árboles: vosotros, cantando, detendréis el curso de las necesidades caducas de la vida, y trasladaréis a vuestro hogar cuántos bienes se hallan diseminados en el mundo, para satisfacción de los mortales.

¡Oh generación de poetas, yo te sa-

hudo !

Pero veo, querido Miguel, que te pones serio, al oír mis observaciones: has echado cara de Teniente Parroquial cuando autoriza un matrimonio civil.

Ni los Alguaciles, en el acto de apremiar á los pobres, tienen tanto ceño como tû ahora. ¿ Por qué, amigo, por qué?... Ah, ya caigo. Crees que me burlo de ti y de las letras de tu futura esposa.

Entendámonos.

Cuando me enumeraste las bellas cualidades de tu novia, me dijiste que Marina era esto, y aquello, y lo de más allá, y lo mejor de todo, literata. Aquí hay un error de concepto, y tuya la culpa.

Santo y bueno que tu novia sea literata; pero esta cualidad no es la mejor de todas, ni el mejor adorno de una esposa.

Yo soy acérrimo defensor de la ilustración de la mujer: aprecio, admiro, reverencio á las literatas. Santa Teresa de Jesús, Ana de Drostehülshoff, la Gómez de Avellaneda, la Reina Elizabeth de Rumania ó Carmen Silva, Cecilia de Arrom—alias Fernán Caballero.— Emilia Pardo Bazán, y entre nosotros, Dolores Sucre, Mercedes González de Moscoso y otras, son mujeres ante las cuales deben sacarse el sombrero los literatos de mayor talla.

Tengo ansia de que las mujeres sean ilustradas. Nadie ha lamentado tanto como yo la desaparición—que ojalá

no sea eterna— de la simpática revista quiteña *La Mujer*, redactada por señoras y señoritas ecuatorianas.

Si quieres decirme que es una buena prenda el que tu Marina sea literata, estoy conforme con ello; pero si piensas que esa cualidad es la mejor de todas las que has hallado en tu novia, no convendré contigo, hasta el mismo día en que me echen la última pala de tierra.

Como condición previa al matrimonio, se requiere la igualdad social de los novios. Alguien dijo ya, que el matrimonio es un yugo, y que nunca lo arrastrará bien una pareja desigual, porque siempre caerá la peor parte en el más pequeño de los dos.

Previo esta condición, ha de buscarse en la novia virtud, hermosura y talento.

Si la esposa es, como se dice vulgarmente, una señora de su casa; si sabe ejecutar aquellas faenas domésticas que tanto realce dan á una mujer; si cuida de su esposo y de sus hijos como una verdadera madre de familia, entonces, lejos de ser en ella reprehensible el cultivo de las bellas letras, será una joya más de su corona, y joya de valor inestimable. Pero si por dedicarse á la literatura, descuida sus obligaciones; si por devorar libros, deja abandonados á los hijos; si por escribir romances, hace ayunar á su marido, entonces las letras le son perjudiciales.

Noto que estás ya de buen humor,

apreciado Miguel: en tu rostro se dibuja la alegría. Tienes en este momento una cara tan festiva como la del Maestro de escuela, cuando merced á indecibles trabajos, consigue á fines de año, que le paguen el sueldo, siquiera de los dos primeros meses.

¿ Por qué tanto alborozo? Bien lo comprendo: estás acorde conmigo en pensar que la literatura es una bella cualidad de tu novia; pero no la primera, la superior á todas, como equivocadamente me dijiste.

Si Marina no abusa de la literatura; si no pospone los quehaceres domésticos á las aficiones poéticas; si te quiere más, muchísimo más, que á Apolo y á la cáfila de nereidas, silfos y ninfas, que sea enhorabuena literata, poetisa, académica y cuanto más quiera.

Conque, apreciado amigo, me congratulo en el alma, por tu próximo feliz enlace con Marina, puesto que ella, siendo de tu misma posición social, tiene las cualidades que apuntaste, y que yo las enumero así: Tu novia es virtuosa, te quiere mucho, es bonita, cuenta diez y ocho primaveras, tiene ses centavitos y es también literata.

¿ Te place el orden de la enumeración? Creo que sí. Ya sabes que aun cuando se cambie el orden de los factores no se altera el valor del producto.

Me invitas encarecidamente á que asista á tus bodas. Mil gracias, bondadoso Miguel. A pesar de que no está el alcazar para zampoñas, ni la Magdalena pa-

ra tafetanes, ofrezco acompañarte en el día de tu mayor felicidad, y si fuera lícito, hasta me pillaría un cernícalo de puro gusto.

Siento deveras ser un hombre tan inútil para hacer versos. De otra suerte ya tendrías un épitalamio, largo como longaniza, dulce como zapote, y lleno de suculenta doctrina, como el Mensaje Presidencial de 1905.

Con todo, por mi santiguada, te ofrezco un genetliaco para cuando nazca tu primogénito. Creo que en nueve meses si lo podré concluir.

Conste, pues, que mi poema tendrá el mismo período de gestación que el primero de tus hijos, porque desde el día de tu matrimonio principiaré á trabajarlo.

Ojalá que tu primogénito no sea siete-mesino, pues entonces echaría á perder mi trabajo.

Loja, Mayo de 1906.





El agua.



NADIE diga de esta agua no beberé. Jamás pensé escribir sobre este asunto á mi parecer insípido, y sin embargo, vi-me forzado á ello, y aquí me tenéis con el agua á la garganta.

Yo, mísero escritor, di mano y palabra, y ofrecí formalmente escribir en este número del *Album Literario*; mas cuando llegó el momento de cumplir mi oferta, ahí me estaba entre dos aguas, sin saber qué escribir.

Pensaba, pensaba; ya elegía un tema, ya ótro, y luego me veía sin saber qué decir, porque los escritores como nosotros de tres al cuarto—nos ahogamos en un vaso de agua. Mientras tanto, pasaba el tiempo, corría como el agua, y ¡ay! el tiempo corre para no volver.

Lo que más afecta al hombre es el convencimiento de la propia impotencia. Quien está así convencido, es un hombre.

al agua.

Paciencia y buen humor me dije, tirando á un lado la pluma que estaba en mi mano, y que ya era para mí un instrumento inútil.

El cerebro ardía como volcán en ignición, el pulso estaba agitado, los labios, marchitos.

Para calmar la fiebre que me consumía, bebí un vaso de agua, y al momento, ¡ oh prodigio !, un rayo de luz cruzó por mi mente.

¿ Por qué, dije, no escribir un artículo sobre este precioso licor que ha mitigado la sed devoradora ?

¡ Pecho al agua ! Escribiré, pues, á la buena de Dios, aun que mi artículo resulte, por fin de fines, agua de cerrajas.

Beber el sabroso licor, y resolverme á escribir de él, todo fue uno.

Esto me recuerda un caso que presencié, allá en los hermosos días de la niñez.

Cuando dirigían la escuela central de esta ciudad los Hermanos de las Escuelas Cristianas, había unos sesenta alumnos en la clase tercera, el año en que yo la cursaba también.

Era el 31 de Mayo. El Director de la clase nos ordenó q' concurriéramos por la noche á las vísperas solemnes que, para finalizar el mes de Mayo, debían cantarse en la Portería,—así se llamaba la Iglesia que estaba á cargo de los Hermanos—, y deseoso de dar más solemnidad á la fiesta, preguntó si alguien de nosotros sabía un discurso á la Virgen, y quería pronunciarlo esa noche.

—Yo, Querido, exclamó un chiquillo

de voz de flautín, poniéndose en pie, y le vantando el dedo índice de la mano derecha.

— Perfectamente, replicó el Hermano, Ud. pronunciará á la noche el discurso que sabe, pero cuidado con deslucirse.

No, *Querido*, añadió el niño, á quien bailaban las pascuas en el alma.

Los condiscípulos del chivuelo quedamos alelados de estupefacción y de santa envidia, al ver la habilidad de nuestro compañero.

Este fué á casa y dijo que esa noche debía pronunciar un discurso á la Virgen, porque el Director lo había ordenado.

— ¿Qué discurso puedes pronunciar, exclamó la mamá, si no sabes ninguno?

— El que dije el año pasado, cuando vino la Virgen del Cisne, replicó el niño.

— Dilo, para ver si te acuerdas.

El niño repitió de corrida todo el discurso.

En vista de la buena memoria de su hijo, quedó asombrada la madre, y después de la comida, vistió al niño lo mejor que pudo. Pásole pantalón á rayas de tela café, chaleco blanco, en el que aseguró una cadenilla para reloj, chaqueta negra de uno de los hermanos mayores, corbata del papá, y un pañuelo de seda carmesí, que se desbordaba del bolsillo exterior del pecho.

El angelito, con su cara bien lavada, su cabello bien peinado y su vestido de gala, estaba tan encantador, que daban ganas de comérselo.

No bien terminaron las vísperas, llegó

el momento del discurso. Subieron al niño á una mesa colocada junto al Presbiterio, se agolpó en rededor un considerable número de alumnos, y el Hermano dio la orden de principiar el discurso. Pero el mandato superior no fue obedecido, porque el niño olvidó completamente el comienzo del discurso.

Qué conflictos para el pobre chiquillo. Tosía, arregiábase la corbata, se tiraba la chaqueta, ora del lado derecho, ora del izquierdo, ora de atrás, volvía á toser, veía en rededor, y no había quien lo auxiliara.

— Bájese, dijo en alta voz el Hermano, pero el niño continuaba en sus trece; no quería bajarse de la mesa sin pronunciar el discurso, pues equivalía á bajarse por las orejas.

Viendo las fatigas del infeliz muchacho, uno de los niños más cercanos á la mesa exclamó, en voz capaz de ser percibida por los circunstantes: parece alma en pena.

Oyó el niño del discurso la palabra ALMA, y prorrumpió triunfante:

Alma feliz, escucha:

¿ Qué plácido alborozo
el Templo de Dios vivo
inunda en puro gozo?.....

y continuó su discurso, hasta concluirlo con felicidad.

Así he estado yo: sólo cuando bebí el vaso de agua, hallé materia sobre qué escribir.

¿ Qué es el agua? Los filósofos antiguos decían que es uno de los cuatro elementos. Agua, aire, tierra y fuego:

hé aquí, según Aristóteles, los cuatro elementos que en el mundo existen. El agua y la tierra son pasivos, el aire y el fuego, activos.

Quien tenga pujos de químico nos dirá que el agua es líquido compuesto de una parte de oxígeno y dos de hidrógeno, y la llamará, en su tecnicismo peculiar, *protóxido de hidrógeno*..... ¡ Qué nombre tan feo !

A un estudiante le preguntó el profesor ¿ qué es el agua ?

Agua, respondió aquél, es un líquido incoloro, inodoro y sin sabor, y algunos opinan que se bebe.

Diablo de garzón, á éste sí que no le ha tocado el agua bautismal en la mollera.

Nada hay tan abundante en nuestra esfera terráquea, como el agua.

Ocupa las tres cuartas partes de la superficie del globo; corre por todos los países, en forma de caudalosos ríos, frescos manantiales y juguetones arroyuelos; se precipita en sonoras cataratas, descende gota á gota desde la dura peña; salta del seno de la tierra en mil graciosas vertientes, y cae de la atmósfera en lluvia vivificante que conserva la vida del universo mundo.

Cuántas bellezas, formadas por el agua, podemos admirar en la creación.

El menos impresionable, tórñase poeta, cuando mira por vez primera la extensión ilimitada del océano. Todos lanzan un grito de entusiasmo al contemplar la majestad del Amazonas, la nieve eterna é imponente del Chimborazo.

zo, la sublime belleza del Niágara, del Tequendama, del salto de Agoyán.

Se experimenta gratísima impresión al surcar las aguas de azulino lago, al oír los cantos de argentada fuente, al ver deslizarse en la pradera, ó por un lecho de flores, el travieso murmurador arroyuelo.

Qué blanca es la escarcha, qué puras las gotas de rocío, qué elocuentes las lágrimas de amor que tiemblan en los ojos de virgen enamorada, y ruedan por un cielo de rosa, al bañar las púdicas mejillas.

Nada tan necesario como el agua. Sin ella, la vida volveríase imposible.

Yerma y estéril la tierra, no nos daría los sazonados frutos que sirven de alimento. Faltaría la flora, faltaría la fauna, y la especie humana desaparecería del haz de la tierra.

Leibnitz decía que el planeta en que habitamos es el mejor de los mundos; y yo agregó: porque no le falta el agua.

Los hombres se han servido del agua para muchos usos religiosos.

La ley prescribía al pueblo hebreo ciertos baños, lociones y purificaciones.

El mismo pueblo tenía la prueba del agua amarga ó de los celos, que servía para confirmar la inocencia, ó castigar el adulterio de la mujer acusada, quien bebía una agua mezclada con ciertas yerbas amargas y polvo del Tabernáculo. El maná, cuyo uso estaba prescrito al pueblo fiel, agua debía de ser.

En la Edad Media, cuando se encontraban vigentes los llamados juicios de

Dios, había la prueba del agua fría y también la del agua hirviendo: una y otra eran distintas aplicaciones del agua à un acusado, para descubrir su inocencia ó culpabilidad.

Como yo tengo muy poco de moro, no me detendré en explicar el empleo del agua hecha por los mahometanos en sus purificaciones. Basta saber que el Corán prohíbe el uso del vino: de suerte que à los secuaces de la Media Luna, no les queda sino agua. Con razón, tienen al mar tanto cariño, y sobre todo al Golfo de Lepanto.

El Catolicismo emplea el agua como materia del Sacramento del Bautismo, que es la puerta de los demás sacramentos, y que es necesario, con necesidad de medio, para la salvación. También usa el agua en el Sacrificio de la Misa, en ciertas ceremonias, como el mandato del Jueves Santo, la bendición de las Iglesias, objetos del culto y, por lo común, en toda clase de bendiciones. El agua bendita es reconocida por la Iglesia Católica como uno de los sacramentales.

Muchos son los beneficios que del agua reportan las industrias, como quiera que se la consigue utilizar en su estado sólido, líquido y gaseoso.

Por agua se comunican fácilmente los hombres, aunque se encuentren à remota distancia; y siendo ella la mejor vía de comunicación, es por tanto uno de los principales instrumentos indirectos del cambio, para hablar con los Economistas.

En estado líquido sirve de motor para infinidad de máquinas. De aquí es que muchos quieren llevar el agua á su molino y dejar en seco el del vecino. Digo esto, con perdón de los propietarios de molinos de viento.

Convertida en vapor, economiza inmensamente los gastos de tracción: ahí están los buques de vapor, ahí los ferrocarriles, que no me dejarán mentir.

Cuántas ventajas proporciona el agua á la economía individual. Unida con otras sustancias, nos sirve de alimento y de mil deliciosas bebidas; sola, mitiga la sed, no enferma ni embeoda ni adeuda; refrigera el calor usada en baño; asea finalmente la persona, el vestido y todo lo que está sucio.

Muchos placeres inocentes concede el agua. Bañarse, nadar, patinar, navegar y en ocasiones hasta naufragar, —se entiende cuando el naufragio es voluntario, y no se corre peligro— son deliciosos placeres.

¿Y el carnaval? Ah, feliz agua de carnaval, que no haces daño.

A cuántos prójimos nuestros los dejan cual digan dueñas, en esta ocasión. La inmersión de cuerpo entero ó parte de él, en ríos, lagunas, acequias, pantanos, pozos, tinas, pailas, etc.; la aspersion con bandejas, lavacaras, sombreros, bateas, vasos, jeringas, rociadores, *et reliqua*; la ablución —valga la palabra, pues el agua de carnaval más ensucia que lava— la ablución de cabeza, cara, manos, brazos, piernas y cuanto Dios crió, he aquí diversas aplicaciones del agua de

carnaval.

¿No es verdad, hermosas lectoras, que el agua es indispensable para el tocador?

Cuentan que en el almacén de cierto extranjero había una cantidad ingente de frascos, que se parecían entre sí como dos gotas de agua, y ostentaban en letras doradas este rótulo: *Agua pura, sin ninguna mezcla, para embellecer el rostro de las mujeres. — París — Rue d' Enghien, 43*".

Cundió la novedad, como cunde el aceite, y todos se hacían lenguas de las maravillosas propiedades de esta agua, que se vendía al módico precio de dos sueres por frasco. El *gringo* hizo su agosto, conforme varios de ellos acostumbran. La hija de un químico pagó también su tributo á la novelería, y el padre de la joven examinó las propiedades de agua tan afamada. Del análisis resultó que los frascos contenían únicamente agua destilada, sin mezcla de ninguna otra sustancia. La policía quiso castigar al *gringo*, pero éste probó, ó mejor dicho su abogado — ya q' abogados hay para todo — que no se había engañado al público, pues el rótulo de los frascos manifestaba claramente el contenido. Con todo, el extranjero no vendió un frasco más.

Dije que el agua es indispensable para el tocador. Abundan pruebas.

Hay que principiar esa larga operación por lavarse la cara; y para peinarse, el agua es menester. Después vendrán los afeites, la pintura de cejas, la

bios y mejillas y el expresivo lunar; ó aquellos mixtos cederán su puesto á los benéficos polvos de arroz, de magnolia, ó lo que sean. Si en los afeites y pinturas no se usa el agua, se la necesita al menos para asear las pulcras manecitas.

Como es preciso perfumar el traje y el pañuelo, á la mano están infinidades de aguas de olor, cuya sola enumeración llegaría á ser fastidiosa.

Lo que digo de afeites, no se aplica á vosotras, idolatradas lojanitas. Que me corten la nariz, si hay alguna que se eche pintura en el rostro. Limpiecitas sois, como la azucena de nuestros jardines, y para embelleceros no tenéis necesidad de acudir á los pinceles, y dañar la obra de sabia naturaleza. Ojalá que nunca os aficionéis á la ridícula moda del afeite; ojalá que nunca despidáis ese nauseabundo olor á botica; ojalá que seáis siempre tan aseadas, como vuestro admirador lo desea. Tened un odio eterno á la mano de gato.

Los peluqueros bautizan en ciertas ocasiones á los del sexo feo con un líquido tan fragante..... *que no hay más que oler*. Después de q' nos han recortado el cabello y rasurado la barba, proceden á peinarnos, y como acto previo, vacían en sus manos un líquido blanquecino que tienen embotellado; con él nos remojan la cabeza y soban - como cosa ajena - el cuero cabelludo, en todas direcciones. Qué frescura la que se siente. Benditas manos las de los rapabarbas. Sin embargo, no hay que hacer actos de fe para saber que ese líquido es

un compuesto de Agua de Florida. En seguida nos peinan, reciben su *honorario* - como dice un gracioso peluquero - y abur.

La Terapéutica hace prodigios con el agua. Los baños fríos, tibios ó calientes, las irrigaciones, compresas, envolturas, las bebidas y mil otras aplicaciones de agua, curan muchísimas dolencias de la pobre humanidad. Ahí está Kneipp que me sacará verdadero, y no me digan que al enfermo que es de vida, el agua le es medicina.

Como todo no es cabal en esta vida, hay ocasiones en que el agua viene á ser perjudicial. Si llueve en el tiempo debido, son buenas las cosechas: sabido es que, agua de por Mayo, pan para todo el año; pero si llueve mucho, ó fuera de tiempo, no se producen, ó se destruyen las mieses; por eso, agua de por San Juan quita vino y no da pan.

Las muchas lluvias hacen salir de madre á los ríos, y éstos arruinan cuanto hallan á su paso. El granizo, la nieve, la escarcha, agua son, y cuán perjudicial á veces. Cundo Dios quiso castigar á la humanidad prevaricadora se sirvió del agua. Vino el diluvio, y millones de seres perecieron ahogados.

Unos jóvenes enardecidos, no sé si por el amor, ó por el pícaro aguardiente, y en noche oscura, como boca de lobo, daban una serenata al pie de las ventanas de una hermosa. Cantaban cierto *pasillo* que terminaba con este verso:

Guarda para la bella el mar profundo
la perla codiciada:

Yo tengo para ti de amor un mundo,
Y tú para mi amor no tienes ni agua.

Los cantores oyeron abrir con mucho
tiento una ventana.

¡ Ah ! es ella dijeron agradecidos. Pe-
ro cuál su desencanto, cuando al grito
de ¡ agua va ! se sienten bañados por
una aljofaina de agua, real y verdadera,
arrojada por el padre de la joven. Los
serenateros, recibiendo el baño de agua
fría, se fueron con la música á otra par-
te.

Mucho pudiera escribir aún sobre tan
abundante materia, pero temo abusar de
la paciencia de mis lectores que, engol-
fados en tan insípida prosa, no estarán
seguramente como el pez en el agua, y
dirán para sus adentros, sino dicen tam-
bién para sus *afueras*: Pobre escritor:
es de aquellos que no ganan ni para
agua.

Loja, Junio de 1906.





El Celibato.

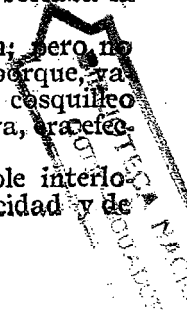


NO puedes dudar del gran cariño que profeso à tu familia—decíame doña Lucía, señora ya entrada en años—; y porque me eres también una persona querida, te aconsejo q' no pienses jamás en casarte, si quieres vivir tranquilo y feliz. El matrimonio lleva consigo muchas responsabilidades; las lágrimas son sus eternas compañeras; las penas su séquito; las desgracias su resultado final.

Callábase un instante, como quien medita en un asunto demasiado serio, lanzaba un suspiro y en seguida soltaba la tarabilla.

Yo la escuchaba con fruición; pero no asentía á sus aseveraciones, porque, vamos, tengo en el corazón un cosquilleo que, según me explicó la señora, era efecto de la edad.

Inútil es decir que mi amable interlocutora, à pesar de su locuacidad y de



su talento nada común, era una soltera empedernida, aunque no por fea se quedó para vestir santos, pues revelaba, sin que pueda revocarse á duda, que en sus mocedades había tenido muy buen palmito. No se casó cuando joven, porque creía que ninguno de sus pretendientes era digno de merecerla. Al doblar el cabo de la esperanza matrimonial, quiso atrapar á un joven, pero no le valió el garabato, y por fuerza tuvo que engrosar las filas — muy compactas por cierto en nuestra sociedad— de las personas célibes.

—¿ Insistes en creer, me dijo, que el matrimonio es un estado apetecible?

—¡ Ay, Señora !, respondió yo, lanzando un suspiro, digno de formar dúo con los de ella, usted puede saber más que Merlín, pero me da el corazón que el matrimonio es un estado hermosísimo, y no solamente apetecible, sino también apetitoso.

—Cosas de la edad, hijito mío. ¿ Habrá condición más apreciable que la independencia? Pues en el matrimonio la pierden ambos cónyuges, y como es natural, la mujer lleva la peor parte. Esclava de su deber, no puede frecuentar las iglesias, ni salir á paseo, ni pagar visitas, ni hacer en su propia casa lo que tuviere á bien, pues ahí está la férrea imposición del marido, escudriñándolo todo, coartándolo todo, impidiéndolo todo.

— Esto será cuando la media naranja no se adapta muy bien á la otra mitad; pero sí existe cariño, ¿ habrá ma-

por ventura que hacer la voluntad de la persona amada ?

— Palabras, palabras y sólo palabras. El cariño es una idealidad que no se prolonga más allá de la luna de miel, y casi siempre se marchita, cuando se marchitan los azahares. Los hombres cuando novios, ofrecen el oro y el moro á la mujer, pero sus promesas son como las de los candidatos: antes de la elección muchas ofertas, y en llegando á la curul, se desviven por sacrificar al pueblo que los eligió.

— No niego que así se manejen algunos maridos, pero éstos son los menos, como quien dice la excepción, de la regla, pues los más cumplen su palabra y sólo procuran la dicha del hogar. De cada cien esposos, habrá diez que no sean felices; los noventa restantes, viven tan contentos de su estado, que no cambiarían su suerte con la de los célibes.

— Ya te viera casado, para oírte cantar la palinodia. Te concedo en el mejor de los supuestos, que te halles una compañera cariñosa, de magnífico genio, hacendosa, económica, en fin, la mar de buenas cualidades, dime ¿ no es superior á todas ellas la santa, la adorada libertad ?

— Para contestar á su pregunta desearía saber qué clase de libertad es la que se pierde con el matrimonio.

— Pues el derecho de hacer lo que á gana nos venga.

— Alto ahí, Señora mía, eso no se llama libertad. El hombre, sea casado ó soltero, no tiene derecho de hacer lo que

á gana le venga; ningún caco, por ejemplo, tiene derecho de robarle á usted sus caudales, y ningún libertino puede lanzarle palabras que le pongan el rostro como tomate. La libertad consiste en hacer lo que se debe, y no en hacer lo que se quiere. El casado y el soltero son igualmente libres para todo aquello que está dentro de la órbita del deber. Decir que los casados pierden la libertad es no tener cabal idea de lo que usted llama, y con razón, la santa, la adorada libertad.

— Filosofillo te vuelves, y como yo no quiero meterme en tus metafísicas, vamos más bien á otras consideraciones.

— A las que usted guste, Señora.

— ¿No temes que tu mujer te resulte habladora ?

— Dicen que esta cualidad es bastante común en las hijas de Eva, por supuesto sin meter á usted en parte; pero, como dijo el ótro, todo depende de la *dependedera*. Antes de casarme he de examinar escrupulosamente las cualidades de la que ha de ser mi cara mitad. Si veo que la lengüecita es demasiado larga, claro está que á mi novia le doy con la del rengo; busco un pretexto cualquiera, por ejemplo el de que me voy á hacer cura, y aquí paz y después gloria. Puede acontecer, sin embargo, que á pesar de mis precauciones me resulte habladorilla, entonces me valdré del buen modo para meterla en pretina, y confío que viviremos en la mejor armonía, como amantes tortolitos.

— ¿ Y los trabajos que dan los hijos ?

Desde que nacen principia el martirio para los padres: noches de insomnio cuando tiernos, días amargos cuando crecidos; siempre desazones, siempre lágrimas y dolores.

— Señora, no es tan fiero el león como le pintan. En todos los estados de la vida hay amarguras, porque el mundo es un valle de miserias y nadie puede sustraerse á los sufrimientos. Así y todo, las delicias de la paternidad sobrepujan á sus dolores: éstos son propios de la tierra; mas aquéllas participan de las delicias del cielo. Acertadamente dijo uno de nuestros poetas:

*Quien paternal terneza no ha sentido,
De haber amado bien jamás se alabe;
Quien no ha besado á un sér de sí nacido
Lo que es dulzura celestial no sabe.*

Usted se considera feliz, abrazada á la cruz del celibato; pero yo creo que hubiera sido más feliz rodeada de amantes hijos. Ya me parece ver en rededor de usted á cuatro criaturas, hermosas como lo habrá sido usted en su niñez, rubias como rayos de sol, rosadas como la aurora, haciéndole mil caricias, dirigiéndole mil palabras tiernas y afectuosas, estrechándola entre sus brazos pequeñuelos. Con qué ternura fijaría usted sus miradas en esos lindos ojos de cielo, con qué placer acariciaría esas blondas cabecitas, con cuánto amor depositaría en esos labios de clavel los purísimos besos maternos.

Un profundo suspiro lanzó mi inter-

locutora, y dos lágrimas, como diamantes, rodaron por sus mejillas. Prueba inequívoca de un tardío arrepentimiento.

Guardè silencio hasta que doña Lucía recobre fuerzas para la lucha.

— ¿ Persiste en aconsejarme el celibato ?, añadí socarronamente.

— Sí, hijito mío, cree en mis palabras, no pienses nunca en casarte.

— Tiene usted alguna otra razón, á más de las aducidas, para darme ese consejo ?

— La razón es que deseo ahorrarte amarguras, sobre todo en la vejez, porque para entonces se hallan reservados los más tristes dolores. Dime ¿ podrías soportar la afrenta de ver à un hijo tuyo entregado á los vicios ?, ¿ no maldecirías de la paternidad si lo vieras esclavo del alcoholismo ?

— El peligro que usted teme es demasiado contingente y puede muy bien precaverse. La verdadera educación de los hijos desde la más tierna infancia, hasta que llegan á la mayor edad, es el gran secreto, merced al cual pueden los padres ahorrarse muchas lágrimas en la vejez. La suerte de los hijos está en manos de los padres. Si éstos forman para el bien el corazón de aquéllos, está asegurado el porvenir. Por otra parte, el temor de un mal contingente no es causa para que se desprecie un bien positivo, cual es el matrimonio.

— Pero mi confesor me ha dicho que en el celibato se sirve mejor á Dios que en el matrimonio.

— Yo le replicaré, Señora, con las pa-

labras de un ilustre autor (Saint Beuve): “ á cierta edad de la vida, si vuestra casa no se puebla de niños, probablemente se llenará de manías y de vicios ”.

— Esto lo habrá dicho por ustedes los hombres, puesto que los más son unos bribones.

— Según su modo de pensar, el matrimonio es bueno para los hombres y el celibato para las mujeres.

— Claro que sí.

— Entonces confesemos que habló como un sabio aquel sacerdote que, predicando en cierto pueblo, se expresó así: “ *en este pueblo deben casarse todos los hombres, menos las mujeres* ”.

— Ja, ja, ja, ja.

— Razón tiene de reírse, porque si el hombre no se casa con la mujer, ¿ con quién, diablos, se ha de casar? Vamos, su pleito está perdido.

— No te creas victorioso, porque he guardado para el fin la razón más poderosa.

— Oigámosla.

— Una persona q' se respeta, no puede prestarse para la mamarrachada del matrimonio civil.

— Ahí me las den todas, Señora mía. Usted ha tenido acierto en reservar para el fin la más poderosa de sus razones.

— Y no va de broma. Voy á referirte lo que presencié, hallándome de tránsito en un pueblo. Iba á casarse una criada de la casa donde estaba yo hospedada. A la hora convenida llegó un viejo, que era el Teniente Político, salu-

dó muy secamente y tomó asiento con una gravedad que envidiaría el Czar de las Rusias; después de un rato de penosa conversación, dijo á cierto individuo que lo acompañaba: *señor Secretario, principiemos el sacramento de la República.* Ordenó á los novios que se pongan de pie; á uno y otro lado colocáronse los testigos, y frente á los novios, la primera autoridad parroquial con su Secretario. Este leyó unas actas larguísimas, y en seguida el Teniente Político, levantando el *poncho* sobre el hombro derecho, alargó la mano, hizo la señal de la cruz y juramentó á los testigos. *Señora María Ramos, exclamó después, ¿recibe por esposo á Santiago Masache?* La novia no dijo esta boca es mía. Por segunda vez se dejó oír la misma pregunta, y un silencio aterrador fué toda contestación. Amostazado el Político, hizo por tercera vez, y en voz más alta, la pregunta sacramental, pero sin resultado alguno. *Hable, añadió furioso, pues de lo contrario le impongo el máximo de la multa, por desacato á la autoridad.* Amedrentada por la amenaza, exclamó la novia: *mi señora me dijo que no responda pronto, porque han de creer que estoy muerta de gana de casarme; pero ya que Usía lo manda, diré que sí.* El Teniente Político casi reventaba de satisfacción al oír el tratamiento de Usía, y dirigiéndose al novio preguntó: *Señor Santiago Masache, recibis por esposa á la María Ramos?* Por supuesto, dijo el novio, antes de q' concluya la pregunta. *Dense la mano*

derecha, ordenó el Teniente; y al verse obedecido, exclamó: *ya que así lo queréis, en nombre de la República y por autoridad de la ley, os declaro legalmente casados*; diciendo esto les echó la bendición. Firmadas las actas, exhortó á los esposos en esta forma: *ahora sí, muchachos, ya están casados; les aconsejo que no vayan á pelear, que respeten á la autoridad y que tengan muchos hijos para que se aumente la República y haya fieles ciudadanos del Gobierno*. Al retirarse, dijo al novio: *mis derechos valen cuatro pesos, y dos los del Secretario*.

¿Qué te parece, amiguito, esta comedia?

— Tiene su gracia; pero no hay razón para que tan frívolo pretexto retraiga del matrimonio á los que deseen contraerlo. Que en alguna parroquia sea un acto grotesco la ceremonia civil, no es motivo para que se abtenga del matrimonio la persona que desee casarse. Porque una mujer se viste ridículamente, no quiere decir que usted debe eximirse de vestir, y ande en cueros, como la madre Eva en el paraíso.

— Si ni esta razón te convence, creo que la fatalidad te arrastra á una desgracia inevitable.

— Ojalá me sobreviniera la bella desgracia del matrimonio.

— Te has de hallar sin duda en visperas del desposorio, por eso procuras cerrar los ojos á la luz.

— Por el sol que nos alumbra, que hasta hoy no se me ha presentado la

oportunidad de proponer matrimonio; pero si algún día se me presenta, lo haré sin el menor recelo. Quizá la buena estrella me depare una mujercita de rechupete, y que atesore las bellas prendas q' en usted admiro; entonces será imposible desperdiciar ocasión tan propicia. Si me toca en suerte una mujer como usted, puede estar ella segura de que toda la vida ha de ser una perpetua gurrumina.

— No dudo que harás feliz á la mujer que el cielo te depare.

— Dígalo con boca de ángel; y si llega para mí el momento de rendir la cerviz al yugo de himeneo, elegiré á usted para madrina. ¿ Me promete desde ahora conceder tan señalado favor ?

— Sólo por lo mucho que te estimo, podré hacerme cómplice de una violación al celibato. Seré tu madrina, únicamente en el matrimonio eclesiástico, pues preferiría que me ahorquen, antes de tener que presenciar un matrimonio civil.

* * *

Bellas lectoras: Vosotras y yo conocemos à muchas Lucías que no se casan, porque esperan hacerlo con el lucero del alba. Llegarán á viejas, y para justificar su forzado celibato, dirán que se quedaron solteras por no sujetarse á la mamarrachada del matrimonio civil.





Un cumpleaños.



DOÑA Antonia González, viuda de Maldonado, era una jamona de cuarenta primaveras, según ella lo afirmaba; un cuando yo digo, sin faltar al cálculo, que pasaba de cincuenta diciembres.

Por eso no andaré á mía sobre tuya, pues todos sabemos q' las hijas de Eva, si alguna vez mienten, es cuando se trata de confesar la edad. La belleza es casi siempre compañera de la juventud; y así como no hay mujer que juzgue ser fea, tampoco la hay que diga ser vieja.

A un octogenario le preguntaban: ¿cuántos años tiene Ud. ?

— Cuarenta y cinco respondía, y se quedaba tan fresco como una lechuga.

— Pero Ud. ya no puede tenerse en pie, y necesita que lo saquen al sol para calentarse.

— Todo podrá ser; pero no tengo sino

cuarenta y cinco años, y ahí va la prueba: cuando me casé tenía cinco años más que mi esposa, y puesto que ella se ha plantado en los cuarenta, yo no paso de cuarenta y cinco.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Hasta la edad de treinta años, doña Antonia González permaneció cèlibe. Un lustro de constantes súplicas, de fervorosas novenas y de asiduas promesas fué menester para que san Antonio le concediese marido. Estaba en un tris de perder las esperanzas, pero una idea luminosa fué su salvación. Veneraba en casa una imagen de san Antonio, y viendo que el santo se habìa vuelto sordo á los ruegos, le quitó el niño y lo guardó con llave en una caja; tomó al santo, le ató en los pies una cinta de seda y, cabeza abajo, lo colgó de una estaca fijada en la pared. Así te he de tener, le dijo, hasta que me hagas *el milagro*. Antes de ocho días, un caballero de edad propecta pidió y obtuvo, como era natural, la mano de doña Antonia.

Diez años le duró el marido, quien le dejó una fortuna más que mediana, y sobre todo, dos hijas, Rosa y Carmela, que eran un primor.

A las amigas que tenían hijas casaderas, decía doña Antonia: para alcanzar *el milagro*, no hay cosa mejor que colgar de los pies á san Antonio.

El año de gracia de 1907, y el día del glorioso Taumaturgo de Padua, nuestra viuda cumplía por undécima vez las cuarenta primaveras; y como tal día era también su onomástico, había sido

la señora mía muy cortejada, muy visitada, muy festejada.

Sobre la mesa redonda, puesta en mitad del salón, yacían unas treinta tarjetas, de las que cinco anunciaban en letra de imprenta, veinticuatro, en letra de mano —lo cual es demasiado cursi— y una, en letra de máquina, los nombres de personas amigas que, no pudiendo ó no queriendo visitar á doña Antonia, le enviaron un saludo de cartón.

¡ Oh bendito y desconocido inventor de la tarjeta !, cuántos bienes te debe la humanidad; cuánto tiempo has economizado y seguirás economizando á los que tan de prisa vivimos. Ingratos hombres, que levantan estatuas á los tiranos, y dejan de erigirtela en todas las ciudades.

La viuda de Maldonado estaba de veinticinco alfileres, y con un apatusco, que sólo el día de las bodas lo llevaría mejor. Vestía lindo traje de color oscuro; el cabello castaño, en el que brillaba tal cual hebra de plata, caía en dos medianas trenzas por encima del flamante pañolón, que desde los hombros la cubría; hermosos pendientes y anillos de valor revelaban que la señora pasaba de la áurea medianía.

A las siete de la noche, una familia amiga llegó de visita.

Después de los abrazos que se prodigaron las mujeres, y de una charla inaguantable —puesto que todas hablaban á la vez — se normalizó la conversación.

— ¿Cómo está la *santa*? (1)

— Ahora muy bien, comadre Merceditas, teniendo el gusto de estar con tan buenas amigas; ¿y Ud., comadrita?

— Yo he estado algo mal con la peste. En días pasados, mi casa era un hospital: yo, Ramón, las chiquillas, todos estábamos enfermos; pero, gracias á la chuquirahua, hemos logrado convalecer.

— Cuanto me alegro, comadrita; y vos, Doloritas, ¿cómo estás?

— Corriente, señora Antuquita.

— ¿Y vos, Merceditas?

— Corriente.

— ¿Y usted, compadre Ramoncito?

— Ya me voy endurendo. La peste me dió con tanta fuerza que me votó á la cama tres días; y si no hubiera sido por la chuquirahua, la verbena y el sudor de flores de saúco, no hubiera tenido el gusto de visitar á la *santa*.

— Gracias, compadrito.

Reinó un momento de silencio, que fué interrumpido por la tos de don Ramón.

— María, gritó doña Antonia.

— Niñitáaa, contestó una criada, desde el cuarto contiguo.

— Trae unas copitas, para ver si así nos curamos bien de la peste.

Mientras la criada preparaba las copas, se reanudó la conversación.

— Creo que ustedes no perderían la misa de fiesta en San Francisco.

(1) Se acostumbra dar este calificativo á la persona cuyo onomástico se celebra.

— Imposible, dijeron á una voz, la señora Mercedes y sus dos hijas.

— ¿ Y qué les pareció el sermón ?

— Ay, calle, calle, comadrita, cosas más lindas no pensaba oír. Qué sabiduría la del Padre; me hizo llorar como una Magdalena.

— Ciertamente, repuso doña Antonia, el cielo abierto era San Francisco esta mañana: esa compostura tan linda del altar; ese canto tan *lírico* de los Padres; ese elocuente sermón que á todas nos tenía *péndulas*; en fin, me lo han celebrado bien á mi santo, y ha estado la fiesta, del décimo no codiciar. Con razón dice el dicho que por los justos vivimos las pecadoras. Y ustedes, chiquillas, ¿ qué dicen de la fiesta ?

— Estuvo lindísima, respondió Merceditas; pero lo que más me gustó fué el sermón del Padre *suco*: nosotras llorábamos junto con mamita.

— Si por mí fuera, agregó Doloritas, todo el día me pasara en San Francisco.

— Así lo hacen, dijo don Ramón, interrumpiendo á su hija: hay días que toda la mañana no veo la cara á mi mujer y á mis hijas. No hay quien me sirva una taza de café; los chicos lloran, las criadas están mano sobre mano, la casa en desorden. Mujer de Dios, le digo á mi Mercedes, cuando llega á eso de las diez, ¿ qué haces en la iglesia toda la mañana ? Cuando llegamos, responde ella, ya había estado *parada* la misa; tuvimos que esperar ótra; concluída ésta, oímos la siguiente por ti, y la misa conventual por la conversión de los pecadores. En

seguida nos fuimos á confesar; pero como ya se habían *cogido la tablá*, hubo que demorarse mucho; después rezamos las estaciones, y, por fin, ya estamos de vuelta. Son inútiles mis reprensiones y protestas, porque mi mujer y mis hijas no tienen la más remota esperanza de enmienda. Yo no me opongo á que recen, oigan misa y se confiesen; pero pierdo la paciencia cuando veo que se falta á los deberes domésticos, so pretexto de devoción. Bueno es cilantro, pero no tanto.

— Cállate, repuso doña Mercedes; como ustedes los hombres son el mismo enemigo malo, no quieren que las pobres mujeres recemos; tienen á los Padrecitos en la punta de la lengua, y sino fuera por esos *vidíticos* ya llovería fuego del cielo.

Iba á replicar don Ramón, pero una criada fué la paloma mensajera de la paz, pues se presentó, nó con la rama de olivo en el pico, sino con la bandeja de copas en la mano.

— Sírvanse una copita para el frío, exclamò la dueña de casa.

— Mil gracias, comadrita; pero ¿para qué se pensiona?

— Es ninguna pensión.

Cuando todos estaban con la copa en la mano, salud, dijo doña Antonia.

— Por el gusto de verla, y porque siempre tenga felices años, agregó don Ramón, y bebió la copa.

— Comadrita, chiquillas, ustedes ni han probado la copa, añadió la viuda; sírvanse, sírvanse; pero todo, sino me resiento.

— Sirviéndonos estamos, repuso doña Mercedes, en coro con sus hijas.

— Vaya, salud.

— Salud.

Doña Mercedes apuró la copa; pero las señoritas apenas la probaron. Devueltas las copas, sacó don Ramón un cigarrillo y se puso á fumar.

— Pero, ¿por qué no salen Rosita y Carmencita?, preguntó doña Mercedes.

— Ya no tardarán en salir, respondió la viuda.

En efecto, á los pocos momentos salieron las hijas de ésta, radiantes de belleza, y capaces de hacer perder los estribos al más santo.

— Buenas noches, señora Merceditas.

— Buenas noches, hijitas.

Siguieron los saludos, y abrazos de estilo y el hablar simultáneo de todas las mujeres.

Restablecida la calma, después de la desatada borrasca de conversación, dijo Rosita á las visitantes:

— Pero, ¿por qué no se descubren la cabeza?; están ustedes como en misa.

— Bien está así no más, agregó doña Mercedes.

Inmediatamente se levantó Carmela; descubrió la cabeza de doña Mercedes, que estaba bien tapada con la infaltable manta de merino; tomó las mantas de las hijas de don Ramón, doblólas cuidadosamente, las llevó á guardar en la recàmara contigua y regresó pronto.

Después de un gran rato de conversación bien animada, dijo don Ramón:

— Rosita, dénos el gusto de hacernos

oír un poco de piano.

— Ya me he olvidado, Sr. D. Ramón; los quehaceres de casa no dejan tiempo para repasar las pocas piezas que aprendí en el Colegio.

— Pero algo ha de recordar; y hoy q' es el día de su mamá, debemos alegrarnos un poco. ¿No es verdad, comadre Antuquita?

— Está Ud. en su casa, compadrito, y no soy yo, sino Ud. quien debe mandar; pero ante todo, sírvanse una copita de mistela.

— Mil gracias.

— María.

— Niñitáaa.

— Trae unas copitas de mistela.

D. Ramón hizo ademán de tomar, pero no pasó una gota; en cambio las dos señoras apuraron íntegramente sus copas y se saborearon repetidas veces.

— Ahora sí, Rosita, dénos un poco de música.

Se acercó al piano la joven aludida, y ejecutó con bastante corrección un vals intitulado *Leonor*. Concluído éste, don Ramón aplaudió frenéticamente.

— Te has lucido, hijita, añadió doña Mercedes; yo vivo cuando oigo tocar las tonaditas tristes.

Pasados unos cinco minutos de conversación, la dueña de casa instó á Mercedes para que toque el piano. Esta se dejó rogar bastante, dió mil evasivas, pero, al fin, la voz autorizada del papá la obligó á tocar. Terminado un paso doble, preguntó doña Antonia:

— ¿Cómo se llama esta *chilena* tan

bonita ?

— No es *chilena*, contestó Merceditas, es un paso doble q' se llama *A los toros*.

Esto merece *asentarse*, dijo la viuda y en seguida gritó:

— María.

— Niñitáaa.

— Trae unas copas de vino.

Doloritas no aceptó el vaso de vino, porque dijo que estaba con tos.

— Sírvete entonces una copita de fuerte.

La criada trajo inmediatamente una copa de italia para la señorita de la tos.

— Serviránse todo, exclamó la viuda, éste es un vino dulcecito, es vino de decir misa.

Doña Mercedes se echó á pechos todo el vaso; y como estaba en casa de confianza, y persuadida de que el vino es un poderoso alimento, no quiso desperdiciar las heces; metió dos dedos en el vaso y mojándolos en vino se frotó las sienes; las últimas gotas que sobraron vació en la palma de la mano izquierda y sorbió fuertemente.

— Yo no desperdicio el vino, añadió después, porque es de gran alimento.

— Así es, comadrita, dijo bondadosamente doña Antonia, que no había dejado nada en el vaso, convencida también del poder alimenticio del vino.

No habían acabado de saborearse las dos señoras, cuando un traqueteo endiablado dejóse oír junto al salón. El grito de ¡ viva la *santa* ! era secundado por un nuevo traqueteo, y el olor á pólvora trascendía en toda la casa. Después de las prolongadas salvas de cohetes, cinco

individuos entraron al salón, y fueron recibidos cortésmente por doña Antonia. Uno de ellos era militar; el ótro, profesor de música; y los tres restantes, jóvenes pisaverdes, de éstos que no tienen profesión ni oficio, y que sólo procuran pescar à río revuelto una novia de comodidad.

Pasados diez minutos de conversación muy animada, sirvió la criada, por orden de su señora, un vaso de vino á todos los concurrentes. A insinuación de doña Mercedes, que ya sentía los efectos *alimenticios* del vino, el maestro de música se acercó al piano, y sin gastar preámbulos, se puso á cantar:

*Arza y dale yo tengo un morrongo
que cuando en la falda, así me lo pongo;
arza y toma, yo tengo un minino
de cola muy larga, de pelo muy fino..etc.*

Don Ramón y las señoras aplaudieron entusiastas el canto del maestro, y se hicieron lenguas de la voz del cantor.

Esto merece *asentarse*, dijo el capitán Gómez, y llamó á su ordenanza que estaba á la puerta. Entró el subalterno y depositó en una cómoda gran copia de botellas que le habían entregado el capitán y los jóvenes.

— Ud. nos permitirá, dijo el militar à la Sra. Antonia, que le brindemos un vaso de cerveza.

— Habría deseado que no se molesten, contestó la bondadosa señora, pero no soy yo quien pueda desairarlos.

Inútil es decir que las dos señoras ni

probaron la cerveza, y que las señoritas, sólo por no resentir á los nuevos visitantes, tomaron la tercera parte del vaso.

— ¿ Por qué no se sirve la *punchaya* ?, preguntó uno de los jóvenes.

— Porque no estoy acostumbrada á beber cerveza.

— ¿ Y Ud., señora Merceditas ?

— Porque esa bebida de *gringos* parece purga.

Con el permiso de ustedes, dijeron los otros dos pisaverdes, acercándose á la mesa redonda que estaba en mitad del salón, y la colocaron en un ángulo de la pieza.

— Ahora sí, agregó el capitán; ya está el campo despejado, y es preciso que la *punchaya entregue la plaza* con el Sr. D. Ramón.

— ¡ Bravo !, añadieron los jóvenes; la *santa* está de baile.

Se excusò la dueña de casa, pero dió un lindo reemplazo: Carmela, quien bailó admirablemente una polca con D. Ramón. En seguida se generalizó el baile, y diluviaron las copas, porque el ordenanza era un mozo muy listo.

A medida que el alcohol subía á la sesera, aumentaba el entusiasmo, y no quedò rey ni roque sin bailar. Las dos señoras, que en un principio se resistieron como heroínas, fueron cediendo poco á poco, y después bailaron *chilenas*, que era una gloria. Mientras tanto el travieso Cupido hacía de las suyas. El capitán, que por ser militar era el blanco de las miradas ardientes de las chiquillas, hizo su agosto, y no podía ocul

tar la especial deferencia por Rosita. Ni don Ramón dejó de recibir los dardos del alado rapaz, y así fueron muchos los arrumacos y carantoñas que hizo à la viuda. Sólo el pobre músico estaba abrequelado, porque èl no se entendía sino con el piano. Al pobre maestro no le sangraba el corazón; pero estaban próximos à sangrarle los dedos.

Pasadas las doce de la noche, invitó la viuda à tomar una taza de café. Todos se dirigieron à la pieza contigua, endonde había una mesa elegantemente arreglada por las hijas de la señora Antonia.

Las mujeres pretendieron sentarse juntas; pero D. Ramón, que tenía un gusto algo más que artístico, manifestó la necesidad del matiz, esto es, de que se sienta à la mesa cada mujer al lado de un hombre. Incontinenti acomodáronse los hombres en el puesto que más les convenía: D. Ramón se colocó junto à la señora Antonia, el capitàn Gómez al lado de Rosita, los pisaverdes junto à cada una de las otras jóvenes, y el músico se resignó à tener por compañera de mesa à doña Mercedes.

— Es preciso que cada hombre cuide à su pareja, manifestó D. Ramón, y que la haga comer bien y beber mejor; pero ante todo, *abramos boca*.

En un periquete, los vasos se encontraron llenos de vino dulce, y los hombres instaron, hasta q' consiguieron hacer beber à sus compañeras todo el vaso.

A continuaciòn principiò un magnífico ambigú: carnes frías y en conserva, pescados, perniles, pastas, dulces, etc.; pe-

ro casi todos los platos iban alternados con un vaso de vino ó una copa de otro licor.

Los comensales no podían estar más alegres: obsequiábanse mutuamente con galletas que tenían grabada una letra, y combinaban con ellas nombres queridos; enviábanse caramelos, bombones, corazones de galleta, estrellas de azúcar y racimos de pasas.

Doña Mercedes que estaba muy obsequiosa, envió á la señora Antonia un trozo de bizcochuelo, encargándole que lo tome con vino; al militar le mandó un corazón (¡pícara vieja!). y al músico le dió un pedazo de queso. El maestro quiso corresponder la fineza de su vecina, y así le entregó un corazón; pero la señora se excusó de comerlo, diciendo que ella tenía tortilla de viento.

Para completo de la fiesta no escasearon los brindis; D. Ramón dirigió uno sabrosísimo, y concluyó deseando á la señora Antonia un millón de años de vida; el militar, aunque nada fuerte en achaques literarios, brindó por la *santa* y por Rosita, á quien la comparó con el páramo de Sanancajas; finalmente uno de los jóvenes, que echaba el bofe por Merceditas, y que por haber estado algunos años en Colegio, se picaba de poeta, improvisó las siguientes redondillas:

Es la *santa* bella hurí
que del cielo ha descendido,
y á quien le doy complacido
las minas del Potosí.

En esta amable reunión,
Mercedes, paloma mía,
con gusto te entregaría
alma, vida y corazón.

Frenéticos y estrepitosos aplausos ensordecieron á la *amable reunión*, y los golpes en la mesa hicieron saltar caramelos, corazones de galleta y tortillas de viento.

Doña Mercedes se hallaba embobecida, y no sabía si á ella ó á su hija Mercedes, había aludido el improvisador. Para salir de duda se lo preguntó á su vecino, y como el músico bellaco le dijera: para Ud. fue el verso,

— Que viva el *pueta*, que viva el *pueta*, exclamó la señora.

— Y que beba, añadió don Ramón.

— Este brindis debe *asentarse* con una *copa volteada*, propuso el capitán.

— Y eso ¿ qué quiere decir ?, preguntóle Rosita.

— Que hemos de beber toda la *copa*, y después de agotada, la hemos de poner boca abajo.

Así se hizo, y todos voltearon la *copa* vacía sobre el mantel.

Servido el café, pasaron los concurrentes al salón, en donde se reanudó el baile, y llegó bien pronto al delirio, al frenesí. Cada pareja que cesaba de bailar acudía indefectiblemente á un ángulo de la pieza, llamado la cantina, para tomar una *copa*; y si los hombres pecaban por exigentes, pues obligaban á beber á las mujeres, éstas no pecaban menos por condescendientes. Todos bailaban, y

consiguientemente todos bebían, de suerte que la diversión se trocó en una orgía, cuya descripción omito.

A las cinco de la mañana se retiraron los visitantes, inquietos únos y satisfechos ótros.

* * *

Carmela, que había estado desde esa noche sobre las afufas, desaparecía de su casa, tres días después, según lo había concertado con uno de los pisaverdes.

A pesar de que éste traía los atabales á cuestas, la señora Antonia tuvo que andar muy à pasos largos para que el matrimonio venga á atenuar la falta de su hija, falta que no habría cometido, si el alcohol no hubiera desempeñado tan importante papel, la noche aquella.

Buenas son las visitas; el baile es en ocasiones una exigencia social; cumplir con nuestros amigos es un deber; pero, por Dios, no se abuse del alcohol; no se sirva en las visitas y bailes sino un número muy limitado de copas; no olviden las familias que, lejos de ser tacañería, es una ley moral y aún de buen tono, ser parcós en el uso de licores alcohólicos.





PSICOLOGIA MASCULINA.

HABIA dos cortijos vecinos, y en cada uno de ellos - como es costumbre - un gallo y muchas gallinas. Ambas agrupaciones de gallináceas estaban satisfechas de su suerte, y pasábanse la gran vida. Si el macho era más feliz q' las hembras, no sabré resolverlo; aun cuando motivos tengo para sospechar que más contentas vivirían ellas, porque no es pelo de cochino eso de verse queridas, cuidadas, atendidas.

Una sola nube enturbiaba en ocasiones el cielo de ambos cortijos; y esa nube eran las pendencias y lidias de los dos gallos, que siempre andaban al morro. Cuantas veces se presentaba la ocasión, venían á las manos, ó mejor dicho á las patas; y, picotada por aquí, espolonazo por allá, en un santiamén quedaban esos ojos hinchados y esas crestas chorreando sangre. Acudía el dueño del un

cortijo, separaba á los gallos, y la paz volvía á reinar con todos sus encantos.

En cierta ocasión, y de resultas de una pendencia, quedó tuerto uno de los gallos. Afligidas sus gallinas, suplicáronle que no pelee más, y que las deje á ellas ponerle la ceniza en la frente al otro gallo. El tuerto, que era muy avisado, les dijo: nó, queridas; es imprudente lo que me proponéis; vosotras no habéis nacido para pelear con gallos; si se tratara de luchar con otras gallinas, os concediera permiso; pero eso de pelear vosotras con un gallo, tiene sus bemoles. Las valientes gallinas aparentaban no comprender aquello de los bemoles; y fueron tantos los ruegos, y las brabatas fueron tantas, que el pobre tuerto hubo de ceder, aun cuando sabía que sus gallinas no eran amazonas ni mucho menos, y que lejos de borrar del número de los vivientes al gallo enemigo, ni tan siquiera podrían darle un buen picotazo.

Allea jacta est! dijo el tuerto, como César al pasar el Rubicón, y envió su ejército de gallinas.

Sereno esperólas el gallo enemigo; y lejos de palidecer, sentía hacérsele agua la boca, es decir el pico.

— Sed bienvenidas, les dijo; ¿ qué se os ofrece, hermosas de mi corazón ?

— Matarte, respondiéronle, henchidas de furor.

— Vuestra incomparable belleza me tiene más muerto que vivo, y poco me falta para cerrar el ojo.

— Atrevido, ahora te pediremos estrecha cuenta del ojo de nuestro gallo.

— Tendré gran placer en dáros-la, no sólo estrecha, como me pedís, más aún, estrechísima.

— Adentro, muchachas, exclamó la q' hacía de capitana; y respailando se arrojaron todas, hasta las pollas, y cayeron en confuso pelotón sobre el gallo. Este no hizo más que extender las patas á derecha é izquierda, pero con mucha cortesía, y topó ligeramente con los espolones á dos de sus dulces enemigas, ocasionándoles un ligero rasguño.

— ¡ Ay, ay, ay !, gritaba una de las estropeadas.

— Me mató, me mató, decía la ótra.

Al oír los gritos, se desbandaron las demás, y todas echaron á correr; porque, quien corre, vive.

— No os vayáis, no os vayáis, hermosas de mi vida, les decía el gallo; yo no os ofenderè; muy al contrario, os guardaré como oro en paño; pero ellas no daban oídos, y como si el diablo las siguiera, corrían á más y mejor.

Cuando ya entraban desaladas à su cortijo, la capitana, volviéndose al gallo vencedor, exclamó: no quisimos hacerte frente, pues recordamos que nuestro gallo nos dijo que el pelear contigo tiene sus bemoles.

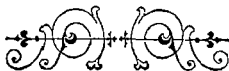
* * *

Cien señoras de Lima, *dándose exacta cuenta de la psicología masculina*, (¿?) han dirigido un escrito al Presidente Leguía, en el que solicitan fusiles para ir à la frontera, (¡¡¡!!!) donde gustosas de-

rramarán la sangre, en defensa de la Patria.

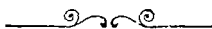
A los ecuatorianos, lejos de temblarnos las carnes, ò ponérsenos como de gallina, nos ha dado un gusto indecible, porque, como se expresó el gallo tuerto, eso tiene sus bemoles.

Lo sensible es que ellas no verán realizadas sus aspiraciones, ni nosotros tampoco, y pasaremos por el dolor de que no sea verdad tanta belleza.





A CASARSE.



LOS ecuatorianos vivimos quejándonos de la poca densidad de población que hay en nuestra República, y nos sobra motivo para ello. En efecto, millón y medio de habitantes, para un territorio que puede contener holgadamente cien millones, es cosa que desespera.

No reza con nosotros la teoría de Malthus, relativa á que la población aumenta, cada 25 años, en progresión geométrica. Por felices nos tuviéramos, si nuestra población aumentara á lo menos en progresión aritmética; pero ¡ca! somos partidarios acérrimos del *statu quo*, y nos gusta ser como Quevedo, *que ni sube, ni baja ni se está quedo*.

Tuve ocasión de examinar las partidas de defunciones y de nacimientos, inscritos durante un año en el Registro Civil de cierta cabecera de Cantón, y por poco no me da pataleta al hacer la comparación de unas y otras: el número de defunciones resultó ser casi igual al de nacimientos; y digo casi igual, porque éstos superaban á aquéllas en una cifra tan pequeña, que ni vale la pena de mencionarla. Lo que más me afligió fue ver que las defunciones en su mayor parte eran de niños. Cierto, que más mueren pollos que gallos, pero nó en un número tan crecido como el que pude observar.

Las excesivas defunciones de niños deben atribuírse —dicho sea de paso— á la falta de higiene en las casas y escuelas; pero póngase usted á predicar higiene, y sacará tanto provecho como si pretendiera convertirnos á la religión de Confucio.

Por otra parte, las enfermedades epidémicas, y más aún las endémicas, dan buena cuenta de los ecuatorianos. En la Perla del Pacífico, han adquirido carta de naturalización la peste bubónica, la fiebre amarilla y la peor de todas las enfermedades (aun cuando todas son peores, como dijo un muchacho), la tuberculosis. Ésta última se

hallá tan propagada en varias ciudades del Ecuador, que no hay más que ver: de ahí, el número inmenso de ecuatorianos espirituales que andan por esas calles de Dios, no muy contentos que digamos con su suerte; pero siquiera con el consuelo de que no les ha quedado más que dos enemigos del alma: el mundo y el demonio; pues por lo que respecta á la carne —que es el mayor enemigo— los ha dejado en paz, reducidos como se hallan á sólo hueso y pellejo.

Nada ganamos con que la población del Ecuador permanezca estacionaria: necesitamos que aumente.

Habiendo observado que este aumento es muy dudoso, me propuse investigar si dicho fenómeno es fisiológico, patológico ó sociológico; mas como soy poco fuerte en nociones relativas al aumento de población, consulté el punto á un amigo médico.

Dos causas, me dijo el doctor, contribuyen á que la población no progrese: la primera es positiva y la segunda negativa, ó si Ud. quiere, privativa. Dicho esto, guardó silencio, y quedó tan contento como si hubiera resuelto el problema de dirigir aeroplanos. Abrí un tanto la boca, sin entender las palabras del galeno; y por más que agucé

el ingenio, nada pude sacar en limpio. En tal conflicto supliqué á mi amigo que no sea tan lacónico, y que me explique las causas enunciadas. La positiva me dijo son las enfermedades, q' arrebatan cada año un número de habitantes, cuando no igual, muy poco inferior á los que nacen; la negativa ó privativa es (señor soltero, óigame usted bien) la falta de matrimonios.

Si de súbito me hubieran echado á la cara un vaso de agua helada, no habría tenido tanta sorpresa como la que me ocasionaron las palabras del doctor. Yo que me lamentaba del poco aumento de población, me veía culpado de contribuir de un modo negativo al estacionamiento de ella.

— Vosotros los solteros, añadió el médico, sois en gran parte responsables de la falta de brazos y de la falta de energías. Esa legión de solteros que hay en nuestra ciudad, en vano puede pregonar patriotismo, cuando con sus obras está desmintiendo el amor á la Patria. Viola audazmente los deberes sociales el que elimina á alguno de sus semejantes; los viola también el que, pudiendo llamar á la vida á muchos ciudadanos, rehuye el matrimonio, sin causa justificativa para ello. El celibato será bueno como excepción, , pero

entre nosotros ha pasado á ser regla.

— No apriete tanto, señor doctor, no apriete; la culpa no tenemos los hombres.

— ¿Y quiénes la tienen, señor soltero?

— Ellas, mi querido, ellas; las mujeres tienen la culpa de que permanezcamos célibes.

— No hable disparates. ¿Querrán los solteros que las mujeres les propongan matrimonio?

— No tanto como eso, porque sería una pretensión descabellada, pero al menos no deben ser tan esquivas, tan desdeñosas, tan retrecheras; nosotros no podemos ni guiarles el ojo, porque falta ocasión para ello. Aquí se les enseña que las visitas son peligrosas; ocasiones de culpa, los paseos; pecado, los bailes. Sin visitas, sin relaciones sociales, sin conocernos siquiera, los matrimonios se vuelven difíciles, por no decir imposibles.

— Sería yo un insensato si negara que tenemos pocas relaciones sociales; pero de esto á que no nos conozcamos, la diferencia es enorme. Cuando un soltero está resuelto á casarse, lo hace, sin que sea el menor obstáculo la falta de relaciones, que yo mismo confieso. La calentura, amigo mío, no se encuentra en las sábanas.

— Entonces, ¿dónde la causa para tan pocos matrimonios?

— La causa hay que buscarla en los hombres y nó en las mujeres.

— Si el matrimonio dependiera únicamente del hombre, estaría con Ud.; pero es un convenio que supone concurso de la voluntad del marido y de la mujer. Bien puede estar el hombre deseosísimo de casarse, ¿y si la mujer no quiere?

— Ay, amigo, qué pesimista es Ud.: si una mujer echa nones, ¿puede haber algo más fácil que dejarla con sus calabazas?; ¿ó piensa usted que toda mujer es calabacera?

— No señor, jamás puedo hacerles semejante injuria.

— Tenga usted entendido que si una puerta se cierra, se abren ciento.

— Pero mi dificultad se halla en su sér: ¿cuál es la causa de que haya tan pocos matrimonios?

— Amigo, ya que Ud. me estrecha, voy á hablarle paladinamente. Repito que la causa está en los hombres y nó en las mujeres. Los más no se casan por pusilánimes; muchos, por egoístas; y unos pocos, porque se hallan reñidos con la moral. Creo que más claro no canta un gallo. Los pusilánimes temen proponer matrimonio por miedo á las

calabazas, y ya hemos visto cuán fútil es tal pretexto; ó temen no poder soportar la carga del matrimonio, lo cual quiere decir poca confianza en sí mismos y poca decisión por el trabajo. Los egoístas no piensan vivir sino para ellos solos; no quieren compartir con ótros el fruto de su trabajo; rehuyen saborear los tragos amargos que de vez en cuando presenta el matrimonio; viven como si ignoraran que los hombres nos debemos á la Patria y q' si el matrimonio fuera sacrificio, estaríamos obligados á sacrificarnos con tal de dar á la Patria ciudadanos útiles y que puedan labrar la felicidad de nuestra madre común. De los que no se casan, porque quieren vivir á sus anchas, no diré nada, pues todo comentario huelga.

— Ahora sí que me ha convencido usted, y me tiene confeso, contrito y humillado.

— Hallándose en tan buenas disposiciones, no hay tiempo que perder: á casarse.

— Amén, le respondí, entre contento y turbado.

— Ojalá encuentre Ud. bien pronto una magnífica esposa.

— Dígame, para concluir, ¿ por cuál me decidiré: por una bonita ó por una

rica?, pues he oído decir que la mujer y el queso, al peso.

— Con tal que sea virtuosa y que el matrimonio se haga por amor, cátese con cualquiera de ellas.

— Lo mejor será buscarme esposa que reúna todas esas cualidades juntas.

— Entonces, amigo, no pierda tiempo, emprenda la conquista, y si sale vencedor, diga Ud. que ha nacido de pies; pero cuidado con hacerse la ilusión de que ha de hallar mujer sin defecto, porque

El que se quiera casar
con una mujer sin pero,
como todo buen soltero
con palma se ha de enterrar.





Por tragárselo todo.



DOS grandes ferias hay anualmente en la ciudad de Loja: la del 8 de Setiembre y la del 9 de Diciembre.

Con motivo de esas ferias, cambia por completo la faz de la ciudad, durante varios días. A la calma habitual sucédesese un movimiento vertiginoso. Llénanse las anchas plazas y calles con una aglomeración tan excesiva de gente, que es difícil caminar. La fiebre del negocio llega al delirio, y nadie piensa más que en comprar ó vender.

No solamente acuden muchísimos habitantes de casi todos los pueblos de la provincia, sino también varios extranjeros, gran número de comerciantes del Guayas y El Oro, y más que todos, los laboriosos azuayos y los buscavidas peruanos de los departamentos

del Norte de la vecina República.

¡Qué tal aglomeración de gente; qué bullicio tan continuo; qué sed tan insaciable de dinero!

En estas ferias, todo se vende: desde las piaras numerosas de bestias caballares y mulares, hasta el pintado papagayo que traen los jíbaros, para adquirir con su precio, un cuchillo, un puñado de pólvora ó un espejo; desde los almacenes colmados de mercaderías traídas por comerciantes extranjeros, hasta, pues, hasta las bolitas americanas.

Cierta feria salió á las calles un individuo que llevaba en alto dos listones de madera clavados en forma de cruz, de la que pendían muchas bolitas de distintos colores; sostenía el ligero aparato con la mano izquierda, y arrojaba horizontalmente con la derecha una bola, que, contenida por hebra elástica, regresaba á la misma mano.

Bolitas americanas, á real, vamos á ver, gritaba el vendedor.

Los indios, mirando que el aparato tenía la forma de cruz, se descubrían respetuosos; y los muchachos compraban esas pelotas, que era un furor, de suerte que en pocos minutos no quedaba una sola.

Volvía el individuo á su alojamiento.

to, ornaba de nuevo la cruz y salía gritando:

Bolitas americanas, á real, vamos á ver.

Excusado es decir que los cinco días de más aglomeración de gente, vendió pelotas á millares.

Pero, ¿qué eran esas bolitas?, me preguntaréis.

Pues nada más que aserrín de una de nuestras máquinas de aserrar madera, envuelto en un trozo de papel.

Esto confirma mi aserto de que en los grandes concursos, todo se vende.

A una feria de Diciembre, ó de Lurdés, como también se la llama, vino cierto peruano de las últimas capas sociales, con el objeto de vender algodón y comprar cueros. (Siquiera les hemos de dar cuero á los amables vecinos del Sur; esto digo llanamente, y sin intención de echarles el agraz en el ojo).

Las acémilas en que trajo su algodón, eran cuatro borricos. Dicho individuo, con otros paisanos suyos, arrieros los más, habíanse hospedado en una casa de las afueras de la ciudad. Dormían en un corredor, y tenían atados sus pollinos á los pilares contiguos.

Los peruanos mercachifles y arrieros acostumbran traer desde su país, para pienso de las bestias, frutas secas

de algarrobo.

Cierta noche dormía nuestro individuo á pierna tendida; pero un borrico, al que seguramente le dió muy poco pienso, arrancó la sogá con que estaba atado al pilar, se fué recto á la alforja de algarroba, y sacó la tripa de mal año, pues casi acaba él solo la provisión de muchos.

“En el silencio de la noche, euando,
Tosiendo y rebuznando,
Los hombres y borricos,
Tienen en movimiento los hocicos”;

como se expresaba cierto clérigo peruano, antojósele á un asno—y al tiempo mismo que el ótro iba á concluir la alforja de algarroba—rebuznar con tanto brío que despertó al dueño. Este cae en la cuenta de que un burro se come la algarroba, levántase furioso y queda alelado, cuando se cerciora de que la alforja está casi vacía.

Toma un palo, acércase al burro ladrón, y con voz estentórea le grita: “Burro cara col, tienes una *trompa* de patria, que te lo tragas todo”. Y diciendo y haciendo, descargó al borrico tan furibunda paliza, que por poco lo mata.

Al día siguiente el burro ladrón apenas podía moverse, á consecuencia de la

paliza. Llegó un instante en que se extendió cuán largo era, y se echó á morir.

Aquí fueron los conflictos del dueño. Este y sus compañeros veíanse en calzas bermejas, y hacían cuanto estaba á sus alcances para curar al pollino; pero los cortos conocimientos en veterinaria eran impotentes para salvarlo. Uno decía que al burro le ha dado mal aire; otro, que lo han *ojeado*; un tercero juraba que es torozón (enteritis), y sólo el dueño sospechaba la verdadera causa de la enfermedad. Cada cual le hacía un remedio, según el diagnóstico de la dolencia; pero el borrico no sanaba. En tales aprietos, uno de los compañeros dice al dueño del burro: hombre, el único remedio es comprar un escapulario de la *señorita de Lurdés* (la Virgen de Lurdes), que dizque es muy *milagrienta*. Voló el peruano, y á poco rato regresó carleando, con la prenda religiosa.

¿Qué pensáis, hermosas lectoras, que hicieron estos desalmados con el escapulario ?

Creed en mis palabras, pues lo que os refiero es un hecho rigurosamente cierto: se lo pusieron al burro en el pescuezo, con la esperanza de que sanaría, y así se estuvo el jumento horas de

horas, luciendo el escapulario, hasta que rindió la vida, en brazos del desesperado dueño.

— Y cómo decías, preguntó éste á su consejero, que el escapulario era bueno para que no se muera el burro?

— Hombre, es que el escapulario estaba *pasao*, porque estos serranos venden sólo remedios *pasaos*.

* * *

La patria peruana, según afirma uno de sus hijos, "se lo traga todo"; y no contenta con esto, quiere engullirse también nuestro Oriente.

Buenos somos los ecuatorianos para dejarnos arrebatarse lo mejor de nuestro territorio. Brazos tenemos para defenderlo, y sabremos hacer sentir la fuerza de nuestro derecho.

Si el Perú queda mal librado, inútilmente dirigirá sus ojos á Estados Unidos, en demanda del escapulario estrellado del tío Samuel, pues dicho escapulario le resultará *pasado*, no obstante que el Águila del Norte es muy *milagrienta*.

Respete el Perú nuestros derechos, así como nosotros respetamos los suyos, y viviremos como Dios manda.





Alcoholismo.



DE entre todos los vicios que afligen á la humanidad, no hay, á nuestro modo de ver, otro peor que el alcoholismo. Todos ellos, cual más, cual menos, degradan la naturaleza humana; pero éste rebaja al hombre á un nivel inferior al de las bestias, por cuanto, eclipsada la razón y excitada la sensibilidad, se desbordan las pasiones y prevalecen los maleados instintos, causa generatriz de casi todas las desgracias.

La afición á las bebidas alcohólicas no distingue edad, sexo, profesión, estado y condición social; y cuando ha echado hondas raíces, y cuando ha llegado á la dipsomanía, se convierte en una enfermedad crónica é incurable.

La persona inclinada á esas bebidas puede enmendarse, cuando recorre todavía los primeros períodos del infamante vicio; pero si la afección morbosa se apoderó del organismo, el remedio es punto menos que imposible. La voluntad, en este último caso, es impotente para resistir las exigencias de un organismo viciado, que necesita constantemente, imperiosamente, fatalmente el estímulo del alcohol.

Lo más triste del caso es que dicha enfermedad se convierte en hereditaria, y así los hijos nacen predispuestos al alcoholismo, y así las víctimas se multiplican en una proporción que aterra, y así la estadística del crimen anota cifras que hielan de espanto.

* * *

Aníbal Fernández, era un joven adornado de bellísimas prendas: inteligencia despejada, cultas maneras, palabra fácil y amena, honradez en sus compromisos y consagración al trabajo. El diablo, que nunca duerme, se valió de unos malvados amigos de Fernández, quienes precipitaron á tan excelente joven al tétrico abismo de la embriaguez consuetudinaria.

Aníbal, que habría sido ornato del

suelo natal, vino á ser muy en breve, baldón de su familia y estorbo de sus conciudadanos.

Perdida la dignidad está perdido todo. Fernández la perdió: no se respetaba á sí mismo, no respetaba á sus padres ni á la sociedad, que, mal de su grado, lo contaba entre sus miembros.

Siempre se lo veía ebrio por calles y plazas, solo unas veces, ó acompañado otras de pésimos amigos.

Un Viernes Santo habíase pegado un cernícalo en toda forma, y andaba haciendo eses por las calles.

— ¿Cómo es posible, dícele un caballero, que el día en que Dios muere, se emborrache Ud., hasta el punto de andar tambaleando?

— El día que la Divinidad sucumbe, responde Fernández, no es de admirar que la humanidad se tambalee.

Suponiendo los padres de Aníbal que la religión sería capaz de detenerlo en la senda del vicio, obligáronlo, cierta cuaresma, á hacer ejercicios espirituales. El confesor no juzgó conveniente aconsejar á Fernández la completa abstención de las bebidas alcohólicas. A fin de que paulatinamente abandonara el vicio, dióle de penitencia que, durante un mes, beba tan sólo tres copas diarias; el siguiente mes, dos;

el tercero, una; después, ni oler el aguardiente.

Ápenas salido de los ejercicios, Aníbal ya andaba peneque por las calles. En tan miserable estado, se encontró de manos á boca con el confesor, quien, sin poder reprimir la pena, le dijo: pobre hijo mío, ¿por qué ha olvidado tan pronto sus buenos propósitos?

Padre, respondióle, es que estoy cumpliendo de una vez toda la penitencia.

Aníbal era muy diestro para recordar á ciertos extranjeros en el modo de hablar el castellano. En altas horas de cierta noche vagaba á la ventura, acompañado de dos amigos. Todos tres suspiraban por una copa de licor, pero ninguno llevaba dinero para conseguirla. Fuéronse á una taberna, en la que vendía licores del país una señora ya entrada en años. Las puertas estaban cerradas, y la tabernera dormía como un lirón. Fernández golpeó desafortadamente la puerta, hasta que despertó la vieja.

— ¿Quién es?, preguntó ésta, malhumorada.

— El extranjero de la Luz *Electrique* que quiere comprarte *coñac*.

— No tengo coñac, señor extranjero, dijo la mujer santiguándose.

— ¿Tenés *wiski*?

— No sé qué también será eso.

— ¿Tenés vino *vermute* ?

— No señor.

— ¿Y cerveza ?

— No tengo nada de esas cosas.

— Entonces, ¿ qué tenés, *siñora* ?

— Sólo hay aguardiente puro y anisado, pero no vendo de noche.

— Ó abres tu *porta*, ó te pego cinco balazos.

— ¡ Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, libranos Señor, de todo mal, exclamó la mujer, dándose encía con encía, ya que nó diente con diente, porque éstos se habían ido á pasear.

— Abre tu *porta* y *vendeme anisaco*, porque sino te cargan los diablos.

— Ya voy á venderle, señor extranjero, pero sólo una botella de puro.

— *Mi non quiere* una sola *butella*, quiere tres de *anisaco*, porque cuando *mi tene gusto*, es *menesteg* *estag* *pegfectamente bogacho*.

La tabernera, temblando de miedo, pasó por la ventanilla las tres botellas de anisado. El fingido extranjero las recibió, y como la señora le reclamara el precio, respondióle:

— *Siñora*, *vene* mañana á la *Luz Electrica*, y te pagaré muy bien tus *butellas*.

Fernández se retiró hecho unas pas.

cuas, y la tabernera volvió á acostarse, convencida de q' el extranjero á quien vendió el licor era un francés que vivía en la casa de la Sociedad Luz Eléctrica.

El día siguiente se fué la tabernera á la expresa la casa. Encontró ahí al francés, que era de un carácter sumamente colérico, y después de saludarlo le dijo:

Señor, vengo á que me pague las botellas de anisado que me debe.

— ¿ Está Ud. loca, señora ¿, yo no debo na lar á Ud.

— ¿ Y las botellas de anisado que le vení anoche, y que Ud. no me pagó?

— No le he comprado ninguna botella.

— Ud. mismo me dijo que venga á la Luz Eléctrica, á recibir el precio del anisado; ¿ por qué quiere ahora quedarse con mi plata ?

— Hágame el favor de retirarse inmediatamente de aquí, porque de lo contrario le rompo las costillas.

La señora se retiró mascullando estas palabras: *gringo* ladrón, el diablo se lo ha de llevar en cuerpo y alma á los quintos infiernos.

Los padres de Aníbal creyeron que el matrimonio sería remedio eficaz para apartarlo del degradante vicio. Bus-

cáronle una magnífica novia, y ésta quedó convenida á casarse con un ebrio consuetudinario. Por mera fórmula, pues el desposorio estaba ya convenido, Fernández fué á proponer matrimonio á la que iba á ser su esposa; y como se hallaba bien calamocano, lo hizo en esta forma: " Todo casado es papel quemado; el buey suelto bien se lame; más vale vivir solo que mal acompañado; si me acepta bien, y si nó también; ¿ quiere Ud. casarse conmigo ? "

Con tal propuesta estuvo en un tris de deshacerse el matrimonio; pero los padres de Fernández instaron tanto, hasta que lograron convencer á la novia. Bien pronto los eternos lazos unieron á la víctima con el victimario.

No son para descritos los sufrimientos de la desgraciada: privaciones sin cuento, lágrimas constantes, diarios ultrajes, hijos predispuestos al alcoholismo, fueron los gajes del temerario sacrificio de la pobre esposa.

El matrimonio puede corregir á un hombre que comienza la senda del denigrante vicio, pero jamás mejorará á un hombre alcoholizado.

La muerte y sólo la muerte es por lo común el único remedio para esta fatal dolencia.

El matrimonio de Fernández duró

pocos años, pues una pulmonía —la que es mortal para los ebrios— libertó á esa pobre mártir de los tormentos de un verdadero infierno.

* * *

Solteras que acaso tengáis la amabilidad de leerlos: si pide vuestra mano un hombre aficionado á las bebidas alcohólicas, no os dejéis engañar por vanas apariencias y mentidas promesas; echadle á la cara calabazas más grandes que un templo. Sois azucenas, y las azucenas no pueden vivir en el fango.

Cualquiera que sea la posición social del alcoholizado que os pretenda, cualesquiera que sean las ventajas con q' juzgue alucinaros, despreciadlas, si no queréis ser desgraciadas.

No os hagáis la ilusión de que un ebrio consuetudinario se enmendará con el matrimonio, porque más fácil es la resurrección de un muerto, que la corrección de un dipsómano.

Muchos hombres no viciados pueden solicitar vuestra mano y haceros felices; pero, dado el difícil supuesto de que no la solicitaran, es preferible quedarse para vestir imágenes, que no derramar perpetuamente lágrimas infructuosas.



Peor fuera lo roto.....



YO no supe con quien me casé. Creí que habías de ser un esposo que idolatre en su mujer, que no la sujete à privaciones, que le dè el trato merecido. Cuán tarde veo mi desengaño; y no puedo, aun cuando lo pretendo, conformarme con mi desgracia. En casa de mis padres nada me faltaba; joyas, vestidos, recreaciones abundaban para mí; y hoy me veo encerrada dentro de cuatro paredes, y sujeta á la despótica voluntad de un hombre que, lejos de ser mi protector, es mi tirano. ¡ Cuán desgraciada soy! ¿ Para qué me casaría!

— No seas injusta, mujer; ¿ qué más se me puede exigir? Trabajo como un negro porque no nos falten pan cotidiano, vestidos decentes, completo menaje; cuido á nuestros tiernos hijos con la mayor ternura y el más grande esmero de que soy capaz; satisfago tus caprichos;

más allá talvez de lo que debiera; me sacrifico por ti, y procuro ahorrar para la vejez un capital que, si después no nos hiciera falta, sería la herencia de nuestros hijos. Si esto no es ser buen marido, ignoro qué lo será.

— Pero yo no puedo ser menos que mi vecina del frente. ¿No has visto las ricas joyas que gasta? En su casa jamás faltan tertulias y diversiones. Ese entrar y salir de las modistas es cosa que me enloquece de envidia; y yo, desgraciada, soy poco menos que una monja, pues á la clausura entre cuatro paredes, á las eternas privaciones, tengo que añadir los disgustos que proporcionan los hijos y la férrea imposición del marido.

— ¿Crees tú, mujer, que la felicidad de la vida conyugal consiste en una ostentación descabellada de fortuna, en gastar más de lo que permite la prudencia y en dar á modistas el pan reservado para los hijos?

— Lo que creo es que soy muy desgraciada, y que tarde me arrepiento de haberte dado la mano.

En seguida la señora soltaba el trapo á las lágrimas, berreaba como un becerro y echaba por esa boca sapos y culebras contra el pobre marido, que no había por dónde cogerlo.

Estas ó peores escenas á diario repetidas fueron minando poco á poco la delicada salud de la esposa, hasta que una malvada ictericia se la llevó á la mansión del perpetuo olvido, y libertó al esposo de un horrendo martirio, soportado, á más no poder, durante

cuatro interminables años.

—¿Te volverás á casar?, preguntaba al viudo un amigo de confianza.

—¡Ah, nó; imposible; nó, nó y nó! La bondad de Dios quiso libertarme de suplicios que no iban en zaga á los del infierno, y sería temerario exponerme á soportarlos de nuevo. Que pretenda casarse un viudo que fue dichoso en su matrimonio, y tuvo la suerte de asociarse á un ángel, —pues tal debe de ser la buena esposa— es muy puesto en razón. El recuerdo de la dicha perdida es un aliciente para buscarla de nuevo; pero que vuelva al Calvario quien fue ya horriblemente crucificado, es una demencia. No me casaré jamás aunque me rueguen. Tú sabes muy bien que el gato escaldado huye del agua fría.

Pero, cuán voluble es el corazón humano. Había transecurrido un año desde que murió la consorte, y el viudo principió á hacer el oso á una hija de Eva que, virgen y mártir, veía con horror acercarse la edad de los cuarenta. Muy pocas ocasiones hubieron de pelar la pava, pues la fortaleza —que no era tal— cayó á las pocas vueltas dadas por el enamorado galán; cayó, digo, aquella fortaleza con más facilidad que los muros de Jericó. ¡Oh, el poder de las vueltas! Sin duda los enamorados se saben al dedillo la historia de Josué, por eso giran tanto al rededor de las casas que habitan los dulces tormentos.

Estuvo de Dios que el infeliz viudo, en su nuevo matrimonio, había de apurar hasta las heces el cáliz de la amar-

gura. Ni lo que han dado en llamar luna de miel tuvo dulzuras para el desdichado, pues, si mucho hubo de luna, ya que lunática era la mujer, nada existió de miel. Los hijos del primer matrimonio sirvieron de pretexto para que la esposa diera al traste con la dicha del hogar. Aborrecía la madrastra á sus entenados, y sólo guardaba para ellos acerbidad y malos modos. En vano el padre se desvivía por los dos inocentes niños; pero la mujer, erre que erre, amargaba la vida de los dos angelitos, é infinitamente más la del padre de éstos. El cielo, como para castigar á la terca mujer, no quiso darle descendencia; y así, viose privada de la suprema dicha, de la mejor corona que alcanzar puede en la tierra una buena esposa: la maternidad.

— Hombre, tus hijos ya me vuelven loca: gritos por aquí, pleitos por más allá, desorden por doquiera; ¡ay, para qué me casaría!

— Bien supiste, mujer, q' yo tenía hijos, cuando te propuse matrimonio, y no me hiciste por ello el mínimo reparo. Aun más, cuando te hablé de mis hijos, dijiste que los amarías con mayor ternura que si fueran tuyos.

— Eso te dije en la creencia de que serían dóciles y amables, pero me han resultado peores que el enemigo malo. Poco es decir que son dos diablos sueltos en la casa.

— No exageres, mujer; es muy natural que los niños sean traviosos, y no se les puede exigir una seriedad incompati-

ble con sus años. Cuando noto en ellos una falta, los reprendo; pero no debo apagar la alegría, que es propiedad característica de la infancia. El amor de padre no me ciega, y puedo sostener que mis hijos no son malos.

— Sí, sí, son unos ángeles, y forman contigo, que también lo eres, una linda trinidad de ángeles caídos.

— Mujer, no me encolerices porque soy capaz de hacer una barbaridad.

— Ya lo creo, pues, ¿qué otra cosa se puede esperar de un bárbaro?

— Mujer, no me precipites, porque te puede ir muy mal.

— Descomídete y verás como te parto la cabeza. Estás equivocado en creer que yo me dejaré matar á puros pesares, como la mentecata que fue tu primera mujer.

— Silencio, atrevida.

— Tú no me mandas, canalla.

Viendo el marido q' podía haber una de san Quintín, se retiraba prudentemente, harto arrepentido de su ligereza en haber contraído segundas nupcias.

Esta vida de infierno duró diez años, y el pobre marido, no pudiendo soportar tantos pesares, enfermó malamente y por fin murió.

Aun no habían cerrado los ojos al cadáver, y ya el alma llamaba á las puertas del cielo.

Acudió san Pedro y mirando al que deseaba entrar, le dijo:

— ¿Qué quieres, hermano?

— Gozar en el cielo la tranquilidad que no pude obtener en la tierra.

— ¿Talvez fuiste casado?

— Sí señor.

— Entonces, tú debes ir al coro de los mártires. Y ¿cuántos años te duró el matrimonio?

— El primero, cuatro años, y el segundo, diez.

— ¡Cómo, cómo!, ¿fuiste dos veces casado?

— Sí señor.

— Y ¿qué tal te fué con tu primera mujer?

— ¡Ay señor!, pasé una vida de perros.

— ¿Y sin embargo te volviste á casar?

— Esa fue mi desgracia, y el segundo matrimonio me resultó infinitamente peor que el primero.

— ¡Ay, amigo, qué desgraciado eres! Yo no te puedo abrir las puertas del cielo.

— ¿Por qué, señor san Pedro?

— Porque en el cielo hay coro de mártires; pero no hay coro de tontos, para los que después de sufrir lo indecible en un primer matrimonio, tienen la insensatez de volverse á casar. Para los tontos, amigo mío, no se hizo la dicha.



Amados compatriotas: pésimamente, mucho peor que al marido del cuento, nos fué á los ecuatorianos con el arbitraje del Rey de España; y ahora quieren los Mediadores que ayudamos al arbitraje de La Haya. Si tan mal librados salimos de ese que pudiéramos llamar pri-

mer matrimonio, ¿ como nos irfa con las segundas náuseas? (léase nupcias).

Para los tontos no se hizo la dicha. Así pues, señores peruanos, si no queréis que mutuamente nos rompamos el bautismo, entremos en arreglos directos; pero jamás nos propongáis un nuevo arbitraje, porque peor fuera lo roto que lo descosido.





EL ARCHIPIELAGO DE COLÓN.



BUENA como el pan, de genio afable y de modales cultos, era doña Justina,

Quince años hacía á lo que enviudó; y en este lapso de tiempo manejaba, según Dios dábale á entender, una cuantiosa fortuna, reducida, en casi su totalidad, á predios rústicos. No la había hecho adelantar; pero las fincas, aunque mal administradas, le daban lo suficiente para vivir con holgura.

Tenía una sola hija: Baldomera; pero, qué hija; una joven sin tacha, rica y bella por añadidura; una mu-

jer de rechupete, y capaz de volver elocuente y almibarado á un yanki.

Difícilmente se podía hallar, en varias leguas á la redonda, chica más guapa que Baldomera (eso sí con perdón del nombre, pues maldita la gracia que tiene). Aunque de pequeña estatura y un sí es no es morenita, era un conjunto admirable de gracias y de hechizos, un manojito de las más gayas y selectas flores. Las pupilas, qué pupilas, Dios nos ampare, tenían de abismo por lo negras y de astro por los rayos que despedían. Los dientes pequeños, apretados y blanquísimos, eran obra irreprochable de la sabia naturaleza. Si es cierto lo que dice Jean Jacques, que no hay mujer fea con dientes bouitos, ¿cuál será el hechizo de la que tiene un rostro encantador y dientes bellos, pero bellos en grado superlativo?

Frente ancha, nariz griega, labios correctísimos y formados á propósito para guardar las perlas de unos dientes admirables, cara ovalada, un gracioso hoyuelo en la barbilla, garganta que no pedía favor á la de Venus de Milo, cejas como si fueran hechas á pincel, cabello castaño y abundante: hé aquí los principales rasgos, fisonómicos de

Baldomera.

Si me hallara de humor para hablar en jerga decadentista, diría que nuestra joven era el Ensueño hecho carne; luri nacida para habitar el paraíso del ideal; constelación de flores, de aromas y de ritmos; panal sidéreo, fabricado por las Gracias, para endulzar los labios nostálgicos de dicha; cántico astral que tiene cadencias de Quimera; aurora consolatriz, que proyecta sus rayos policromos sobre la faz pálida —con palidez de hostia— de los errabundos admiradores de la Belleza plástica y adorable.

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

Mas, dejémonos de disparates modernistas, y vamos al grano.

Doña Justina vivía feliz al lado de su hija, y la existencia de ambas se deslizaba como un manso arroyuelo que corre por lecho de flores.

Empero, donde menos se piensa, salta la liebre.

Don Samuel, viejo verde y mañoso, preciábase de ser primo, aunque lejano por cierto, de doña Justina. Enjuto de carnes; alto, muy alto; bigote rasurado; pera larga y canosa; patazas de gigante; ojos de víbora; uñas

largas (tomado este calificativo en sentido natural y tropológico); sombrero de copa; levita negra; pantalón de una tela fabricada á tres tiras longitudinales de colores chillones; todo esto, y algo más que por prudencia me callo, viene á ser el boceto de don Samuel.

Antojósele á éste hacerse administrador de las fincas de doña Justina; y, primita por aquí, primita por más allá, logró convencerla de que él administraría las haciendas con una pericia tan admirable, que el oro se recogería á manta de Dios.

Y como lo dijo, lo hizo, porque el viejo era de envidiable manderecha.

Dentro de poco estaban transformadas las fincas de la viuda, por los grandes trabajos agrícolas. Aun cuando en las areas de la propietaria entraba apenas una décima parte del producto de sus tierras, así y todo, lo entregado era más del doble de lo que le producían administradas por ella. La codicia, la sed insaciable del oro, fue siempre la pasión dominante de don Samuel. No satisfecho con las pingües y locas ganancias que conseguía, se propuso, de administrador de las fincas, pasar á ser dueño de ellas, casándose con

Baldomera.

Procuró enamorarla; pero sólo consiguió desdenes en un principio, y alto y noble rechazo después. Las miradas de *carnero agonizante* dirigidas por don Samuel, iban á estrellarse en la roca incommovible de un desprecio abrumador.

¡ Ah!, si los viejos comprendieran cuán ridículos se vuelven cuando hacen el amor á las jóvenes, huirían de ellas, como el diablo, del agua bendita.

Don Samuel no conocía el desaliento, y en todos sus propósitos era hombre que picaba en temerario. Un día, sin gastar muchos preámbulos, pidió á la viuda la mano de su hija. Doña Justina, careciendo del valor necesario para dar un nó redondo, díjole que consultaría el punto con los más cercanos parientes. Algunos de éstos que fueron consultados, pusieron á la viuda de oro y azul; llamáronla bruta, así tan groseramente, y con todas sus letras; y terminaron diciéndole que sería preferible darle un puñal en el pecho de Baldomera, y no casarla con don Samuel. Ninguna impresión causaron á éste las calabazas que recibió *in tota facie*, pues ya las preveía. ¡ Inquietarse él, desa-

animarse él? Imposible. No era de esos enamorados tontos que, al recibir *nones*, se suicidan, é importábale una higa el rechazo de doña Justina.

“ En queriendo la dama
y el pretendiente,
no importa que no quiera
la demás gente. ”

Este verso fue hecho para la turbanulta de enamorados, pero nó para un hombre excepcional como don Samuel, quien, según ya sabemos, ni tan siquiera contaba con el querer de la dama. Baldomera se rió como una loca, cuando le refirieron las pretensiones descabelladas del viejo verde, y le puso una carta, que hubiérale sabido á rejalgar á otro que no sea don Samuel; pero éste, tieso que tieso, tiró sus planes y lió sus bártulos. Poco después, cuatro hombres rodeaban la casa de doña Justina, á boca de noche. El momento que juzgaron oportuno, metiéronse de rondón; dos de ellos amordazaron á la viuda, y los otros dos cargaron con Baldomera, quien fue entregada á don Samuel. El raptor huyó con su víctima, y no se supo mucho tiempo, dónde diablos fueron á parar. Después de dos años de amargura, doña Justina, q', llorando por su hija,

se hallaba en los umbrales de la tumba, recibió una carta en la que el viejo audaz le decía que se la llevó á Baldomera porque ella quiso independizarse de su madre; pero que estaban casados y pronto volverían á hacerse cargo de las fincas.

Cuando regresaron, doña Justina estaba ya bajo tierra, y don Samuel fue dueño de grandes riquezas.

* * *

No sé por qué hallo tantas analogías entre Baldomera y el Archipiélago de Colón. (por supuesto sin tomar en cuenta el sexo de ella); y entre el viejo verde y otro peor: el tío Sam.

Demasiadamente conocido en el mundo es aquel tío, por eso de pegársela al más pintado. Allí está Méjico; allí, España; allí, Colombia, que me sacarán verdadero.

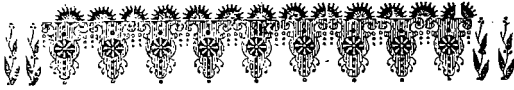
Con motivo de la próxima apertura del canal de Panamá, ha puesto sus ojos el tío Samuel en nuestra hermosa Baldomera, en nuestro Archipiélago. No contento con ser el cuasi dueño de las rentas nacionales, quiere alzarse á mayores, y adueñarse de Baldomera. Ya ha propuesto que se la den, ya ha recibido calabazas, y sólo falta el rap-

to. El tío Sam es un viejo que no se anda por las ramas; y si nosotros no prevenimos el golpe, se apoderará del Archipiélago, dirá que Baldomera quiso independizarse de su madre, y ¡adiós integridad territorial!

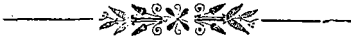
Aun cuando Loja, ni siquiera por urbanidad, fue consultada acerca del arrendamiento del Archipiélago, yo, el último de los lojanos, quiero echar mi cuarto á espaldas, y me atrevo á decir lo siguiente: abrid bien los ojos, vosotros que estáis encargados de la cosa pública; recelaos del tío Sam, como de una serpiente que se lleva en el seno; cuidad el Archipiélago, y si no podéis administrarlo como se debe, arrendadlo por pocos años á una potencia amiga y Suramericana; oídlo bien, Suramericana.

¿No os gustaría para Baldomera un novio tan generoso, tan rico, tan apuesto, como es Chile? Simple pregunta, ó si queréis, pregunta simple pero lo escrito, escrito queda.





AMOR INTERNACIONAL



¿EN qué se parecen las mujeres al Código Civil?, preguntóme un condiscípulo, estudiante de Derecho.

Tan peregrina interrogación, lanzada á quema ropa, dejóme unos momentos sin paular ni maular. En confuso montón vinieron á mi mente Pothier, Borja, Chacón, Fabres, Casares, Escriche, Febrero Novísimo, y la mar de comentaradores, y lo extenso del Derecho, y lo corto de la vida para dominar un estudio tan vasto. Y de ese mar revuelto, surgía la mujer — el otro término de la comparación, — surgía esbelta, como Ve-

nus, naciendo de la espuma.

Me hallaba patidifuso; pero pronto vino la reflexión. Post núbila Phœbus.

Las mujeres se parecen al Código Civil, respóndile, en que por más que se las estudie, siempre resta mucho q' estudiar. Creemos haberlas comprendido, y guardan misterios inexplicables. Pero así y todo, qué grande, qué inmenso es el corazón de la mujer; grande é inmenso, como el Derecho.

No hay literaturas que valgan, repuso mi amigo; el Código se parece á las mujeres en.....lo ingrato (!). Hoy estudiamos con afán unos cuantos artículos, y mañana, á despecho nuestro, sólo nos queda el recuerdo. Nosotros no abandonamos el Código; es él quien nos deja. Así son las mujeres: hoy quieren, y mañana olvidan. Por otra parte, si cada artículo viene *su contra*, como diz que se expresa un tinterillo, ¿no encuentras en esto mucha analogía con la eterna contradicción de la mujer? Para ingratos, el Código y ellas.

No quise replicar á mi amigo; pero tampoco asentí, ni asentiré jamás á su dictamen. Por fortuna, mi antiguo discípulo — que ya gasta borlas — tiene una esposa incomparable, vive contento y jamás achacará ingratitud á la bella mitad del linaje humano.

Nada más cierto que hay algunas mujeres ingratas; pero son tan pocas. Entre los del sexo feo existe mayor copia de tornadizos, volubles é inconstante y quien diga que nó, arrójeme la

primera piedra.

Para muestra, basta un botón. Hélo aquí.

Te amo con toda el alma, decía Roberto á su presunta novia Margarita. Tengo certeza de que el cielo me formó para ti; hállase esculpida tu imagen adorada en lo íntimo de mi corazón; y únicamente el sepulcro será capaz de borrarla. No aspiro más que á unir mi suerte á la tuya; por ti y para ti vivo; el sol no es tan necesario á los mundos; el agua á los peces, el aire á los hombres, como tú lo eres á mi vida. Te prometo que seré tuyo ò de nadie; y el día que tú me faltes, no tendré razón de existir.

Margarita, cuyos ojos lucían como dos soles, quedaba despatarrada al oír semejantes declaraciones.

— ¿Paloma?

— ¡Palomo!

— ¿Me quieres?

— Tú bien lo comprendes, y no tengo necesidad de expresarlo.

— Dímelo, vida mía; es tan grato oír del bien querido una expresión de cariño, que falta oro en el mundo con qué pagarla.

— No hay objeto en repetir lo que tú sabes hasta la saciedad.

— ¡Ah Margarita!, las expresiones de amor son tan dulces, que no cansan, por más que se las oiga á cada momento. Lacordaire afirmaba que el amor no tiene sino una palabra, y diciéndola siempre, no la repite jamás.

— Mis ojos ¿no te dicen, acaso, lo que siente mi alma ?

— No me contento con el lenguaje de tus ojos, necesito palabras. Margarita, ¿me quieres ?

— ¡Ah hombres tan exigentes ! Sí, Roberto, sí.

El cariño de Margarita era noble y sincero, como corresponde á una persona digna. Roberto la quería también con acendrada pasión; y en el cielo de ambos se dibujaba el crepúsculo, despuntaba la aurora de la próxima dicha del hogar.

El matrimonio no estaba aún concertado; pero en la ciudad sólo se hablaba del próximo enlace de Roberto y Margarita, pues todo cariño que barrunta el público, da de comer al diablo. Una vecina juraba saber *de muy adentro* que el matrimonio debe realizarse el día de santa Margarita; ótra, que en carnaval; la de más allá, que en Pascua. Fulana decía que una criada de su casa vio á tal modista confeccionar los trajes de la novia; sutana, que sólo se espera la llegada de ciertos parientes de Margarita; mengana, que su hermanito, el estudiante, le refirió q' en tal sastrería trabajan de día y de noche la ropa del novio, pues el matrimonio va á ser el domingo; perengana, que sabe de un modo cierto y positivo que Roberto en persona fué á la Curia Eclesiástica á *sacar la dispensa*, y pagó doce sures.

En fin, cada cual aseguraba lo q'

más quería; y el diablo se las pelaba, engordando con tanta mentira. Y advierte, lector amable, que no cree mentir quien urde falsedades, cuando se trata de matrimonios. El prurito de dar —eso sí en confianza— una noticia sensacional, echa á rodar las conciencias más timoratas.

Yendo días y viniendo días, Roberto emprendió un corto viaje; y, sin háberselo imaginado anteriormente, ¡*captán!* cayó de improviso, nó en los baches del camino — que eran soberbios, — sino en los lazos indisolubles. El muy ingrato se casò con ótra, en suelo extraño, porque se le presentaron mayores conveniencias, y porque matrimonio y mortaja, del cielo bajan.

¡Pobre Margarita! ¿Quién puede atreverse á decir que fue inconstante, voluble é ingrata? ¿Quién puede encontrar analogías entre ella y el Código Civil, por eso que decía mi amigo?

*
* *

Con motivo de celebrar la patria de Bolívar el primer centenario de la Independencia, el Ecuador y Venezuela han estado à partir un piñón. Qué dingolondangos los suyos. No fueron mejores los de Roberto y Margarita.

- ¿ Paloma?, dice el Ecuador.
- ¡ Palomo!, responde Venezuela.
- ¿ Me quieres ?

— Desde que Bolívar nos redimió.

— Entonces, unámonos, egregia patria de Ricaurte.

— Estrechémonos, tierra ilustre de Abdón Calderón.

— Más aún, confundamos nuestras soberanías, y resurja hermosa y prepotente la Gran Colombia, el sueño de Bolívar.

Las relaciones del Ecuador y Venezuela eran tan *tiernas*, que aun se aseguró, hace poco, que nuestro Presidente iría al Congreso Boliviano. Esto no resultó, pero fué de Embajador el propio Ministro de Relaciones Exteriores, porque ¡vamos! el amor internacional es cosa buena.

Venezuela, tarareando en sus festejos la bonita habanera del Café y Corro de Cañas, parece decir:

“ Ya se ve que sí;
El que quiera tomar cosa buena
Que se venga aquí. ”

En el preciso momento de subir á los grados más altos el termómetro que marca la calentura de amor internacional, llega de Wáshington el siguiente cablegrama: “ Confirmase la noticia de que Grotstück compró por orden expresa del Gral. Alfaro el Umbría, para cederlo á Cipriano Castro, quien amaneció en Haití, á bordo de dicha nave, acompañado de Grotstück. Un crucero americano ha zarpado de New York para vigilar el buque sospechoso é impe-

dir que Castro desembarque en Venezuela.”

¿Qué decís, prudentes lectores, creéis ó no en el amor internacional?

La gravedad de las declaraciones contenidas en ese cablegrama, nos exige, sin embargo, que le demos cuarentena, pues muy duro se hace creer que el Presidente del Ecuador, tan adicto á Venezuela, procure, en las mismas fiestas centenarias, la más tremenda calamidad á esta Nación.

Quiera Dios que tal noticia sea un *canard*, como dicen los gabachos.

Con todo, jamás confiemos en la sinceridad del amor internacional, q' es el más enteco y fugaz de todos los amores, como quiera que se rige sólo por conveniencias.

La primera vez que vea á mi antiguo condiscípulo, le pregunto: ¿en qué se parecen las Naciones al Código Civil? Estoy seguro que me responderá: en o ingrato. Y talvez acierte.





Las bolas.



El mundo es una bola; el sol bola es; las estrellas, bolas.

Que todos los astros tengan esa forma, compréndese fácilmente, sujetos como se hallan, desde cuando fueron materia caótica, a la ley física de la rotación.

Una de las primeras distracciones de los niños es jugar a las bolas. Mas, tén-gase en cuenta que, al usar la palabra niños, me refiero únicamente a los del sexo masculino, pues las mujercitas no son inclinadas a ese juego, salvo rarísima excepción.

Acúsome, padre, que soy *hombarrera*, decía una niña a su confesor. Y en qué apuros se vio el sacerdote para saber cuál era el pecado de su pequeñuela penitente. La falta había sido jugar a las bolas con niños, esto es, con hombres, según ella se explicaba. Naturalmente, de hombre sacó el derivado *hombarrera*.

En esto de derivados, mucho peor lo hizo otra niña inocentísima, quien, al

confesarse por primera vez, y teniendo quizá sin reato la conciencia, díjole al confesor: acùsome, padre, que soy ramera. El sacerdote comprendió muy bien que la niña ignoraba el verdadero significado de esta palabra; pero costóle no pequeño trabajo descubrir que el pecado de la rapazuela fue haberse trepado a las ramas de un árbol. La muy cándida derivó de ramas la palabra ramera.

Para varios juegos son necesarias las bolas. ¿Qué fuera del billar sin ellas?; ¿qué del *football*—juego que priva en la actualidad— sin las bolas?

La pelota es una bola de lana, pelote, jebe o goma elástica, que se presta para variedad de juegos. Pocos son nuestros colegios donde jugar a la pelota no sea distracción favorita.

En algunos establecimientos de instrucción calificáse los exámenes, mediante bolas que tienen color, número o letra convencionales. Tiemblan los alumnos con sólo pensar en esas bolas negras, en ésas que tienen el número 4 ó el calificativo de reprobado.

La caprichosa naturaleza produce a manant de Dios frutos de figura esférica o esferoidal aplanada, como naranjas, limas, cerezas, capulies y mil ótros. Cierta, que en ocasiones nos regala con algunos excesivamente largos, como las *guabas*; pero también nos da ótros redondos, como los *zapallos*.

Las píldoras, de que tanto echa mano la Medicina, ¿qué son, sino bolas diminutas? Mas si únas dan la vida, ótras producen la muerte. No me refiero tan

sólo a las tóxicas, sino a aquellas ótras de plomo ó acero, tan conocidas en algunas revoltosas naciones. Nosotrós los ecuatorianos las conocemos muy mucho, y hemos gastado algunos millones de estas píldoras, desde el 28 de diciembre último, hasta el 6 de marzo.

Las bolas, si se toma esta palabra en acepción metafórica, son más numerosas que las arenas del mar. Hablo de las mentiras, que también se llaman bolas. Partiendo del principio de que todo hombre es mentiroso, ¿cuántas serán las bolas que echan a rodar diariamente los individuos de la especie humana?

Y no me digáis, bellas lectoras, que vosotras no sois hombres, y que las palabras bíblicas de *omnis homo mendax*, débense aplicar a los individuos machos y nó a las *individuas* hembras de nuestra especie.

Todos mentimos, preciosísimas lectoras. Hombres y mujeres, viejos y viejas, niños y niñas, bellas y feos, todos somos un arsenal de bolas.

Las echamos á rodar no sólo en épocas de trastornos públicos, como en nuestra última contienda fratricida, sino en todo tiempo.

Y lo triste es, que no sólo se miente de palabra, sino también de obra. Miente el político que nos ofrece el oro y el moro, y después nos da con la del rengo; mienten los Congresistas y Concejeros, cuando prometen maravillas a sus electores, y en seguida los dejan con un palmo de narices; mienten los comerciantes al ponderar la baratura y espléndida calidad

de una mercancía, la que resulta pésima y cara; mienten los que manejan fondos públicos, si, reservando el dinero para agiotistas, despiden sin embargo a empleados dignos de compasión, con la terca frase de *no hay plata*; mienten los periodistas, cuando, sin conciencia de la dignidad de su misión, se valen de la prensa, no para prender la luz en las almas, sino para corromper a las multitudes; mienten los que, preciándose de poetas, aplican al público ilustrado verdaderas palizas en verso; mienten los enamorados, cuando burlan a la que juraron amor; mienten los esposos que faltan a la fe conyugal; miente la mujer que, con albayalde y colorete, cambia al rostro —o *rastrojo*, como dijo una tonta— el color que le dio naturaleza; miente la bella que suspira de amor y abriga no obstante un corazón de hielo; mienten los tipógrafos, haciendo decir atrocidades a los autores, como aquello de Ilustre Conejo Municipal, por Ilustre Concejo, etc.; mienten los militares, cuando en los vales del cuerpo hacen figurar plazas supuestas.

Y ya que vinieron a cuento estos señores de lizona, permítaseme narrar un hecho que no es bola.

En las listas de cierto batallón que fue disuelto no ha mucho, figuraba el nombre de un cabo llamado Daniel Constante. Era el tal cabo un modelo de puntualidad. Jamás se le anotó falta de asistencia, porque jamás *subsistía*; y como era justo, ni una sola vez se le rebajaron raciones. ¿Queréis saber quién era

éste individuo tan puntual en el servicio? Este cabo era.....el burro aguador. Pero dicho sea, en obsequio de la verdad, que de las raciones pagadas diariamente por Tesorería para el cabo Daniel Constante, sí se le compraba algún real de alfalfa.

Hay hombres rechonchos; pero al fin, gracias a la indumentaria masculina, jamás pueden ser comparados con las bolas. Mucho mayor es la copia de mujeres obesas, y entre ellas existen algunas viejas que pudieran llamarse mujeres bolas.

A una de éstas, que medía casi lo mismo de alto que de ancho, antojósele casarse. Estaba en su derecho al abrigar tan honrado propósito; pero lo difícilillo era pescar un novio, porque nadie quería cruzar el piélago de la existencia teniendo por bajel una *lapa*.

Fallidos los medios humanos, acudió esa jamona a la oración. Ruegos al cielo, y el cielo se mostraba sordo. Horas enteras pasábase en la iglesia, y cuando creía estar completamente sola, fijaba sus ojos lacrimosos en una imagen de la Virgen que tenía al niño en sus brazos, y clamaba en alta voz, diciéndole: Señora, dame marido. El sacristán, sin ser visto, oía las plegarias de la pobre mártir; pero fastidiado al fin, ocultóse un día en el trono de la Virgen, y cuando la peticionaria exclamó, con más fervor que nunca: Señora, dame marido, el pícaro sacristán movió sin ser visto el brazo del Niño, en ademán negativo. Irritada la mujer, viendo que el niño negaba le

que a El no le pedía, exclamó: "No es con vos, mocoso, allá con la Señora es." Mas ni por éstas ni por las ótras consiguió marido, y la mujer bola hubo de resignarse a rodar sin compañero por el triste desierto de la vida.

Si esto es una bola, no lo sé; pero como me lo han contado te lo cuento,

Abril de 1912.





Luz y Bombo.



Pasmosos descubrimientos los que ha llevado a término la humanidad, desde hace menos de un siglo: telégrafo alámbrico e inalámbrico, teléfono, tracción a vapor aplicada a buques y ferrocarriles, globos aerostáticos, tranvías eléctricos, fonógrafo, cinematógrafo, rayos x, alumbrado eléctrico y cien otros inventos que revelan cuán poderosa es la humanainteligencia.

Si en los albores del siglo XIX se les hubiera dicho a nuestros antepasados, que es posible comunicarse instantáneamente con Europa; departir con personas que se hallan a muchas leguas de distancia; encerrar la voz humana en un pequeño aparato y conservarla de un modo indefinido; llevar cargas con vertiginosa rapidez, sin necesi-

far acémilas; tener un espléndido alumbrado, para el que maldita la falta que hacen mechas, cera, aceites o grasas; retratar el interior del cuerpo humano; viajar por los aires; y hacer mil otras lindezas parecidas, de firme hubieran creído que quien tal dice no está en sus cabales.

¡ Ese farolito afuera !, gritaban no ha mucho los gendarmes, exigiendo a los vecinos de la ciudad que pongan en la puerta de calle un farol con su respectivo cabo de vela, para que la población tenga luz hasta las nueve de la noche. Desde esta hora, casi era innecesario el alumbrado público, pues cada mochuelo estaba en su olivo, antes de sonar las nueve.

Ahora tres lustros, Guayaquil era la única ciudad del Ecuador alumbrada por magnífica luz, nó eléctrica todavía, pero sí de gas. Las otras ciudades tenían unas luces más o menos parecidas a las que se gastaba en tiempo de nuestro amo el rey.

Loja fue la primera ciudad ecuatoriana que, en materia de alumbrado público, dio un salto estupendo: de la vela y el petróleo, pasó a la luz eléctrica.

En yendo de progresos, los lojanos

tenemos algún parecido con el conejo? quiero decir, que no andamos paulatinamente, sino que nos gusta arribar *per saltum*.

Y si os parece risible mi aserto, esperad un poco, y veréis el enorme salto que vamos a dar, en lo referente a medios de locomoción.

Muy lejos estoy de asegurar que dentro de poco tendremos ferrocarril. Por el contrario, me hallo convencido de que se esfumó nuestra dorada ilusión. Mis pecadores ojos no han de ver el ferrocarril a orillas del Zamora. El salto, el enorme salto que vamos a dar es que del lomo de mula pasaremos al aeroplano.

Ya me parece oír la despectiva carcajada de mis queridos lectores; pero contened la risa, y escuchadme.

Si no hubiera fallecido tan a destiempo el bondadoso D. Emilio Estrada, ese Presidente que fue talvez el único que se preocupó de Loja, tampoco habría lanzado yo aquella aserción que arrancó a los labios una sonrisa de incredulidad; pues con D. Emilio — a quien Dios tenga en su santa gloria — el ferrocarril a Loja llevaba trazas de convertirse en hermosa realidad. Mas, por desdicha, murió Estrada, y se alejó

mucho, pero mucho, la realización de nuestras esperanzas. Ciertamente, que algún día vendrá a Loja el ferrocarril; pero será cuando peinen canas los hijos o tal vez los nietos de los que aun estamos solteros. Mientras tanto, se habrá resuelto el problema de la navegación aérea; los globos, aeroplanos, o como quiera que se llamen los aparatos de aeronáutica, cruzarán el diáfano cielo del Ecuador, y los lojanos, dando un adiós al mulo, surcaremos los vientos, antes, mucho antes, de oír el silbido de la locomotora.

Cuando Loja, con su alumbrado eléctrico, dio aquel salto de marras, resultó el hecho que paso a referir.

Muchos peruanos habían concurrido, como de costumbre, a la feria del 8 de Septiembre, y entre ellos, unos individuos de Sechura. Por primera vez veían luz eléctrica; abriendo un palmo de boca, la contemplaban llenos de admiración, y no atinaban a explicar cómo se producía la luz. Desde las primeras noches de feria, comenzaron a desaparecer focos, y la autoridad de Policía hubo de tomar cartas en el asunto. Cierta noche, los polizontes pillaron in fraganti a un individuo de Sechura, sustrayéndose focos, y lo con-

dujeron a chirona. Al otro día fue juzgado el contraventor, y en el juzgamiento se entabló este diálogo, entre el Comisario y el sechurano aquel:

—¿De qué lugar es usted?

—Dispensándome la mala palabra, soy peruano.

—Ud. se ha llevado anoche varios focos del alumbrado público.

—No señor, no me he *yevado* varios, pues apenas tengo cuatro.

—Y ¿por qué perjudica usted a la población que le da hospedaje?

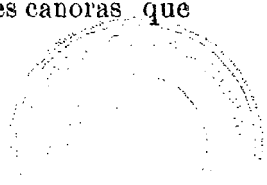
—No le hago ningún perjuicio, pues aquí en la sierra tienen hartas de estas *oyetitas* que de noche parecen *cucuyos*.

—¿Qué aprovecha usted, llevándose cuatro focos?

—Mucho señor, porque como en mi tierra no tenemos focos, los *yevó* para hacer cría.

* * *

Al pródigo Gobierno le ha venido en voluntad que Loja sea un paraíso, donde gocemos innúmeras bellezas naturales. Nos deja hasta sin banda, para que sólo oigamos los dulcísimos trinos de las infinitas aves canoras que



pueblan nuestras cercanías.

¡ Oh vida paradisíaca la que vivimos en Loja! Distantes, muy distantes de los lugares donde el cañón y la metralla apagan el bramar de los volcanes; cielo tan puro como el alma de los niños; un lindo valle circundado por dos murmuradores ríos de frescas y limpiadas aguas; un clima delicioso; eterna primavera; feraz naturaleza, que nos regala opimos frutos; variedad inmensa, caprichosa, inmejorable de flores que perfuman el ambiente y deleitan la vista; ternísimos gorjeos de arpadasavecillas; cantos de poetas, y en estos últimos tiempos, hasta de poetisas; y para colmo de tanta hermosura, la ingenua, la sonrosada, la tierna, la bellísima mujer lojana, *flor de las flores*, rayo de luna, aurora sonriente, Eva de este edén oculto entre las quiebras de los Andes.

Y a pesar de tener lo que tenemos, nos quejamos todavía de andar de zoca en colodra.

Muy descontentalizo nos ha creado el Señor a los Adanes de este jardín deleitoso. Sólo así se explica por qué estamos, erre que erre, pidiendo que se nos devuelva la banda, a pesar de que está el Gobierno, tieso que tieso,

en su noble, beatífico deseo de que
hemos de ser paraíso con ban-
da de *churúcas*.

Recuerdo haber leído unos versos
epigramáticos, cuyo tema era el si-
guiente: cierta señora tenía un pre-
cioso collar de perlas; la nietecita
de ella aficionóse del collar, y con
importuna frecuencia pedíale que se
lo regale. Estrechada la señora por
las insistencias de la nieta, díjole:

—Hija mía, este collar ha de ser
tuyo alguna vez.

Pero ¿cuándo será ese día?, repuso
la niña.

—Cuando yo me muera.

—¿Y morirás pronto, abuela?

El Ministro de Guerra, hace cosa
de un mes, manifestó que se va a
organizar debidamente el batallón
de reservas de esta ciudad, y que
entonces se le dotará de la banda de
música respectiva. Gracias mil por
la buena intención. Pero, haciéndole
una zalema, deseara hoy preguntarle
al Sr. General, Ministro de Guerra:
¿y morirás pronto, abuela?; es decir,
¿nos darás pronto la banda?

Nosotros no nos damos a partido;
no queremos tener por única banda

la de las aves canoras; y si tarda mucho la metamorfosis del batallón de reservas, nos pondremos al habla, en la próxima feria de Setiembre, con el peruanito que quiso hacer cría de focos de luz eléctrica, y le preguntaremos si acaso en Sechura hay cría de instrumentos para banda. En caso afirmativo, acudiremos por algunos, principiando por el bombo, pues así tendremos siquiera cómo dar bombo a los que quieren ver a Loja convertida en paraíso.





ANORMALES.

I

En todo tiempo ha procurado el hombre mejorar ciertas especies orgánicas, especialmente aquellas que le son necesarias o útiles, por hallarse destinadas a satisfacer imperiosas exigencias.

Quien posee los más rudimentarios principios de agricultura, sabe que no todos los frutos pueden darse en cualquiera clase de terreno; conoce que es preciso emplear abonos adecuados para los productos que se desee cosechar; y no revoca a duda que las mejores semillas dan, en terreno convenientemente preparado, los mejores frutos.

En todas partes se desea mejorar las razas de los animales beneficiosos,

preferentemente las que se hallan en más próximo contacto con el hombre, como perros, aves domésticas, ganado caballar, vacuno, lanar, de cerda, y las de muchos otros utilísimos animales.

Por lo que respecta a los animales dañinos, procuramos su destrucción, y esto, con tanto mayor empeño, cuanto se hallan en contacto más cercano con el hombre. Ojalá pudiéramos dar al traste con todos los bichos nocivos o mortificantes, pues así no tendríamos aquellos tremendos azotes de la humanidad, como fiebre amarilla, peste bubónica, paludismo y muchas más enfermedades que se transmiten por mosquitos y otros animalejos.

Con el deseo de mejorar los animales que prestan mayor servicio al hombre, selecciónase los más robustos, los más altos, los más bellos, y se los destina a la procreación; búscase el cruzamiento de buenas razas; adquiérese ejemplares de *pur sang*; tiénese especial cuidado de la buena alimentación y crianza higiénica de los seleccionados; y por fin, destrúyese los animales físicamente mal conformados, o a lo menos impídese la propagación de especies raquíticas y degeneradas.

¡Oh!, si los hombres cuidáramos de mejorar nuestra raza, como cuidamos de mejorar la de ciertos animales, no existirían en el mundo tantas personas anormales.

Principio incuestionable es el de que se transmiten a los hijos las cualidades físicas, morales e intelectuales de los padres.

Merced a la ley del atavismo, pueden transmitirse dichas cualidades, buenas o malas, aun después de varias generaciones.

La ciencia médica ha probado hasta la saciedad, que el alcoholismo, la tuberculosis, la sífilis y otras dolencias más, son susceptibles de transmitirse por la generación.

Luego, pues, si se desea el perfeccionamiento de la raza, impídase que padres anormales den origen a nuevos seres que probablemente serán también anormales.

El conjunto de principios que rigen el mejoramiento de nuestra especie, ha recibido el nombre de Eugenesia, palabra que, etimológicamente, equivale a *mejores niños*.

En Estados Unidos ha tomado la Eugenesia un vuelo rapidísimo, y muchos de aquellos Estados han dictado

leyes que contribuirán de un modo eficaz al mejoramiento de la raza.

Siendo el fin de la Eugenesia mejorar la especie humana, es natural que tenga prescripciones relativas a impedir la existencia de personas moral o físicamente degeneradas, pues las anomalías que se transmiten por herencia, degeneran la especie.

Consecuentes con esto, varios Estados de la Unión Americana prohíben el matrimonio de los elefanciacos, de los dementes, de los cretinos, de los alcohólicos, de los sordomudos, de los sífilíticos y de otros individuos anormales, y prescriben el aislamiento de algunos de éstos, a fin de que no se propaguen lícita ni ilícitamente.

En Sudamérica no faltan esfuerzos tendientes a procurar el perfeccionamiento de la raza. Sin ir muy lejos, bástame citar las siguientes mociones aprobadas en el V Congreso Médico Latino Americano, celebrado en Lima, del 9 al 16 de este mes:

“19.—El 5° C. M. L. A. recomienda la adopción de los medios conducentes a evitar la reproducción de los cretinos y degenerados”.

“32.—El 5° C. M. L. A. recomienda la necesidad de hacer obligatoria

la enseñanza antialcohólica en las escuelas”.

“ 33.—El 5° C. M. L. A. recomienda la enseñanza de la puericultura en las escuelas ”.

“ 37.—El 5° C. M. L. A. recomienda la protección de la infancia moralmente abandonada, como medio para combatir la delincuencia, el alcoholismo, la tuberculosis y otras dolencias físicas y morales que estorban el mejoramiento y perfeccionamiento de la raza ”.

Entre algunos salvajes, como nuestros jíbaros, es imposible encontrar ciertas anormalidades físicas, sobre todo las que se propagan por herencia. En tierras de jíbaros, no se ve, por ejemplo, un sordomudo, pues si por desgracia existe alguno, parece indefectiblemente, toda vez que el sistema de eliminación es implacable.

Antes del Cristianismo, las sociedades más cultas, como los helenos, daban muerte a ciertos anormales, sobre todo a los físicamente deformes, a fin de que no se degenera la raza.

Hoy, las naciones civilizadas no pueden eliminar a los anormales; pero pueden, y más aún, hallarse obligadas a impedir la existencia de los anorma-

lidades hereditarias.

Nadie ha negado jamás el perfecto derecho que tiene la sociedad para recluír a ciertos anormales: como a los elefanciacos, cuando los aísla en lazaretos; a los dementes, en manicomios; a los alcohólicos, en casas de temperancia.

La sociedad está obligada a evitar todo lo que tienda a su desmejoramiento; luego, puede impedir el matrimonio civil de los anormales, y tiene derecho de recluírlos temporal o perpetuamente, a fin de que no se propaguen de un modo legítimo ni espúreo. ¿Para qué se han de casar los elefanciacos, los alcohólicos, los sordomudos, sino para llamar a la vida seres tan desgraciados como ellos?

El cretinismo se ha logrado extinguir en algunos Estados, gracias al aislamiento perpetuo de los cretinos.

Si la sociedad, pues, tiene obligación de velar por el perfeccionamiento físico y moral de los asociados y evitar la degeración de ellos, puede aislar a los anormales, como un medio de prudentísima defensa social.

II.

Las continuas revoluciones de nosotros los ecuatorianos han sido parte para que se me clave entre ceja y ceja una duda, una horrible duda: ¿seremos talvez anormales, mereceremos un aislamiento en toda forma, estará en nuestra sangre el virus de la revuelta?

No cabe duda que la manía de las revoluciones debe ser como otra cualquiera. Los alcohólicos tienen su manía, su sed de bebidas alcohólicas: adolecen de dipsomanía. Los tenorios incorregibles, los perdidamente enamorados tienen la fiebre del amor sensual: adolecen de erotomanía. Pues, los revolucionarios contumaces, los eternos revoltosos, tienen también su manía: son *revueltómanos* o algo parecido.

La manía de las revoluciones ¿será una anormalidad? ¿Tendrá que dedicarnos la Eugenesia un capítulo especial para curar nuestra fiebre revolucionaria?

Quos vult perdere Jupiter prius demeritat.

Júpiter trastorna primeramente la razón, a quienes quiere perder.

¿Quién sabe si el padre de los dio-

ses ha decretado nuestra ruina, y por eso nos ha dado la manía de las revueltas!

Pues, señores y amigos míos, confieso que en nuestra sangre latina hay unos glóbulos maluchos; quiero decir, que es prontamente inflamable, y difícilmente calmable; pero por felicidad, la tendencia a las revoluciones no está en la sangre. A ser así, franceses y españoles, italianos y brasileros, chilenos y argentinos, en suma todos los de sangre latina, serían tan revolucionarios como los ecuatorianos.

La predisposición de nuestra sangre a inflamarse con facilidad, puede sin embargo ser modificada por la educación y el trabajo.

Naciones donde se educa a las masas; donde hay trabajo para todos; donde, como consecuencia del trabajo y de la educación, hay riqueza individual, son naciones curadas de revueltas.

De sentir es que las predisposiciones morbosas no se extingan fácilmente, cuando se han hecho crónicas; pero al fin se curan con remedios eficaces.

Nuestra sangre fácilmente inflamable, nuestra nerviosidad prontamente irritable no deben tampoco ser puestas

a prueba por imprudencias de los de
arriba.

Conocida la idiosincracia de nues-
tras masas, evíteseles hasta los pretextos de revuelta, y sea la prudencia, virtud de nuestros gobernantes, como quiera que es la primera cualidad de los encargados de regir los pueblos.

Noviembre 30 de 1913.





SECESION.

¡ *Diablo* de palabreja! ¡ Y qué fea es la bribona! ¡ Y tener yo que escribir algo sobre ella!

Porque debes saber, lector amigo, que un estimable periódico de Cuenca, *El Tren*, —al que deseo vida larga, honrada y provechosa— nos ha alborotado el cotarro, con esta palabra, a ciertos zamoranos borroneadores de cuartillas; y no hemos podido, no hemos querido mantener en quietud a la sin hueso, a pesar de que evitamos cortésmente los dimes y diretes con nuestros amables vecinos.

Y cuenta, lector querido, que en este artículo no hay el más pequeño asomo de provincialismo. ¡ Qué

ha de haber!, si el andar a la greña por provincialismos es tontuna; si es como pleito de comadres en el que no pueden tomar parte gentes que se respetan.

Siento mucho que un periódico de Cuenca haya lanzado semejante gallo en el himno armonioso que viene entonando al progreso que se acerca, y que llegará, más o menos temprano a Tomebamba, encerradito en los vagones del ferrocarril de Hui-gra; y lo siento, porque estimo de veras a Cuenca y a sus nobles hijos.

* * *

La amenaza de *El Tren* (Nº 81) tiene sus bemoles. Oigámosla: "Nosotros, la única revolución que debemos ambicionar es la de la civilización con el ferrocarril, y si ésta se retarda, pensemos más bien en la secesión, pues Cañar, Azuay, Loja y El Oro bien podrían engrandecerse por sí solas, al amparo de la paz, y libres de ese tributo de sangre y dinero que nos impone la revolución en las otras provincias".

Fea palabra, compañeros de *El Tren*, pecaminosa palabra os resultó esa mal-

dita secesión. Ojalá no la hubiérais pronunciado jamás; pero... palabra y piedra suelta no tienen vuelta.

Conque si no llega pronto el ferrocarril a las llanuras de Tomebamba, ¡secesión se ha dicho!

¡Pobre República la del Ecuador; esto no más faltaba para su felicidad cumplida!

Las dos terceras partes del territorio nacional están prácticamente perdidas, y lo peor, eternamente perdidas, porque el Perú no nos devolverá un palmo del territorio usurpado. La parte que nos resta es una gallera, un campo de Agramante. Sólo vivimos enseñándonos los puños, y aún más, descargándolos con harta frecuencia. Del Ecuador se puede afirmar lo que un Canónigo decía de cierto Capítulo Catedral: que era un *poto* de alacranes. Y para complemento de dicha tanta, quiere *El Tren* que, si no fabrican pronto el ferrocarril a Cuenca, se subdivida el último tercio de la República, y que las cuatro provincias meridionales se constituyan en nación autónoma; aun cuando no nos dice con qué forma de Gobierno, si republicana o monárquica.

Caso de secundar la idea de *El*

ha de haber!, si el andar a la greña por provincialismos es tontuna; si es como pleito de comadres en el que no pueden tomar parte gentes que se respetan.

Siento mucho que un periódico de Cuenca haya lanzado semejante gallo en el himno armonioso que viene entonando al progreso que se acerca, y que llegará, más o menos temprano a Tomebamba, encerradito en los vagones del ferrocarril de Hui-gra; y lo siento, porque estimo de veras a Cuenca y a sus nobles hijos.

* * *

La amenaza de *El Tren* (Nº 81) tiene sus bemoles. Oigámosla: “Nosotros, la única revolución que debemos ambicionar es la de la civilización con el ferrocarril, y si ésta se retarda, pensemos más bien en la secesión, pues Cañar, Azuay, Loja y El Oro bien podrían engrandecerse por sí solas, al amparo de la paz, y libres de ese tributo de sangre y dinero que nos impone la revolución en las otras provincias”.

Fea palabra, compañeros de *El Tren*, pecaminosa palabra os resultó esa mal-

dita secesión. Ojalá no la hubiérais pronunciado jamás; pero: . . . palabra y piedra suelta no tienen vuelta.

Conque si no llega pronto el ferrocarril a las llanuras de Tomebamba, ¡secesión se ha dicho!

¡Pobre República la del Ecuador; esto no más faltaba para su felicidad cumplida!

Las dos terceras partes del territorio nacional están prácticamente perdidas, y lo peor, eternamente perdidas, porque el Perú no nos devolverá un palmo del territorio usurpado. La parte que nos resta es una gallera, un campo de Agramante. Sólo vivimos enseñándonos los puños, y aún más, descargándolos con harta frecuencia. Del Ecuador se puede afirmar lo que un Canónigo decía de cierto Capítulo Catedral: que era un *poto* de alacranes. Y para complemento de dicha tanta, quiere *El Tren* que, si no fabrican pronto el ferrocarril a Cuenca, se subdivida el último tercio de la República, y que las cuatro provincias meridionales se constituyan en nación autónoma; aun cuando no nos dice con qué forma de Gobierno, si republicana o monárquica.

Caso de secundar la idea de *El*

Tren, optaría yo por la forma monárquica, porque es incuestionable que sin la tentación, sin la esperanza, sin la posibilidad siquiera de alternarnos republicánamente en el primer puesto, adiós revoluciones: la paz sería hecha, y con la paz nos vendría toda suerte de bienes.

Nadie revoca a duda que las eternas revoluciones de los ecuatorianos obedecen a que muchas personas ambicionan desapoderadamente la primera Magistratura; ya que todo General,—y en días de vivos, hasta cualquier Coronel—se juzga llamado *jure divino* a ocupar la Presidencia; y como los Generales y Coroneles se producen por generación espontánea, háganme el favor de decir si tendremos revueltas para rato.

La nueva nacionalidad ideada por *El Tren* debe aceptar la forma monárquica; pero eso sí, ha de buscar un Rey o Emperador que no tenga pizca de sangre latina, pues nos llevaría Pateta si el Monarca es camorrista como los súbditos; ya que parece cuestión averiguada que los latinos tienen irresistible inclinación a las pendencias, a las revueltas, y en Hispanoamérica, a jugar al quita y pon Magistrados

Supremos. Si tamaña inquietud está en la sangre, cuidemos de que sea calmada la dinastía reinante, y por eso fijémonos en individuos de otra raza.

No hagamos, empero, la tontería de buscar Rey o Emperador entre ingleses o rusos, como lo pretendieron San Martín y Monteagudo, cuando querían Emperador para el Perú (1); busquémoslo entre nosotros mismos, en alguna de las cuatro provincias meridionales; proclamemos al que no tenga una molécula de sangre latina, al que sea de pura sangre aborígen, al más indio entre los indios, y veremos renacer la monarquía de los shyris, y sentar sus reales la paz en la joven nación, y cruzarse ferrocarriles por todo el territo-

(1) “....La Gran Bretaña, por su poder marítimo, su crédito y vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones, y la Rusia por su importancia política y poderío, se presentan bajo un carácter más atractivo que las demás; están de consiguiente autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el Príncipe de Sussex Cobourg, o en su defecto uno de los de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, pase a coronarse Emperador del Perú....”

(Del acta otorgada en Lima, el 24 de diciembre de 1821).

rio autónomo, como arterias y venas por el cuerpo humano.

* * *

Aurelia es una hija de Eva, ni tan buena moza para ver a sus plantas rendidos mil corazones, ni tan fea como Picio. Es así, así: una mujer; pero en cambio tiene lo que exige este siglo metalizado, quiero decir, algo de aquello que causó la perdición de Judas.

Atraído nó por los encantos personales de Aurelia, sino por los de la bolsa del papá, declaróse perdidamente enamorado de la heredera un joven pobre, que respondía al nombre de Nicolás.

*Al principio coloreando,
Poco después sonriendo,
Luego suspiros lanzando
I, al fin, cartas recibiendo,*

lo cierto es que Aurelia correspondió a los amores de Nicolás; pelaron la pava más de lo conveniente y llegó el principio del fin de la novela: la propuesta de matrimonio, la petición oficial de la mano de Aurelia al padre de ésta.

Ojalá hubiera nacido mudo Nicolás. El padre de la joven, que era calculador insigne, tiró a la faz del desdichado unos nones tan grandes como el difunto Titánic.

Sabedora Aurelia del fatal desenlace de sus castos amores, cayó malísima con pataleta, se arrancó los cabellos, se arañó la cara y puso en conflictos a la familia. Repuesta de las primeras impresiones, dio en la flor de no comer, a lo menos delante de su padre, y se puso más flacucha y desmeдрada de lo que permite la Estética.

Si no me dejan casar con Nicolás, es imposible que yo viva, exclamaba a diario la infeliz; pero el padre oíala como quien oye llover, seguro de que su hija continuaría viviendo.

Convencida Aurelia de que eran inútiles sus lágrimas, ruegos, suspiros y pataletas, para ablandar el corazón del *tirano*, como ella denominaba a su padre, optó por las amenazas. Un día, después de arrodillarse dramáticamente a los pies de su padre, después de suspirarle como un fuelle y de suplicarle en vano que la deje casar, levantóse resuelta, y le espetó a quema ropa la siguiente amenaza: si no me deja casar con Nicolás, mañana no tendrá

Ud. hija, porque he de meterme monja, o beberé un vaso de láudano.

Mira, hija, le repuso el padre flemáticamente, si quieres meterte monja, se halla listo el dinero para la dote; y si deseas veneno, abierto está mi botiquín; saca de allí el frasco de láudano, la botella de sublimado, las píldoras de estriquina, lo que gustes, y está segura de que tu padre te acompañará, si viva, al convento, y si muerta, al cementerio.

¿ Piensas, acaso, lector amigo, que la heroína se metió monja o se suicidó? Pues nada, ni lo primero, mucho menos lo segundo. Todo se redujo a bravatas que no lograron conmover al *tirano*, quien era bastante ducho para caer en la celada.

Días después díjole Aurelia a Nicolás, con candorosa ingenuidad: ya no me caso contigo, porque no quiere papá.

Hoy, la joevn no tiene pataletas, se halla gordiflona y, según se susurra, va a casarse con el que le ha conseguido su padre.

* * *

Queridos compañeros de *El Tren*:
los habitantes de las provincias meri-

dionales nos hallamos como la novia del cuento.

Es inútil que le echemos al Gobierno la pajarotada de que si no hay ferrocarril, habrá secesión.

Sepárense, bravucones; independiéncense, dirá el Gobierno.

¿Entonces qué haremos todos? ¿En qué parará la tal desmembración?

Nos callaremos, queridísimos, nos callaremos; no tanto por impotencia, sino porque hay algo muy grande, muy noble, muy santo, dentro del corazón; algo que nos obliga a soportar todos los sacrificios, todos los vejámenes, todas las pretericiones, y este algo es el amor a la Patria, cuando por su bien debemos soportarlos.

Vuestros infortunios, señores de Cuenca, pueden ser grandes; yo no los niego; pero así y todo, son tortas y pan pintado en comparación con los que acibaran a Loja

¡ Ah !, si conocierais los caminos de por acá; si vierais que no tenemos ni Casa de Gobierno, ni parque, ni banda militar, ni siquiera agua que beber; si supierais que, desde hace años, el Poder Ejecutivo se deniega *heroicamente* a prestar su autorización para que la Municipalidad de Loja venda los Ejidos, (finca judicialmente de-

clarada propiedad municipal) y nos proporcione con el producto de esa venta algunas mejoras, y entre ellas, de preferencia, provea de agua limpia a la población, que se consume víctima de tifoideas y disenterías.

Vosotros, hermanos del Azuay, no recibís el tratamiento de peruanizados cuando os quejáis; vosotros no habéis sido saqueados por las mismas fuerzas encargadas de guardar el orden, y a las que el Gobierno mataba de hambre; vosotros en fin....; pero tente, pluma, no sea que me extralimite y eche un gallo parecido al que motivó estas líneas.

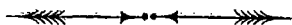
Para concluir, y dejando bromas a un lado, quiero manifestar honradamente mi parecer en lo relativo a la secesión de que habla *El Tren*.

No puedo convencerme de que el autor de ese artículo abrigue sentimientos antipatrióticos y haya pensado seriamente en hacer propaganda separatista. En un rato de impaciencia por la demora en el advenimiento del ferrocarril a Cuenca tuvo el desacierto de emitir una idea poco afortunada, sin pararse a medir su alcance.

La secesión no pasa de ser una bravata andaluza.—*Abril de 1914.*



El mes de Julio.



HÉ aquí un mes singularísimo, y aunque de treinta y un días—como lo son siete meses del año—muy distinto de los demás, completamente distinto.

Vosotros, hijos e hijas de la ciudad de Mercadillo, sabéis que, por la lluvia y los vientos, Julio es en Loja un mes insoportable. En él, ni por ficción poética podéis hablar de la eterna primavera, y la gaya pradera circundada por dos pintorescos ríos, y la sultana esbelta del Zamora, y otras literaturas por el estilo.

¡Oh, el mes de Julio, válganos el cielo! ¡Qué llovizna tan incesante, qué vientos tan fríos, qué cielo tan plomizo, qué modo de crecer el de los ríos Zamora y Malacatos!

Y ojalá fuera torrencial la lluvia,

pues sabido es que aguacero loco dura poco; pero nó, es un cernidillo que causa desesperación por lo ininterrumpido; es un incesante *páramo*, como dice nuestra gente, acompañado de un viento que enerva. El frío penetra los huesos, y parece llegar hasta el alma, y hace decaer las alas del espíritu (si es que el espíritu tiene alas), y provoca a meterse en cama y pasarse allí las horas muertas de toda la rigurosa estación.

Si durante este mes el Gobierno confinara en Loja a los revolucionarios, fijamente mermarían las tentativas de alterar el orden público. ¿Cuál de los forasteros soportaría en paciencia una temporada semejante? Al segundo día de confinio los ardores bélicos estarían apagados con esa llovizna, y esos vientos, y ese frío. Metiditos en cama se la pasarían los conspiradores, y el Gobierno se frotaría las manos de gusto, porque enemigos encamados no son enemigos.

Pero Julio no es tan sólo el mes de los intensos fríos para nosotros; eslo también, aunque parezca antitético, el de los grandes calores. Allá van pruebas.

Julio es en el interior de la Repú-

blica el mes de exámenes, y quien dice exámenes, dice grandes calores. Pobres jóvenes los de las universidades y colegios: sudan para preparar los exámenes, y sudan la gota gorda cuando los rinden. Y esto sin hablar de las indecibles fatigas y calores que les cuesta conseguir la reunión del jurado examinador, cuando hay profesores poco puntuales en acudir a la hora determinada. Llegan ya dos profesores al colegio o a la universidad, pero falta el tercero. Se aburren aquéllos de esperarlo, y el pobre estudiante no tiene más arbitrio que echarse a buscar al profesor que falta. Vuela a casa de éste, y le dicen: aquí estuvo, pero ya salió. Anda el estudiante por una calle, corre por ótra, pregunta en una casa donde supone que puede encontrarlo, averigua en ótra. Al fin, después de fatigas sin cuento y de agitación indecible, logra hallarlo y conducirlo al lugar de la reunión; pero cuando llega este profesor, los otros dos, cansados de esperar, han tomado soleta, y écheles usted un galgo.

Qué angustias las del examinando. Si tanto le ha costado hacer concurrir a un profesor, cuánto le costará encontrar a dos y conseguir que regresen.

Durante el mes de Julio no se suda

menos en colegios de señoritas. Qué de calores sienten éstas por el temor de deslucirse en los exámenes. Cómo sufren las profesoras con la sola idea de que *se pelen* las alumnas. Cuánto sudan también los examinadores; porque si hay algo difícil, es examinar mujeres. Se les interroga del principio del cuestionario, y se quejan, porque suponen que se las ha juzgado ociosas o tontas; si el examinador les hace preguntas del fin, es un grosero, o está prevenido contra ellas; si se concreta a las preguntas del texto, es un topo que no da lugar a que se luzcan; si hace preguntas que no son las textuales, ahí es el rabiarse de profesoras y alumnas, porque el orgulloso quiere aparentar ilustración, a costa de las pobres niñas. No hay medio, señores, no hay medio.

Cierto caballero examinaba Aritmética en un colegio de señoritas, y deseando mostrarse benévolo, decía así:

— Señorita, va a resolver mentalmente, esto es, sin salir al pizarrón, el siguiente problema: Conserva Ud. un sucre que le ha dado su papá, si después le da ótro su mamá, ¿cuántos tiene Ud?

— Dos.

— ¡Admirablemente bien, esplén-

dido, soberbio! La señorita siguiente. Si Ud. tiene dos sures y gasta uno, ¿cuántos le quedan?

— Uno.

— ¡Perfectamente bien, magnífico, esto es saber Aritmética! La señorita siguiente. Si usted tiene tres sures y su hermano le roba uno, ¿cuántos le sobran?

— Tres.

— Pudiera ser que se halle equivocada, o quizás yo lo esté; pero le repito el problema: Si su hermano le roba un sucre de los tres que Ud. tiene, ¿cuántos sures le quedan?

— Tres.

— Sospecho que hemos caído en un ligero error. Dígnese decirme, ya que es Ud. tan bondadosa: si de tres resto uno, ¿cuántos quedan?

— Dos.

— ¡Oh, esto es asombroso, brillante, sublime! Entonces, en el caso propuesto, si su hermano le roba un sucre de los tres que Ud. tiene, ¿cuántos le quedan?

— Tres.

— Pero, señorita, señorita, ¿cómo puede ser esto?

— Es que no tengo hermano, y si lo tuviera, nunca sabría robar.

El caballero, limpiándose el sudor

dejó de examinar.

En Julio no sudan únicamente examinados y examinadores, sino también zapateros, sastres y modistas.

Hay señoritas que éxtremaman el lujo en los exámenes, tanto como las novias el día del matrimonio. Muchas de ellas cambian de traje casi para cada materia sobre la que rinden examen.

Parece imposible que niños y niñas de escuela se presenten a examen, careciendo de ropa nueva. Qué bien vestiditos, qué lavados de la cara y peinaditos los vemos ese día. Si dan ganas de tragarse a los angelitos.

La gente menuda está convencida de que para salir magníficamente en los exámenes, no hay sino acicalarse.

Sufren calores más indecibles aún, el mes de Julio, los padres de familia. Qué sablazos tan tremendos aguantan los bolsillos para que niños y niñas puedan rendir examen. Son peores sablazos que los dados por los negritos de Concha en el combate del Guayaibo. Si los hijos son alumnos de Enseñanza Superior o Secundaria, hay que pagar crecidos derechos a la universidad o al colegio. Y si el padre de familia tiene además niños de escuela y niñas de colegio, creo que debe temer más a Julio que a un terremoto.

Pero superiores a los ya expuestos, son los calores de unos pocos míseros mortales a quienes más les valiera no haber nacido. Estos desdichados son los que fabrican discursos para escuelas y colegios. Suerte más negra, ni la de los condenados a galeras. ¿Quién puede sufrir con paciencia la petición de muchos discursos a la vez para exámenes de cuanta escuela Dios crio en la provincia? Si por ventura fueran remunerados los tales discursos, paze, porque entonces la fábrica de discursos vendría a ser como fábrica de suelas u otra cualquiera, por la que se da y se recibe. Pero es el caso que los necesitados de discursos no quieren convencerse de que éstos son estimables en dinero. Los piden, jamás los pagan, y las más de las veces, ni siquiera los agradecen:

Dios dijo al hombre: Comerás el pan con el sudor de tu frente; pero no le dijo: Sudarás y no tendrás pan.

Conozco una persona que, para los exámenes de Julio, recibe una gentil granizada de cartas en demanda de discursos. Hubo maestro de escuela que le solicitó para los exámenes de este año, no solamente un discurso, sino tres; pero eso sí, le envió un quesito, *en señal de contrato y de cariño* (textual). La

misma semana recibió aquella desdichada persona, carta de una institutora cantonal, quien le pedía, no uno, no dos, no tres, sino cuatro discursos; y lo mejor, que la excelente maestra le señalaba hasta el tema de cada discurso. Otrosí agregó, que la carta de la preceptora, más bien era imposición que petición; y eso . . . sin mandarle queso.

Los hombres pueden dividirse en tres clases cuando de alimentación se trata: 1ª Los que comen y no sudan: éstos son los que heredan y no trabajan, los que roban y los zánganos sociales. 2ª Los que comen y sudan: éstos son casi todos los mortales (masculinos se entiende). 3ª Los que sudan y no comen: éstos son los maestros de escuela, los poetas y los discursantes de oficio.

Dios nos tenga en sus santas manos y no permita que pertenezcamos a la tercera clase.

Julio de 1914.





El Saqueo de Loja.



I

El ocho del mes próximo venidero cúmplense ocho años corridos desde el día nefasto para Loja y vergonzoso para la República, en el que famélicos soldados saquean una ciudad entregada a considerables transacciones mercantiles, en una de las dos grandes ferias anuales que tiene.

El 8 de diciembre de 1906 es un día de execración y de horror, día con cuyo recuerdo se conmueve hondamente el ánimo de todo lojano.

Explícase que en tiempo de guerra, los más fuertes saqueen poblaciones enemigas, porque se adopta entonces medidas extremas tendientes a debilitar o aniquilar al adversario; pero saquear una ciudad en plena paz, cuan-

gaban raciones a la tropa porque el Supremo Gobierno, con un descuido incalificable, no proveía de fondos.

El saqueo fue, pues, un resultado, un amargo fruto, de la indiferencia del Gobierno para con Loja.

Si no se hubiera sometido a los soldados, por más de dos meses, a la ruda prueba del hambre, se habrían evitado Loja y el Ecuador entero una vergüenza y una infamia; pero ¡ah! Loja pesa muy poco en la balanza política; porque se halla tan distante del centro de Gobierno, se la cree indigna de que fijen su mirada en ella los dioses del Capitolio; se la considera incapaz de queja, y por esto se sujeta a ruda prueba su patriotismo.

II

No me he propuesto escribir un artículo histórico sobre el saqueo de Loja. Más tarde lo narrarán otros, y más tarde la inflexible y justiciera Historia aplicará a los culpados la sanción inapelable. El objeto de este artículo es consignar descarnadas, y como las he oído, algunas anécdotas relativas al saqueo, a fin de que no se pierdan, por si alguna de ellas sirviera para juzgar ese monstruoso crimen.

*

Nuestro pueblo no llama ladrones a los soldados que saquearon Loja, ni a las mujeres u hombres del populacho que recogían de calles o plazas los objetos arrojados por los saqueadores, ni a los que improvisaron fortunas, por arte de magia, ese día nefasto. Nó. Les ha dado una denominación especial: *los del ocho*. Entre nosotros es, por tanto, frase injuriativa aquello de *ser de los del ocho*, pues equivale a ser ladrón.

Saqueando el almacén de un acaudalado comerciante, encuentran los del ocho una caja de fierro, de las construídas especialmente para guardar dinero. Creen que ha de estar repleta de oro, sácala en triunfo del almacén, y pretenden abrirla; pero en vano, pues ni consiguen llave a propósito, ni cede la cerradura. Impacientes por el tiempo que pierden, tiempo que es oro para ellos, juzgan que lo mejor es descerrajarla a balazos. Un soldado levanta su rifle y dispara contra la cerradura, pero con tan mala suerte, que, al dar en aquélla, retrocede la bala, y de rechazo, hiere gravemente al soldado, quien, horas después, paga con su vida la participación en el saqueo.

Los compañeros no desistieron del empeño, pero, más prudentes, hicieron que rompa la caja un herrero. En ella encontraron una cantidad tan pequeña de dinero, que no compensaba las fatigas que les ocasionó la apertura. Es que el comerciante aquél dio crédito a los rumores que corrieron anticipadamente sobre saqueo, y como hombre previsor, puso a buen recaudo su dinero y sus papeles.

*

Un negro del Catamayo vino a la ciudad el día del saqueo, con el objeto de vender mangos. Traía dos burros con grandes árguenas llenas de la sabrosa fruta. Al preciso momento de llegado a la plaza mayor, vio el negro que los soldados arrojaban a la calle casi todos los artículos comerciales de los almacenes saqueados, y que el populacho los recogía ansiosamente y se los llevaba sin el menor escrúpulo. El negro, que no tenía pizca de tonto, sino más bien perfeccionadas y atávicas inclinaciones al hurto, no esperó vender los mangos; arrojólos al suelo, metió en las árguenas piezas de género blanco, lienzos, zarazas, casimires, lo que halló a mano, y cuan-

do los burros no podían ya cargar más, volvió grupas inmediatamente.

En el camino encontré con otros negros conocidos suyos, los que venían también a la feria, y les dijo contentísimo: "Echeu espuela, camaraas, que la feria está buena; yo he cambiado los mangos con una tienda e ropa; si toas las ferias son como ésta, no hay que fartá a ninguna."

*

Cierto individuo de La Victoria (Vilcabamba) había vendido unas cargas de tabaco, momentos antes del saqueo. Tenía el dinero, producto de la venta, amarrado en un pañuelo y metido en el bolsillo del pantalón. Pasado el estupor de los primeros instantes, y viendo que los del ocho vendían por el precio que les ofrezcan los objetos de las tiendas saqueadas, se acercó el de Vilcabamba a un soldado y le dijo:

— Señor, véndame una carguita de sal.

— ¿Cuánto da?, pregúntale el soldado.

— Cuatro reales.

— Plata al frente.

El bueno del comprador, para pagar la sal, se sienta en el suelo, levántase la ruana, saca del pantalón el pañuelo de plata, con esa desconfianza propia de los campesinos, y busca dos pesetas entre los varios sucesos que tiene; pero el soldado vendedor no le da tiempo para encontrarlas, pues salta como un tigre y ¡zas! le arrebató el pañuelo con toda la plata. Por más que rogó el campesino, fue inútil todo reclamo, porque el valiente hijo de Marte, poniéndole el rifle en la cara, le gritó: Salga de aquí al momento, o le destapo los sesos. Prudentemente hubo de retirarse el de Vilcabamba, sin plata y sin sal.

Para este individuo la feria le resultó no tan buena como para el negro.

*

Por la tarde del día ocho, casi no había uno solo de los saqueadores que no esté más o menos ebrio.

Entraban los soldados a una tienda de licores; si había licor de su agrado, tomaban cuanto querían, y el resto se lo llevaban, o lo enviaban a sus casas; pero si les desagradaba algún licor, a las piedras de la calle con él.

Cierto soldado, saqueando con sus compañeros, una de las mejores cantinas de licores extranjeros, descorchó una botella de vino *soterno*, echóse un trago, y no gustándole por no ser vino dulce, exclamó: Este tal (el dueño del establecimiento) sólo tiene vinos torcidos, pues a la calle se irán. Y todas las botellas de *soterno* se estrellaron contra las piedras de la calle. Busca el soldado otra clase de licores, halla champaña, coge una botella, agítala con los entusiasmos de la beodez, corta los alambres que sujetan el corcho, suena una detonación que asusta al invicto defensor de la propiedad, y gruesos chorros de vino le bañan la cara.

Espantado el individuo, echa ternos de los más redondos, arroja a la calle toda la champaña que encuentra, y achaca al propietario del establecimiento la conservación de *guarapo maduro* en botellas, para vender al público por vino.

*

Una partida de soldados entró, ese día de amargo recuerdo, a la casa de un caballero rico y distinguido. Sedientos de dinero, y ebrios de

vino y de furor, rompieron puertas, penetraron en las piezas, destrozaron muebles de mucho valor, por el solo afán de destruir, abrieron cajas, gavetas, baúles, encontraron pequeñas sumas de dinero, y hubieran seguido en su obra destructora, a no lanzar un soldado gritos de admiración y asombro en vista de un enorme depósito de billetes de banco (de 35 a 40 mil soles, según se supo después).

“Esta es la causa de nuestra pobreza, gritaba estupefacto; los ricos se guardan nuestra plata; y mientras tanto la tropa se muere de hambre; ¡viva Alfaro, c., viva el saqueo!” Todos los compañeros acudieron a ver el tesoro, y, como ¡auría que se arroja sobre una presa, se arrojaron sobre el depósito de billetes.

Llenaron los bolsillos y cuanto hay que llenar, y alegres con semejante hallazgo, no saquearon más la casa.

Uno de los militares que robó mayor cantidad de billetes, decía al salir de la referida casa: Ahora sí, dejo la milicia y compro hacienda.

Empero, la riqueza obtenida con esos billetes fue demasiado efímera. Cuando terminó el saqueo, principiaron a circular éstos, y pronto se cayó

en la cuenta de que no servían para maldita de Dios la cosa, pues erau de bancos peruanos que se presentaron en quiebra, hace muchos años.

Algunas familias de Loja habían tenido acciones en bancos de Lima, como en el Territorial e Hipotecario y ótros. Desgraciadamente, quebraron los bancos, y quedaron sin valor alguno sus billetes, que fueron entregados a los accionistas que los solicitaron.

Asciende como a trescientos mil sures lo que perdieron conjuntamente varios miembros de la familia Eguiguren, de Loja, en la quiebra de los bancos de Lima, según me lo aseguró el caballero a quien le sustrajeron los billetes peruanos, en el saqueo.

Relegada al olvido tenía este caballero una caja con cerca de 40 mil soles en tales billetes, hasta que fue encontrada por los del ocho.

Esos billetes que su dueño creía enteramente inútiles, sirviéronle sin embargo de mucho, aquel día de ingrato recuerdo, pues por ellos se libró de mayores perjuicios, y hasta de caer en manos de los saqueadores.

Noviembre de 1914.



El Conflicto Europeo.



I

Pasará mucho tiempo —varios lustros quizá— para que se repita una guerra o conflagración semejante a la en que se halla metida Europa.

Guerra monstruosa, por el poderío y número de las naciones que toman parte en ella; guerra de las más sangrientas que ha presenciado la humanidad, por los eficaces medios de destrucción de que disponen las naciones combatientes; guerra de consecuencias tan enormes y trascendentales, que ni podemos preverlas con fijeza.

Roto lo que se llamaba el equilibrio europeo, vino la catástrofe.

Millones de hombres muertos; incalculable número de heridos; cente-

nares de miles de hogares enlutados; ciudades y aldeas arrasadas, obras de arte y monumentos destruidos; por tierra el comercio y la industria; paralización de todas las fábricas, como no sean de armas o de elementos de ruina; mares de sangre, ríos de lágrimas, y sólo vivo y floreciente el odio.

¡Pobre humanidad, miserable humanidad! En vano pregona civilización, pues son tan bárbaros sus instintos como en tiempo de Caín y Abel.

Parece que el tan decantado progreso no tuviera más fin que inventar medios perfectos de ruina, medios más rápidos y eficaces, para destruir mayor número de personas en un momento dado.

En los primeros siglos de la humanidad, los instrumentos de combate eran palos, piedras y huesos, espadas, lanzas y saetas. Hoy han sido reemplazados esos instrumentos primitivos con otros más perfectos, porque matan más y mejor. Ahora se arrojan desde un zeppelin o un aeroplano bombas explosivas que producen verdaderas hecatombes; se colocan minas dentro del mar para echar a pique los más gigantescos buques; sumérgense en las aguas pequeños

submarinos y causan estragos en las escuadras enemigas; poderosísimos cañones arrojan proyectiles que destruyen las mejores fortalezas, los más seguros blindados; potentes ametralladoras, en incesante vómito de acero, barren ejércitos enteros; hoy, a más de combatir por tierra y por agua, se combate en los aires. ¡Oh, la guerra, la guerra, que se sirve de todas las conquistas del progreso y seguirá aprovechándose de todos los descubrimientos del hombre para daño del mismo hombre!

II

La horrorosa tragedia que tiene consternado al mundo da margen también a ciertos sucesos cómicos. Anotaré someramente alguno que ótro de los ya realizados.

*

Alemania, Austria e Italia firmaron un tratado de alianza para el caso de guerra. Las tres potencias signatarias, denominadas la Triple Alianza, tenían que ser la una parte contendiente, al romperse el equilibrio europeo. Francia, Rusia e In-

glaterra no habían suscrito un tratado expreso; pero lo tenían tácito, por medio de la cordialidad, de la inteligencia mutua, de la *entente*, como dicen los franceses; y en caso de conflicto, eran la otra parte contendiente.

Largos años venían preparándose para la guerra estas poderosas naciones, especialmente Francia y Alemania; y desde largos años atrás se temía que un motivo cualquiera, un fútil pretexto, rompan el equilibrio europeo.

El asesinato del heredero de la corona de Austria fue la chispa que prendió el incendio en que se abraza Europa.

De pie, y con las armas en la mano, Alemania y Austria llaman a su aliada Italia para que las acompañe en el conflicto; pero Italia les responde: Amiguitas, ni tonta para meterme en este enredo del que puedo sacar algunas costillas rotas; el que corre vive; allá vosotras. Insiste Alemania, y le recuerda el pacto celebrado; pero Italia replica: Qué pactos ni qué niño muerto; yo interpreto a mi modo el tratado de la Triple Alianza, y al artículo macho que me cita Alemania para obligar-

me, le opongo el artículo hembra, para deshacerme del compromiso.

Y con esto Italia se quedó muy fresca.

Todo es cuestión de tinterillaje, pues para naciones e individuos las leyes y los tratados son elásticos como el jebe, y tienen artículos machos y artículos hembras, según la expresión de un chusco.

Mientras tanto, quedan solas en la liza Alemania y Austria, y tienen que entenderse con Rusia, Inglaterra, Francia, Bélgica, Servia, Montenegro y el Imperio del Sol Naciente.

Lejos de cumplir su pacto, Italia simpatiza más bien con la Entente, y se alista para caer sobre Austria y Alemania, en caso de que éstas estiren la pata. Cuando se acerque la hora de repartirse el territorio de sus aliadas, Italia hará actos de presencia y de potencia; pero si esa hora no llega, habrá hecho actos de prudencia.

De todos modos piensan salir ganando los súbditos de Víctor Manuel.

*

Bélgica, cuyo territorio fue el primer teatro de la guerra, no sabiendo

a quién elevar sus quejas, se acuerda de que en la remota América hay un tío, al que supone talvez árbitro de las naciones. Dirígese a él, y cuéntale lloriqueando que los alemanes son unos brutos; que han muerto a sus hijos (los de Bélgica, por supuesto); que han destruído ciudades; que han arrasado obras de arte; que han hecho, en fin, una de pópulo bárbaro.

Refregándose las manos, oye el tío aquél las recriminaciones de la infortunada Bélgica, y para consolarla, manda investigar lo que hubiere de cierto en la queja.

Sabedora Alemania, extraoficialmente, de las quejas de Bélgica, se justifica ante el tío, diciéndole: Necesitaba que se me concediera paso por el territorio belga, para anticiparme a los franceses, que iban a avanzar por la misma nación; solicité el permiso; ofrecí indemnizar todos los perjuicios; pero como se me negó el paso, hube de abrirlo por la fuerza. Aquello de muertes, destrucciones y más barbaridades, son consecuencias obligadas de la guerra. Los alemanes, aun cuando no emplean las balas dum-dum, no acostumbran tampoco arrojar flores por

la boca de sus cañones, y de aquí las muertes. Cosas pecres han hecho los belgas con mis súbditos, y yo no busco ante quién quejarme.

El tío Sam oye las mutuas recriminaciones, se tuerce la *chiva*, y sin dar razón a Bélgica ni a Alemania, se contenta con decirles: Y a mí ¿qué?, allá se las arreglen ustedes; yo no desenredo líos de los europeos, porque el tiempo es oro, y porque, según el espíritu de la doctrina de Monroe, sólo puedo meter en pretina a los americanos.

Bélgica supuso que el tío Samuel empuñaría el zurriago de dómine y lo descargaría sobre Alemania; pero anduvo errada, porque Yanquilandia respeta mucho a las naciones poderosas.

*

Los ecuatorianos soportábamos en silencio las consecuencias de la guerra europea; consecuencias que se reducían a una gran pobreza así pública como privada, debida a la suspensión del comercio con las naciones beligerantes.

De repente nos llega la noticia de que hemos violado la neutralidad, según queja interpuesta por Francia e

Inglaterra ante el Gobierno de Estados Unidos. Haciendo un detenido examen de conciencia, no dábamos cómo el Ecuador haya podido romper la neutralidad. Al fin, se concretaron cargos y se supo que Francia e Inglaterra se quejaban de que “buques de guerra alemanes habían hecho de las islas del Archipiélago de Colón base naval de sus operaciones, y que el Gobierno del Ecuador no había satisfecho la solicitud de las Legaciones de la Gran Bretaña y Francia para que se ejerciese la vigilancia necesaria sobre la estación inalámbrica de Guayaquil, a fin de evitar que se la emplease como centro de comunicación para los beligerantes.”

Todo fue oír Archipiélago de Colón, y saltó nuestro buen tío como un resorte, y nos leyó la cartilla. Sin embargo, era facilísimo desvirtuar los cargos, como lo hizo nuestra Cancillería. A ella me remito, pues no tengo para qué repetir cosas bien sabidas.

Que Francia e Inglaterra hayan recibido algún denuncia contra la neutralidad del Ecuador, nada tenía de particular, pues ni el Ecuador ni nación alguna están a cubierto de

una falsa imputación; pero ir con la queja donde el famoso tío, cual si fuera nuestro curador, cual si estuviera investido de facultades para tirarnos la oreja o zurrarnos la badana, es algo que no se compadece con la seriedad de Francia e Inglaterra.

Nación independiente y soberana es el Ecuador; trátese directamente con él; averíguesele qué hay de cierto en la queja; pídase informes a los Ministros diplomáticos —residentes en el Ecuador— de las naciones que se creen ofendidas: he aquí lo correcto.

Hecha la luz en el asunto, después de prolijas averiguaciones, se sacó en limpio que nuestra patria, lejos de haber violado la neutralidad, ha visto ultrajadas las leyes ecuatorianas por una de las naciones quejosas: Inglaterra, cuyos buques *Australia* y *New Castle* arribaron al Archipiélago de Colón, a pesar de no haber allí puertos habilitados; se proveyeron de cuantos víveres les plugo; y sólo abandonaron las aguas ecuatorianas, cuando les vino muy a bien.

III

Por pequeño que sea el grado de

ilustración adquirido, no hay en nuestra gran masa anónima, persona alguna que ignore la existencia de la guerra europea. Los más desprovistos de luces, los analfabetos, pueden no saber lo que es Europa, pero están al tanto de que hay una guerra desastrosa que nos afecta a todos, guerra que, entre mil otras consecuencias, ha sido pretexto para el alza de precio de cuanto es susceptible de compra y venta.

— ¡ Por qué vende usted en dos reales una col de las que hace poco se vendían a real ?, preguntaba el Comisario en la plaza de mercado.

— Porque, Sr. Comisario, no sé *onde* dizque hay mortandad, respondió la vendedora de verduras. (No quiero decir verdulera).

A los deudores les ha venido de perlas la conflagración europea. Para ellos sería ganancia redonda la prolongación indefinida del conflicto mundial.

— Pero, ¿ hasta cuándo no me paga usted esos realitos ?, dice un acreedor a su deudor moroso.

— Me hallo muerto de vergüenza, responde este último; pero no hay plata, por la malhadada conflagración europea. Hoy han escondido todo el

metálico, y en su lugar sólo se ven esos desprestigiados billetes del Banco Comercial y Agrícola.

— Pero págueme, aunque sea en estos billetes.

— ¡Ay, señor mío!, yo no quiero recibirlos, porque se anuncia la quiebra del Banco, y puesto que no los recibo, es lógico deducir que no los tengo.

— Entendámonos al fin; ¿cuándo me paga Ud.?

— Cuando haya metálico; quiero decir, cuando los franceses —cuyo triunfo es segurísimo— se hayan tragado vivos a los alemanes.

— Entonces perdí mi plata, repuso desconsolado el acreedor, rascándose detrás de la oreja.

La guerra europea está causando dilatorias para el pago, no sólo de las deudas de dinero, sino también de las deudas de amor.

— Juanita, ya veo bien que no me quieres.

— No hables disparates, Manuelito.

— Es la pura verdad. Nuestro matrimonio estaba convenido para Año Nuevo; han pasado ya tres meses, y tú sigues retardando la llegada del día más dichoso de nuestra existencia.

— Pero, qué quieres que haga, si de mí no depende el retardo.

— Entonces, ¿de quién depende?

— Del conflicto europeo.

— ¡Ja, ja, ja! Por ventura nos vamos a casar en Berlín, París o Petrograd?

— Aun cuando así no sea, te digo que yo *no lo hago* (entiéndase *no me caso*), sino cuando pase la guerra.

— Pero, ¿a qué fin mezclar berzas con capachos? Sé racional y dime, ¿qué tiene que ver lo úno con lo ótro?

— Mucho, Manuelito, mucho. Esos bárbaros comerciantes han elevado hasta en un ciento por ciento el precio de todas las telas y de cuanto necesita una novia; y yo no estoy para engordar judíos.

— No los engordes, hija, no los engordes. Haya más modestia en nuestro matrimonio; evitemos gastos innecesarios; casémonos sin ostentación, y asunto concluido.

— Imposible, Manuelito; yo no soy una cualquiera, para *hacerlo* así no más.

— Entonces, ¿cuándo nos casamos?

— En cuanto pase la guerra.

— Vaya, aquí sí encaja una estrofa del tiempo de la guerra entre el Perú y Chile:

“ Noble corazón peruano,
No te desesperes, nó;
Que, cuando pase la guerra,
Corresponderé a tu amor.”

— Pero, hijo, si yo no espero que pase la guerra para corresponder a tu amor; te quiero mucho muchísimo, y te seguiré queriendo. Lo único que te exijo es que no *lo hagamos* mientras no termine la conflagración europea.

— ¡ Como tú gustes !

Mohino, cariacontecido, se despidió Manuelito, diciendo para su coleccionista: Estaba escrito que tanto ella como yo hemos de morir vírgenes. Pasará la guerra; los comerciantes no bajarán el precio de sus artículos, pues una vez subido, ahí permanece; y Juana, por no engordar judíos, se quedará para vestir imágenes. ¡ MALDITA GUERRA EUROPEA !

Loja, 31 de marzo de 1915.



ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice	Léase
36	22	resfrescante	refrescante
37	35	notable en el	notable, el
38	13	cucurrucho	cucurucho
39	9	apagaba	apagaban
id.	16	en la noche	la noche
55	29	para reloj	de reloj
56	1	Subieron al	Subieron el
59	2	hirbiendo	hirviendo
60	9	á vapor	de vapor
64	18	sino	si no
80	17	id.	id.
id.	37	id.	id.
113	17	id.	id.
142	21	calificase	calificanse

De entre los varios errores ortográficos, los más notables son éstos: Señor por señor (págs. 9, 19, 22, 23 y 30); Señora por señora (págs. 66, 67, 68, 70 y 71); Colegios por colegios (págs. 31, 32 y 87); Alguacil por alguacil (págs. 8 y 9); Provincia por provincia (págs. 11, 16, 27 y 30); Inspector por inspector (pág. 14); Maestro por maestro (pág. 50); Diploma por diploma (pág. 14).

No se anotan algunas faltas de puntuación, porque son *peccata minuta* en la multitud de pecados gordos.

